

columna deportiva.

César R. Torres
Claudio M. Tamburrini

Artículos sobre deporte, ética y sociedad



**Columna deportiva. Artículos sobre deporte, ética y
sociedad**

César R. Torres y Claudio M. Tamburrini



Copyright © 2016 by César R. Torres and Claudio M. Tamburrini

All rights reserved

Cover by: Jorge A. White

Illustration by: Miguel Rep

ISBN: 978-0-9976294-0-8

Set in Calisto Type
Design and composition by
Kim Harris Myers and Jennifer Kegler

SUNY Brockport eBooks
Drake Memorial Library
350 New Campus Drive
Drake Memorial Library
State University of New York
College at Brockport
Brockport, New York 14420

Electronic (pdf) edition available online at:
<http://digitalcommons.brockport.edu/sunybeb/1/>

Lo fascinante que tienen los textos de César R. Torres y Claudio M. Tamburrini es que deciden entrar al escenario global del deporte profesionalizado por la puerta de atrás. Nos permiten descubrir que no todo está tan a la vista aunque consumamos horas de televisión y debatamos intensamente por redes sociales.

Los autores toman al deporte como niños que reciben un juguete de regalo y en lugar de utilizarlo como fue inventado, lo dan vuelta, analizan sus piezas y descubren otras funcionalidades e intenciones. Inclusive escriben sobre temas que la prensa especializada, si es que eso todavía existe, ya no distingue.

Como filósofos tienen una obligación que ya viene desde el título de esta obra. Esa misión es desentrañar cual es el mensaje ético que tienen las diferentes acciones que surgen desde el deporte. Que lejos de establecer un límite, en ocasiones, se traducen en un paradigma de libertad de difícil manejo. Puesto que todo lo que nos parece mal, en realidad, puede que sea lo correcto.

Marcelo Gantman
periodista, vorterix.com y Cancha Llena

Cuántas veces hemos oído: “hay que ganar como sea”. Precisamente del inagotable “como” habla este interesantísimo libro que indaga sobre el territorio emocional que es el fútbol. El que va al teatro no actúa igual que el que va a un partido, aunque sea el mismo tipo. El que va al teatro piensa, el hincha siente. Como la pasión es exagerada por naturaleza, el fútbol tiene coartada para sus excesos. Pero hay más. La obsesión por ganar dinero y partidos barre con valores de referencia convirtiendo a la ética y la belleza en cuestiones secundarias, propias de gente ingenua. La fuerza real y simbólica del fútbol exige otra mirada. Aquí la encontrarán. Pensar el fútbol para limpiar el fútbol, de eso tratan los imperdibles artículos de César R. Torres y Claudio M. Tamburrini, que abren un campo infinito para la reflexión.

Jorge Valdano
ex futbolista, entrenador de fútbol y escritor

Los excelentes artículos de este libro indagan e interpelan en forma crítica e inteligente al complejo universo deportivo. Allí reside una de sus grandes virtudes ya que ubica material y simbólicamente a dicho universo como una muy buena “excusa” para analizar, describir y comprender problemas institucionales, culturales, sociales, políticos, económicos, éticos, estéticos y sexuales que exceden y, al mismo tiempo, atraviesan a las propias prácticas deportivas. Analizar los sentidos y significados que se ponen en circulación –y en tensión– y las resistencias, cuestionamientos, fugas y quiebres de parte de los actores imbricados en la trama deportiva muchas veces “dice más” sobre una sociedad que si analizáramos a la “propia” cultura, la política, la economía, las instituciones, los medios de comunicación, la educación o el mundo del trabajo. Este libro se enmarca en dicha dirección y, al mismo tiempo, se “desmarca” de aquellas visiones esencialistas, naturalistas, ahistóricas e ingenuas sobre el complejo y paradójico universo deportivo.

Pablo Ariel Scharagrodsky
docente, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de Quilmes

Índice

Prólogo	11
Pablo Vignone	
Primera parte: Consideraciones futbolísticas	
Ética y estética	
Honrar el juego o la falsa dicotomía entre atacar o defender	18
César R. Torres	
En defensa del fútbol defensivo. Develando prejuicios acerca de una vieja disputa	23
Claudio M. Tamburrini	
El fútbol no puede ser más feo	31
César R. Torres	
Pelé, jugando, fue la excelencia	34
Claudio M. Tamburrini	
Sobre la vanguardia estética del fútbol	36
César R. Torres	
¿Fue correcto darle el Balón de Oro a Zidane?	38
Claudio M. Tamburrini	
El reino mágico del fútbol	41
César R. Torres	

River, en un fútbol que se igualó para abajo	44
Claudio M. Tamburrini	
Para que el fútbol florezca.....	46
César R. Torres	
¿Messi o Maradona? Es mejor, siempre, el líder democrático.....	48
Claudio M. Tamburrini	
Equipo salvaje	50
César R. Torres	
Los porteros	52
Claudio M. Tamburrini	
Contra la simulación de faltas.....	55
César R. Torres	
Arbitraje y tecnología	
El exceso del triple castigo	58
César R. Torres	
El incomprensible silencio del castigo	61
César R. Torres	
Sobre la infamia en el fútbol.....	64
César R. Torres	
Programar amarillas pasa de castaño a oscuro.....	67
César R. Torres	

Para los amantes del buen fútbol.....	69
César R. Torres	
Cada error arbitral daña al fútbol.....	71
Claudio M. Tamburrini	
La FIFA, Jabulani y la tecnología.....	73
César R. Torres	
Al fútbol, la tecnología llega en aerosol.....	75
César R. Torres	
Política y sociedad	
Cuando la patria es el fútbol.....	78
Claudio M. Tamburrini	
A la FIFA se le ve la hilacha de la ropa interior	81
César R. Torres	
A veces el fútbol gana donde pierde la política	84
Claudio M. Tamburrini	
Fervor por el Mundial, pero sin olvidar su costo social	86
Claudio M. Tamburrini	
El Mundial no dejó ver cómo es la otra África	88
Claudio M. Tamburrini	
Todas las historias que este mundial puede iluminar	90
Claudio M. Tamburrini	

En el fútbol sobra violencia y corrupción	92
Claudio M. Tamburrini	
Dar el paso básico para enfrentar la violencia	94
Claudio M. Tamburrini	
¿Las barras bravas serán eternas?	96
Claudio M. Tamburrini	
Fútbol vs. Lanata: escasa astucia táctica	98
Claudio M. Tamburrini	
Fútbol federal, sin democracia ni debate	100
Claudio M. Tamburrini	
Hashtag, Mundial y brecha generacional en el fútbol.....	102
Claudio M. Tamburrini	
Segunda parte: Otras consideraciones deportivas	
Género y deporte	
Atletas sin segregación sexual ni límite biológico	107
Claudio M. Tamburrini	
Ni un pelo de lenta	110
César R. Torres	
Las autoridades deportivas promueven el dopaje.....	113
Claudio M. Tamburrini	

La Copa América y la Copa Mundial Femenina	119
César R. Torres	
Las bioamazonas	121
Claudio M. Tamburrini	
Mujer entre hombres	123
César R. Torres	
Ni una menos practicando deportes	125
César R. Torres	
Valores y deporte	
El verdadero valor del deporte	128
César R. Torres	
No hay pasiones inocentes	131
Claudio M. Tamburrini	
Los valores del fútbol y la manipulación de resultados	133
César R. Torres	
¿Tiene futuro la prohibición del dopaje?	136
Claudio M. Tamburrini	
El deporte infantil debe respetar los derechos de la niñez	138
César R. Torres	
¿Puede ser legítimo el dopaje genético en el deporte?	140
Claudio M. Tamburrini	

Deporte argentino y olimpismo

Londres 2012: más del culto a una ideología fascistoide 144

Claudio M. Tamburrini

Los desafíos que planteó Londres 2012 147

César R. Torres

Los Juegos fueron mal negocio para la sociedad 150

Claudio M. Tamburrini

Un olímpico desprecio por la competencia 153

César R. Torres

Deporte para todos 156

Claudio M. Tamburrini

Los desafíos del Enard 158

César R. Torres

La oportunidad Olímpica de Buenos Aires 160

César R. Torres

Los Juegos son una oportunidad 162

César R. Torres

¿Y qué hay para la juventud? 164

César R. Torres

Juegos y derechos humanos 167

César R. Torres

¡Que no nos roben la fiesta!	169
Claudio M. Tamburrini	
Epílogo	171
Andrés Burgo	
Sobre los autores	174

Prólogo

Pablo Vignone

Este es un libro provocador. No quiere conformar a nadie. No es su meta. Busca más bien encender el espíritu de los que se acerquen a él. Los autores no pretenden tranquilizar, porque lo que sus variados puntos de vista sobre la res deportiva intentan promover es la inquietud. Conmover, escandalizar hasta cierto punto, para impulsar el movimiento, interrumpir la inercia del cliché que propone el discurso deportivo tradicional. No son de los que quieren frenar el ritmo del partido, ni mucho menos demorar el juego. Esta colección de artículos interpela esa serie uniforme de prejuicios instalados sobre la práctica. Y esa interpelación de ninguna manera es tibia.

¿No es acaso desafiante asegurar que “el descenso de River como un hito mayor en ese proceso (el fin del monopolio deportivo de los clubes grandes) es un fenómeno positivo para el fútbol argentino”? ¿No resulta pasmoso leer que “los errores arbitrales apasionan al hincha de fútbol”? ¿O sugerir que se deba “permitir a las atletas que así lo deseen aumentar su masa muscular para poder competir de igual a igual con los hombres”? Tan cuestionador como preguntarse “por qué razón debemos seguir soportando la infamia, por ejemplo, de un gol ilegítimo, o la negación de uno legítimo cuando existe la tecnología apropiada para detectarlos”.

El discurso dominante sobre el deporte está minado de lugares comunes, pero uno de ellos es anestesiante y altamente riesgoso. El reduccionismo resultadista simbolizado en el sofisma “ganar o jugar bien” aleja en general a la masa de seguidores del deporte profesional de la posibilidad de reflexionar sobre los dos extremos de esa actividad que tanto tiempo les insume y tanto frenesí les genera, como son la producción y el consumo de esas prácticas.

Es una regla no escrita, pero indudable: quienes más provecho le sacan al deporte que practican, dicho así para escaparle al círculo vicioso de la lógica del resultado, son quienes más lo piensan. Al deporte se lo juega, al deporte se lo cuenta, pero también –esencialmente– debe reflexionárselo. Una máxima que es de rigor para el deportista que pretende coronar con éxito su gestión atlética –sin que éxito sea en este caso sinónimo de triunfo competitivo– pero que excede los límites del campo, porque esencialmente a esa práctica competitiva, en especial si es profesional, hay que trazarle un marco moral, desde la prescripción pero también desde la provocación. Es esa doble vía la que transita esta colección de artículos, que propone constantemente

la discusión sobre la manera de ampliar la superficie del rendimiento sin perder de vista que el límite infranqueable es el de la trampa.

Por eso el acento de despegar la táctica defensiva como camino a la excelencia deportiva de la trampa vulgar con la que muchas veces se la asocia, lo que les permitirá asegurar que Diego Maradona “aún trampeando contribuyó a mejorar el destino” del pueblo argentino. Por eso, también, una sección entera dedicada a discutir la posibilidad de un matrimonio ideal entre el arbitraje y la tecnología, es decir, entre el rol de la autoridad de interpretación reglamentaria y su forma más avanzada de aplicar y observar las reglas. Una modernidad de la que por ahora el fútbol está tristemente excluido.

La riqueza del material que van a leer está dada, además, por el carácter disímil de los enfoques que plantean los autores. No hay una unidad monolítica de criterio, acaso porque, como ellos mismos aclaran, se acercan al deporte desde distintas vertientes, habiéndolo practicado y reflexionado en mayor o menor medida. Esa diferencia en el abordaje de las problemáticas es por momentos hasta controversial, inclusive cuando se percibe la existencia de sutiles diferencias de emplazamiento político entre ambos –aunque ninguno viva en la Argentina desde años, la mayoría de los trabajos están relacionados con la actividad nacional y, por lo tanto, esas diferencias se “cuelan” en las perspectivas– pero imprescindible para sostener una cuota no menor de sabor en la lectura. Y que se hable aquí de “los enemigos del campo popular” demuestra que esas sutilezas son irrelevantes frente a la puesta en escena de la real dimensión del rol del deporte en la sociedad.

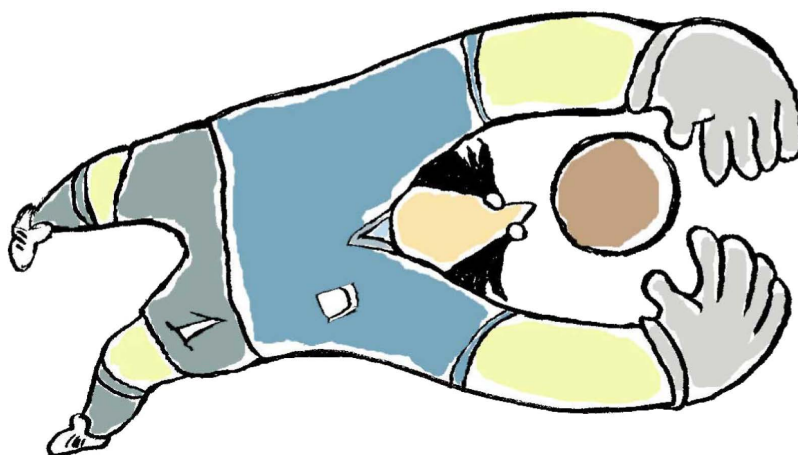
La década que pasé editando los trabajos de César R. Torres para la sección deportiva del periódico *Página/12* de Buenos Aires me empaparon en la sabiduría del concepto de los “bienes internos” del deporte, aquellos que hacen que la práctica tenga un sentido moral y la haga de paso socialmente justificable. En los años en los que la bandería exacerbada en todos los niveles, incluidos el de quienes deben dar cuentas a la sociedad del acontecimiento deportivo, ensombrece su enfoque, le quita solidez y frescura a la manera de presentar esos temas y, más seriamente, comprometiendo la salud de la disciplina toda vez que se antepone los beneficios del provecho partidario en el juicio por sobre la ecuanimidad del *ethos*, la conciencia continua de la existencia real y necesaria de los “bienes internos”, que responden satisfactoriamente a la pregunta que los periodistas llanamente nos hacemos para saber desde dónde miramos, analizamos y calibramos la competencia, resulta una referencia inestimable. Más allá de nuestro oficio, la difusión de esta conciencia en el público atento, en los aficionados, debiera poder contribuir a la generación de un desplazamiento hacia el sitio desde dónde se puede apreciar más sanamente, con mayor calma, cuidado y respeto, el devenir de la competencia. El eterno debate sobre

el fin y los medios, la discusión sobre el carácter de la lógica de los resultados, pueden observarse con otra luz a partir de esta estructuración.

Esto no quiere decir que los autores se hayan dedicado solamente a bucear en los confines abstractos de la pura metafísica deportiva. Muy por el contrario. Por ejemplo, Claudio M. Tamburrini se solaza en el debate sobre la excelencia comparativa de Maradona y Lionel Messi, con argumentos más detallados que los que sostienen a diario los meros aficionados que apelan a su juicio para inclinarse por uno o por otro, más una conclusión provocativa; Torres no tiene pruritos en reconocerse un verdadero admirador del Barcelona de Pep Guardiola sobre el que apunta que si “la belleza futbolística es meramente una posibilidad” entonces “vale la pena entregarse a buscar dicha posibilidad y celebrarla cuando se materializa”.

Tamburrini cuestiona con singular agudeza, como cuando se pregunta si tiene futuro la prohibición del doping, al punto de encender en más de una oportunidad la mecha de cierta incorrección política, como cuando postula que “los Juegos Olímpicos fueron, como siempre, un mal negocio para la sociedad”. A él le corresponde la mayor cuota de desafío. Torres defiende con pasión los estándares de excelencia que resguardan la universalidad, pero por sobre todo el valor auténtico de la práctica competitiva. No se olvida de recordarnos con esmero que “el buen juego es compatible con la búsqueda de la eficacia”.

Provocador, sin dudas.



Introducción

César R. Torres y Claudio M. Tamburrini

El deporte, y particularmente el fútbol, es frecuentemente caracterizado como una “pasión de multitudes”. Esta caracterización se refiere a su popularidad, emocionalidad y atractivo. Quizá Desiderio Erasmo lo hubiera incluido en su celebrado libro *Elogio de la locura* entre las actividades creadas “para la salud del género humano”. Erasmo no se refiere a la locura en términos clínicos, sino como explica Fernando Savater, en relación a las “obsesiones fantásticas e ilusiones de todo tipo sin las cuales la vida se nos haría imposible”. El deporte, en tanto locura erasmiana o pasión de multitudes, permite a sus practicantes y seguidores disfrutar de muchas de las posibilidades que ofrece la vida. Es decir, hace que la vida sea vivible... y tenga sentido. Si bien Erasmo encomia a la locura, reconoce que presenta perplejidades y riesgos insoslayables así como que es sometida a usos multiformes, e incluso en muchos casos espurios.

Nosotros formamos parte de las multitudes que han abrazado animadamente la locura deportiva. Lo hemos hecho como practicantes y seguidores, pero también en nuestra tarea académica. De esta manera, hemos dedicado bastante tiempo a practicar y seguir al deporte, especialmente el fútbol, así como a explorar su complejidad desde el pensamiento filosófico. Abrazar al deporte no implica ser indulgentes con el mismo. En nuestro caso implica, por un lado, disfrutar y reflexionar sobre sus posibilidades vitales y, por el otro, deliberar sobre sus perplejidades y riesgos insoslayables. Y es justamente porque el deporte nos convoca y concierne que lo problematizamos. Para entenderlo mejor, enriquecerlo y deleitarse aún más en su práctica, seguimiento y reflexión.

Este libro es una colección de artículos publicados originalmente en diversos periódicos y revistas durante los últimos quince años en los que indagamos sobre varios aspectos inquietantes de la locura deportiva. Dado que están dirigidos a un público amplio y no especializado, los mismos tienen un tono ameno y coloquial, pero al mismo tiempo riguroso y crítico. De hecho, introducen, en ese espíritu, elementos teóricos que permiten complejizar y ordenar la indagación. El objetivo general de los artículos, así como del libro, es promover allende los círculos académicos la reflexión filosófica en torno al deporte, tan dominado por las imposiciones de lo “urgente” que relegan la deliberación sobre lo “fundamental”. Partimos de la premisa de que el pensamiento filosófico no sólo intenta discriminar entre esto y aquello sino también que ese intento nos instiga a la fatigosa tarea de preguntarnos cómo debemos vivir.

En este caso, la pregunta es cómo debemos vivir la locura deportiva si ha de ser, parafraseando a Erasmo, saludable para el género humano.

Los artículos que componen este libro están divididos en dos secciones. La primera reúne los que abordan cuestiones futbolísticas y tiene tres ejes específicos: ética y estética, arbitraje y tecnología, y política y sociedad. La segunda sección reúne los artículos que reflexionan sobre otras cuestiones deportivas y tiene asimismo tres ejes específicos: género y deporte, valores y deporte, y deporte argentino y olimpismo. Sin embargo, en sus especificidades, las dos secciones plantean abordajes que en muchos casos son mutuamente relevantes. Es decir, los artículos tienen múltiples puntos de contacto, tanto al interior de cada sección como entre las mismas. La organización temática y nuestros intereses particulares dificultaron la alternancia uniforme de autoría de los artículos, lo que hicimos en la mayor medida posible. De todas formas, tomando el libro en su totalidad, cada uno de nosotros contribuye aproximadamente la mitad de los artículos.

Aunque ambos nos hemos interesado tanto en la práctica como en la reflexión sobre el deporte, uno ha dado prioridad a la ética aplicada mientras que el otro ha puesto más énfasis en aspectos teóricos y su relevancia para la práctica y la gestión deportiva. Los/as lectores/as notarán además que en varias cuestiones nuestras perspectivas son disímiles. En muchos casos acordamos y en muchos otros disentimos. Creemos que esta multiplicidad de perspectivas enriquece el propósito de este libro e invita a los/as lectores/as a interrogar sus certezas y fundamentarlas... para volver a interrogarlas ante la presencia de nuevas perspectivas y análisis.

Terminamos con una serie de agradecimientos. A The College at Brockport, State University of New York, especialmente a Mary Jo Orzech, Kim Harris Myers y Jennifer Kegler por su entusiasmo por producir este libro en formato digital. A Pablo Vignone y Andrés Burgo por las respectivas redacciones del prólogo y el epílogo. A Jorge A. White por diseñar la tapa y la contratapa. A Miguel Rep por la ilustración incluida en aquella. Finalmente agradecemos a los periódicos y revistas por la oportunidad de reproducir estos artículos. Nos es muy grato poner a disposición de los/as lectores/as este libro en forma gratuita. El mismo está libre de ser compartido cómo y con quienes quieran.

Primera parte: Consideraciones futbolísticas

Ética y estética

Honrar el juego o la falsa dicotomía entre atacar o defender¹

César R. Torres

El debate sobre cómo se gana ocupa un lugar prominente en el soliviantado *ludus mundi* contemporáneo. Las líneas argumentativas se centran típicamente en las dos fases más reconocibles de la competencia: el ataque y la defensa. Están quienes sostienen que la defensa constituye la clave del éxito deportivo y quienes sostienen lo contrario. Entre los primeros se cuentan entrenadores futbolísticos como el italiano Nereo Rocco y el argentino Helenio Herrera, quienes promovieron el *catenaccio* o “cerrojo defensivo”. Entre los segundos se cuenta el húngaro Béla Guttmann y el brasileño Vicente Feola, quienes favorecían el fútbol ofensivo. Una manifestación más reciente de este debate es la controversia en nuestro país entre los seguidores de César Luis Menotti y Carlos Salvador Bilardo, valedores respectivamente de los esquemas futbolísticos defensivos y ofensivos.

La creencia en la preeminencia del ataque o la defensa como clave del éxito deportivo obviamente excede al fútbol. El estadounidense Michael Jordan, presuntamente el mejor jugador de basquetbol de la historia, enfatizó repetidas veces durante su carrera que la defensa gana campeonatos. Por su parte, el inglés Stuart Lancaster, actual entrenador de la selección de rugby de su país, defiende el juego ofensivo. Esta discrepancia fue remarcada en forma paradójica por el estadounidense Paul “Bear” Bryant, entrenador del equipo de fútbol americano de la Universidad de Alabama durante más de dos décadas, quien afirmó: “El ataque gana partidos. La defensa gana campeonatos”.

Más allá de su articulación, la discrepancia entre la preeminencia del ataque o la defensa pone de manifiesto que sus cultores plantean visiones notoriamente diferentes de cómo se gana en el deporte. Para los cultores del juego ofensivo, el objetivo es principalmente anotar un tanto más que el rival. Para los cultores del juego defensivo, en cambio, el objetivo es principalmente ceder un tanto menos que el rival. El escritor uruguayo Eduardo Galeano lo ha expresado precisamente: “Se juega para ganar, o para no perder”.

Tal cual está planteado, el debate sobre cómo se gana en el deporte presenta al menos dos problemas. En primer lugar, el énfasis preponderante ya sea en el ataque o en la defensa ha creado una falsa dicotomía entre las dos fases más reconocibles de la

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Informe Escaleno* (Buenos Aires, Argentina), 17 de enero de 2015.

competencia deportiva. La dinámica competitiva no presenta una estructura binaria cuyas secciones son mutuamente excluyentes. Es decir, no se trata sólo de atacar o de defender. En realidad, la dinámica competitiva es una totalidad orgánica que incluye tanto ataque como defensa. En los deportes “regulados por tiempo” (fútbol, rugby, basquetbol o hockey sobre césped) las fases competitivas no están estrictamente compartimentadas, por lo que las mismas se suceden sin un orden particular. Por otro lado, los deportes “regulados por sucesos” (béisbol o cricket) establecen un orden cronológico que alterna estrictamente el ataque y la defensa. A pesar de sus diferencias, para ganar en ambos tipos de deportes es necesario anotar un tanto más que el rival, lo que necesariamente implica concederle un tanto menos. Está claro que el éxito deportivo requiere de cierta pericia en las habilidades ofensivas y en las defensivas.

Parafraseando la famosa definición del periodista argentino Dante Panzeri del fútbol como “dinámica de lo impensado”, en el deporte se necesita responder al acontecimiento inesperado creado por el rival y superarlo. Los equipos más ofensivos eventualmente defienden y los equipos más defensivos eventualmente atacan. Dar cuenta de la dinámica competitiva como totalidad orgánica permite apreciar mejor la complejidad del deporte y no reducirlo a algunas de sus fases.

El segundo problema del debate sobre cómo se gana es que remite exclusivamente al resultado de la competencia, al cual se lo reconoce y se lo presenta como patrón distintivo del éxito. Supongamos que los esquemas defensivos condujeran más frecuentemente a la victoria que los ofensivos. ¿Sería eso motivo suficiente para adoptarlos? La respuesta no es evidente. La pregunta entonces no es cómo se gana sino cómo debería ganarse o al menos cómo se debería aspirar a ganar. Para abordar esta cuestión normativa es imperioso referirse a las características que constituyen y distinguen al deporte.

Siguiendo el trabajo del filósofo escocés Alasdair MacIntyre, el deporte –al igual que el arte o la ciencia– es una práctica social. La definición, sin embargo, no termina allí: el deporte es también una actividad coherente y compleja de carácter cooperativo con bienes internos y estándares de excelencia. La particularidad radica en que se establece un problema artificial y se lo regula a través de reglas que ponen a prueba un conjunto de habilidades físicas específicas. Las mismas no sólo caracterizan a los diferentes deportes proveyéndolos con una identidad propia y única, sino que también conforman sus estándares de excelencia.

Si el deporte pone a prueba la capacidad para lograr el objetivo prescripto en el reglamento por medio de las habilidades físicas requeridas, la actividad competitiva compara la capacidad de los deportistas para realizar tal logro y determina superioridad. Como dice el filósofo estadounidense Robert Simon, esta “interpretación”

del propósito central del deporte y de la competencia no está explicitada en los reglamentos pero puede ser pensada como la mejor explicación de cuáles son sus sentidos. Esta postura “interpretivista” mantiene que el deporte excede las reglas escritas y su *ethos* (el conjunto de convenciones vigentes en la comunidad de practicantes), alegando la necesidad de apelar a principios y valores que, al decir de Simon, le provengan sentido. A su vez, esta articulación de aristas estéticas y éticas constituye la base para discriminar las acciones deseables, permisibles y aceptables de las que no lo son.

Aquí es importante resaltar que involucrarse en una práctica social como el deporte implica reconocer y respetar sus bienes internos y estándares de excelencia tanto como comprometerse a cultivarlos, ennoblecerlos y acrecentarlos. Asimismo, el deporte competitivo implica aceptar la comparación en función de esos estándares de excelencia y, como tal, ser juzgado. Y esto, a su vez, implica un profundo respeto a la comunidad de participantes que no sólo posibilita la creación y evolución de esos estándares de excelencia sino que, a través de su compromiso con la práctica social, también permite su existencia, manutención y avance. En otras palabras, pertenecer a una práctica social necesariamente requiere lealtad a los estándares de excelencia y a quienes los hacen posibles así como la promoción de un contexto competitivo genuino. Vale aclarar que en esta concepción de la competencia deportiva el resultado no es desestimado. Sin embargo, a diferencia del “resultadismo”, que lo ve como el fin último de la competencia, el triunfo, empate o derrota es importante en función del parámetro de excelencia relativa que establece.

Dada esta elaboración del deporte competitivo, ¿cómo se debería entonces ganar o aspirar a ganar? Por un lado, el compromiso debería ser que se establezca un contexto competitivo genuino. Esto significa que, al ingresar al terreno de la competencia deportiva, es imprescindible que los competidores observen las reglas: esto no sólo posibilita la actividad sino también establece igualdad de condiciones. Caso contrario se abusa de los rivales y de su confianza, convirtiéndolos en meros medios para el logro del fin propio, y al deporte competitivo se transforma en un proyecto singular y mezquino que echa por tierra la igualdad de condiciones establecida por las reglas. Además, se vicia la comparación de la capacidad relativa de los competidores y se compromete la validez de los resultados. No existe el compromiso a ganar, a secas, sino a ganar en la forma especificada por las reglas. Si el único compromiso fuese simplemente a ganar, el “todo vale” tendría, valga la redundancia, validez. Las victorias son genuinas cuando los competidores observan las reglas. El respeto de las reglas es una condición indispensable de la competencia deportiva que supone una predisposición moral que abraza la justicia.

Por otro lado, el compromiso también debería ser que se honren los bienes internos y estándares de excelencia. Aquí está la motivación principal para involucrarse en el deporte. De esto se constituye. De hecho, el grado de pericia en la ejecución de los bienes internos nos distingue, al menos en un plano técnico, como atletas más o menos excelsos. Por algo admiramos, y a menudo emulamos, a quienes cultivan, ennoblecen y acrecientan los estándares de excelencia: el deporte se manifiesta como un destino personal y social para enriquecer la vida. En consecuencia, el deseo de ganar no significa preocuparse exclusivamente por el resultado, sino por los bienes internos y los estándares de perfección. Querer ganar debería entenderse como el afán por la superación y la aspiración de lograr la excelencia deportiva. O sea que, tanto o más que el ganar, importa el cómo se gana. Este respeto es una condición indispensable de la competencia deportiva que supone una predisposición estética que favorece el “buen juego”. Resumiendo, el compromiso primario en el deporte de alta gama es doble: con el problema artificial que plantea y con el proceso competitivo que facilita la prueba de habilidades físicas. Dicho esto, el cultivo de las cualidades estéticas y los valores éticos tienen una relevancia mayor que el resultado. Entender a la competencia como una actividad que se relaciona con la creación de excelencia a través del reto mutuo para establecer superioridad deportiva y no meramente con la diferenciación formal de ganadores y perdedores no significa que el resultado sea intrascendente sino que es darle el lugar secundario que se merece.

Bajo esta visión, los esquemas defensivos tal cual han sido implementados pueden ser criticados por minimizar los bienes internos y estándares de excelencia del deporte competitivo. Quienes los defienden tienden a enfatizar el resultado y desmerecer la excelencia. Por ello Galeano sostiene en relación al fútbol actual: “Hay cada vez menos espacio para la improvisación y la espontaneidad creadora. Importa el resultado, cada vez más, y cada vez menos el arte, y el resultado es enemigo del riesgo y la aventura”. En la misma línea, el escritor argentino Juan Sasturain argumenta que la preocupación por mantener el resultado en cero contraría “la esencia misma de la competencia” y que dicha actitud tiene efectos devastadores: un juego cauteloso, predecible y cerril. El mismo Sasturain vitupera: “Se piensa más en cuidarse que en jugar, incluso cuando se tiene la pelota. En los tiempos del resultadismo, se juega al fútbol con forro”. Otros críticos hablan de tácticas negativas e incluso de “antifútbol”. Las impugnaciones exceden la dimensión estética del deporte e incluyen la moral. Los esquemas defensivos son presentados como mezquinos, especuladores o cínicos y reprobados por aceptar el infausto “vale todo” (trampas, faltas estratégicas, deslealtades). Por supuesto, no todos aquellos que favorecen estos esquemas competitivos incurren en estos cargos pero las críticas no son infundadas. Asimismo, la cotidianidad del deporte competitivo indica que los esquemas defensivos tienden a

desestimar los bienes internos y estándares de excelencia en favor del resultado favorable.

Al contrario, los esquemas ofensivos tienden a honrar los bienes internos y estándares de excelencia así como las condiciones que promueven la comparación de la capacidad relativa de los competidores. En el fútbol generalmente se lo ha asociado con el denominado “fútbol arte” o *jogo bonito* y se refiere a la valoración de la calidad del juego y la excelencia sobre el resultado. Sin embargo, esta actitud que resalta la creatividad, la fluidez y la espontaneidad no tiene que ser desinteresada. El buen juego es compatible con la búsqueda de la eficacia. Respondiendo a la crítica del juego ofensivo que pregona, el ex jugador y entrenador argentino Jorge Valdano dijo: “Es curioso que el futbol al que yo adhiero se lo considere como un futbol ingenuo; es como si yo no buscara resultados [...] La diferencia es que para mí el resultado es una consecuencia del buen juego, no algo que lo antecede”. Los propulsores de los esquemas ofensivos no sólo resaltan los atributos estéticos del fútbol sino también los valores morales que los hacen posible. Del mismo modo, son menos proclives a implementar acciones que socaven el florecimiento de los bienes internos y estándares de excelencia o el proceso competitivo. Por ello Sasturain repudia tanto la “fealdad” futbolística como la “mezquindad” del fútbol doméstico argentino y promueve un encauzamiento hacia el “buen gusto” y la “buena leche”.

La interpretación del deporte competitivo inherente a los esquemas ofensivos es más coherente que la de los esquemas defensivos. Esto no significa que la defensa deba ser descuidada o carezca de valor. Lo que significa es que se debería aspirar a formar equipos y competidores que reconozcan y respeten la totalidad orgánica de la dinámica competitiva y que se esmeren por ganar honrando los bienes internos y estándares de excelencia así como materializando las condiciones que promueven la comparación de su capacidad relativa. Estos equipos y competidores implementarían acciones positivas, “pro deporte”, en las que sólo vale aquello que exalta los bienes que lo definen y la competitividad. Quizá la evaluación encomiástica del Comité Olímpico Francés del rendimiento de la selección uruguaya de fútbol en los Juegos Olímpicos de 1924 sirva como ejemplo de patrón de aspiración interpretivista: “Son verdaderamente magníficos los jugadores uruguayos, que han cautivado al público de los Juegos Olímpicos desde la iniciación del torneo. Perfectos en su cohesión, formidables en el ataque e invencibles en la defensa”. Difícil negar el atractivo y la superioridad de esta manera de ganar.

En defensa del fútbol defensivo. Develando prejuicios acerca de una vieja disputa¹

Claudio M. Tamburrini

¿Cuál es la fórmula más eficaz para ganar en los deportes? Simplificando, se podrían delinear dos posturas contrapuestas: atacar al rival hasta noquearlo, o defenderse al estilo “catenaccio” para quitarle al oponente toda posibilidad de convertir un tanto. Estas dos posturas valen sobre todo para el fútbol pero se podrían también aplicar en otros deportes. Los aficionados al boxeo recordarán por ejemplo el estilo literalmente demolidor de Carlos Monzón, a diferencia del arte de la defensa practicado por Nicolino Locche, posiblemente el boxeador más virtuoso –que no significa el mejor– que haya dado el boxeo argentino.

La valoración que se hace de una y otra táctica de juego no es sin embargo equitativa. Se percibe a menudo un prejuicio en favor del estilo ofensivo de juego. Los prejuicios son a veces justificados, ya que constituyen vías más cortas –y por lo tanto más racionales– para llegar a establecer un juicio adecuado. Pero el favoritismo por el juego ofensivo es un prejuicio infundado. Baste con citar la regla del gol visitante, de acuerdo a la cual se definen muchos certámenes de fútbol, incluidas la Liga de Campeones europea y la Copa Libertadores de América. Según esa normativa, un equipo que empata como visitante 1–1 y que como local no consigue más que un empate en cero, pasa a la ronda siguiente por haber marcado de visitante. ¿Qué más paridad entre dos equipos que dos empates? Lo mismo sucede si un equipo gana de local 1–0 y luego pierde como visitante 2–1. ¿Cuál es la disparidad que justifica el avance de ese equipo y la descalificación del otro, luego de haber jugado dos partidos con resultados tan similares? Es difícil percibir de qué manera la regla del gol visitante –incorporada para fomentar el fútbol ofensivo– se concilia con la equidad deportiva.

En este artículo procederé a examinar los dos estilos de juego arriba nombrados en el marco de la práctica del fútbol. Para hacerlo, es menester primero clarificar algunos conceptos, particularmente los elementos que definen la práctica virtuosa (o “excelencia”) del fútbol y la caracterización de estos dos estilos de juego aparentemente contrapuestos. Una vez cumplida esa tarea analítica en la primera y segunda secciones de este artículo, pasaré luego en la tercera sección a examinar ambos estilos de juego relacionándolos con las excelencias o habilidades definidas en

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Fútbol y Filosofía. Revista para Aficionados al Fútbol y Otros Seres Pensantes* (Barcelona: España), 19 de junio de 2015.

la primera sección. Finalmente, en la cuarta sección de este artículo, trataré de fundamentar una defensa del fútbol defensivo argumentando que este estilo de juego satisface el ideal de la práctica del fútbol en la misma medida que el fútbol ofensivo.

Excelencias de la práctica del fútbol

En general, el deporte puede ser caracterizado como una práctica con fines determinados que deben ser alcanzados mediante el despliegue de ciertas habilidades o destrezas físicas, en un marco de respeto de la normativa vigente –tanto formal como informal– en el deporte en cuestión. El deporte competitivo tiene además como objetivo comparar la destreza de los participantes a los efectos de establecer entre ellos una jerarquía relativa al dominio de esas habilidades o virtudes físicas y éticas.

¿Cuáles son las excelencias características de la práctica del fútbol? En cuanto a las destrezas físicas y técnicas de quién practica fútbol, se podrían distinguir, entre otras, la *creatividad* (repertorio variado de jugadas y tácticas evitando la reiteración de instancias de juego), la *espontaneidad* (capacidad de resolver rápidamente situaciones inesperadas, estrechamente relacionada con la creatividad), la *fluidez* (consistente en desplegar un juego dinámico y ágil) y la *flexibilidad táctica* (capacidad de adaptar el esquema de juego a las características del partido o incluso al desarrollo de las instancias de juego durante un partido).

Estas habilidades o destrezas de los jugadores pueden también utilizarse para valorar un estilo determinado de juego. Pero existen además otros elementos que pueden aplicarse exclusivamente para caracterizar el buen juego (a diferencia de los jugadores). Entre ellos se pueden nombrar los siguientes: *emoción* (si el resultado es incierto y el nivel de destreza desplegado por los jugadores alto, el juego se torna emocionante), *desafío* (el partido es disputado entre dos equipos de similar nivel competitivo; una competición entre equipos de distinto nivel no ofrece por lo general sorpresas en el resultado) y *drama* (en partidos disputados y parejos, el resultado podría ser definido solo en las instancias finales, añadiendo así drama al juego). Estas tres últimas características constituyen el valor–espectáculo que genera un estilo determinado de juego.

Por último, las virtudes o excelencias éticas pueden ser caracterizadas, también en términos generales, como la predisposición a cumplir las reglas exhibiendo una actitud de respeto hacia los participantes del juego.

Fútbol defensivo vs. fútbol ofensivo

¿Cómo caracterizar el fútbol defensivo? Es difícil proporcionar una definición precisa de un estilo de juego. Por esa razón, tal vez la forma más adecuada de hacerlo sea determinar qué NO es el fútbol defensivo. Para caracterizarlo, procederé a analizar algunos prejuicios imperantes en la discusión sobre fútbol defensivo vs. fútbol ofensivo que, de manera consecuente, inclinan la valoración en favor de éste último a desmedro del primero.

Un prejuicio negativo muy común en relación al fútbol defensivo consiste en vincularlo con lo que se denomina “resultadismo.” Refiriéndose al estilo de fútbol practicado durante las últimas décadas, el escritor uruguayo Eduardo Galeano afirma que “Se juega para ganar, o para no perder”. Su juicio manifiesta una confusión conceptual y por ende un prejuicio infundado contra el fútbol defensivo actual. Por una parte, la implementación de un sistema eficaz de defensa en el fútbol constituye a menudo un planteo táctico más que la búsqueda de un resultado. Un planteo defensivo excluye tal vez la alternativa de tomar la iniciativa de atacar, pero de ninguna manera significa renunciar al ataque. Se puede presentar un esquema defensivo de juego y apostar a realizar ataques rápidos y sorpresivos de contragolpe. Por otra parte, aún un planteo ofensivo podría ser calificado –en cierto sentido– de resultadista, dado que el equipo que lo practica busca conseguir la victoria –un “resultado”– atacando. Jorge Valdano ha expresado claramente esta idea al decir: “Es curioso que el fútbol al que yo adhiero se considere como un fútbol ingenuo; es como si yo no buscara resultados.” Por cierto, Valdano continuó diciendo: “La diferencia es que para mí el resultado es una consecuencia del buen juego, no algo que lo antecede”. Sin embargo, el sistema defensivo de juego no implica necesariamente dar precedencia al resultado por encima de jugar bien. Un equipo puede –parafraseando a Valdano– exhibir “buen juego” defensivo y, como consecuencia de él esperar obtener un buen resultado. En ese sentido, el juicio de Galeano, lejos de esclarecer, dificulta conceptualmente la discusión sobre el tema.

Otro prejuicio que afecta al fútbol defensivo es su identificación con el afán de “ganar cueste lo que cueste.” Esta posición ha sido formulada claramente por el entrenador de fútbol americano Vince Lombardi: “Ganar no es lo más importante; ganar es lo único que importa.” En relación a esto, el filósofo argentino-estadounidense César R. Torres, refiriéndose a la dimensión ética del deporte, escribe que el fútbol defensivo es muchas veces identificado con la práctica tramposa en el fútbol:

Las impugnaciones exceden la dimensión estética del deporte e incluyen la moral. Los esquemas defensivos son presentados como mezquinos, especuladores o cínicos y reprobados por aceptar el infausto “vale todo” (trampas, faltas estratégicas, deslealtad, etc.).

Se debe hacer notar que, en los párrafos precedentes, Torres se está refiriendo a los sistemas defensivos de fútbol tal cual han sido implementados. Como observación espontánea, aún sin apoyo sociológico-científico, el juicio de Torres tal vez sea correcto. Al fin y al cabo, quienes deciden practicar un sistema defensivo de juego pueden caer en la misma confusión conceptual manifestada por Galeano. Pero el fútbol defensivo no es en sí incompatible con la práctica de las virtudes y excelencias físicas y morales que deben caracterizar la práctica del juego. Que un tipo determinado de práctica del fútbol haya sido contaminado por valores ajenos a la esencia del juego no determina necesariamente que esa práctica deba ser defenestrada. Más razonable parece, ante esa situación, tratar de librar a ese estilo de juego de las impurezas que lo afectan, sobre todo considerando que el fútbol defensivo también puede desplegar las excelencias propias de ese deporte.

La contracara del prejuicio negativo sobre el fútbol defensivo es la identificación automática del estilo ofensivo con las excelencias propias de la práctica del fútbol. Nuevamente, Torres dice que:

Al contrario, los esquemas ofensivos tienden a honrar los bienes internos y estándares de excelencia del deporte competitivo así como las condiciones que promueven la comparación de la capacidad relativa de los competidores.

Luego, inmediatamente a continuación de este párrafo, aclara: “...esta actitud, que resalta, entre otros atributos, la creatividad, la fluidez y la espontaneidad, no tiene que ser desinteresada. El buen juego es compatible con la búsqueda de la eficacia.”

En mi opinión, no se puede a priori excluir la posibilidad de que un equipo ofensivo falle en el momento de desplegar las excelencias propias del juego del fútbol. Esto vale tanto para las excelencias físicas y técnicas como para las virtudes morales. Un equipo ofensivo puede, por ejemplo, practicar un estilo de ataque técnicamente torpe, repetitivo y sin sorpresa. O puede actuar sin creatividad ni fluidez en el juego. Por más que despliegue una voluntad manifiesta de atacar, un equipo puede también utilizar trampas en el juego. De hecho, ha habido –y seguramente habrá siempre en la historia del fútbol– equipos ofensivos con estas características. Como observación espontánea, esta afirmación también carente de apoyo científico. Pero aún siendo así,

mi juicio no es ni más ni menos correcto que las prudentes afirmaciones de Torres. (Recordar su utilización del término “tienden a honrar” en el párrafo citado).

Sobre la base de las caracterizaciones negativas precedentes (negativas, no en el sentido de valoración, sino en cuanto tienen por fin determinar lo que el fútbol defensivo NO ES), tal vez sea ahora posible presentar una descripción del estilo de juego defensivo para diferenciarlo del estilo ofensivo. El fútbol defensivo se caracteriza entonces por dar prioridad a la función de anular el juego del adversario mediante, por ejemplo, una marca férrea y el quite de pelota, cediendo así la iniciativa del ataque al adversario. Como se desprende de la discusión anterior, eso no significa renunciar al ataque, ni tampoco renunciar a ganar el partido. No significa ni siquiera renunciar a hacerlo por un resultado abultado. Simplemente, el estilo defensivo de juego enfoca sobre todo en no permitir dominar la pelota y desarrollar su juego al rival.

Como contrapartida, el estilo ofensivo de juego consiste entonces en dar prioridad al juego de ataque, aún a costas de descuidar el juego defensivo (la marca férrea sobre el rival, el quite de pelota, etc.).

En defensa del fútbol defensivo

Tal vez mi defensa del fútbol defensivo esté teñida de mi experiencia personal como portero. Desde que empecé a jugar al fútbol –y se cumplirán dentro de poco cincuenta años– presencié los partidos en los que participaba desde la posición de platea preferencial de la que goza el guardameta. El portero participa del partido y es también miembro activo del equipo. Pero se mantiene al mismo tiempo como observador frío y pensante del juego, más interesado en salvar un gol que en ponerse en ventaja con una jugada genial de uno de los delanteros. Sin duda, mis vivencias históricamente acumuladas han formado mi visión del fútbol. Pero aún así reivindicó las virtudes del juego defensivo. Unos de los verdugos del fútbol argentino, el director técnico Lars Lagerbäck que dirigiera a Suecia en el aciago partido de la eliminación en Corea-Japón del 2002, afirmaba hace unos meses en un programa deportivo que un equipo se construye desde abajo, desde la defensa. La prioridad esencial es cerrar al rival el acceso a la propia meta. Que no nos marquen goles. Luego, en la mitad del campo, hay que quitarle la pelota al rival para poder entonces generar juego ofensivo. Quién dude, que le pregunte a Simeone sobre el valor de hacerle sentir al rival la marca. Al Simeone jugador y al creador del “cholismo”, ambos estilos caracterizados por la defensa a ultranza de la pelota. Se puede ganar un partido sin la pelota. Pero es más divertido ganarlo con ella. Y para tenerla más tiempo, además de no perderla, hay que estarle encima al rival y quitársela.

Aún para los partisanos del estilo de juego ofensivo, la capacidad de desplegar fútbol defensivo debería ser vista al menos como un indicador de flexibilidad táctica. De la misma forma que se condena un esquema ultradefensivo, se debería condenar también un esquema ofensivo a ultranza. Remontémonos nuevamente a la frustración argentina del Mundial de Japón-Corea. Victoria argentina contra Nigeria en el primer partido (1-0) y empate de Inglaterra y Suecia. Segunda fecha del grupo, con Argentina liderando con tres puntos, contra Inglaterra. ¿Por qué ir a atacar a mansalva, abriendo flancos para la ofensiva inglesa? Salvo resultados sorprendidos en la tercera fecha del grupo, el empate ya clasificaba. Por ende, el gasto -y el riesgo- debería haber corrido por cuenta de Inglaterra. El técnico argentino Bielsa, sin embargo, se negó a adaptar el esquema de juego a los resultados de la primera fecha, con las consecuencias ya conocidas. Muchos años después, cometería el mismo error dirigiendo al Athletic Bilbao, al perder sendas finales con el Atlético Madrid y el Barcelona por presentar un planteo de juego ofensivo, casi temerario. Atacar por atacar no es una virtud. Es una prueba de dogmatismo táctico y terquedad ideológica. A veces, el mejor ataque es una defensa férrea.

La potencia futbolística por excelencia -Brasil, por mucho que nos pese a los argentinos- también parecía haber aprendido la lección. En el Mundial de Sudáfrica, la selección brasileña desplegó una de las mejores versiones de su "jogo bonito", pero esta vez acompañado de un sólido sistema defensivo que funcionó (casi) a la perfección. Era evidente la impronta de su técnico Dunga en el juego de la verde-amarela, la misma mística defensiva y aguerrida que le valiera al jugador Dunga la conquista de la pálida Copa del Mundo de Estados Unidos en 1994. De haberse consolidado el proyecto Dunga, Brasil hubiera tenido una nueva era dorada comparable al período de su máximo esplendor luego de Suecia 58 y hasta México 70, basado en su excelente juego ofensivo pero ahora combinado con una sólida defensa. Lamentablemente, o tal vez felizmente para la competitividad del fútbol internacional, el equipo de Dunga cometió un fallo... ¡defensivo! Y ese fallo le valió la eliminación del Mundial en las manos de su portero Julio César. Antes del Mundial en Brasil, algunas voces críticas advertían que el sueño de conquistar la Copa del Mundo en casa -ya frustrado a manos de Uruguay en 1950- podría llegar a ser postergado otra vez más ante la insistencia en confirmar al mismo portero. Hoy sabemos el resultado. Nuevamente, el técnico de Brasil subestimó la importancia de defender la propia valla y confió en Neymar y los delanteros para marcar la diferencia, con los resultados conocidos. Un equipo solo puede ser campeón luego de cerrar el candado -ésa es la traducción del "catenaccio" - en defensa. Ésa es probablemente la razón de la vigencia de Italia en el concierto del fútbol mundial y de su participación destacada en los certámenes internacionales, aún en épocas de baja producción futbolística.

Lagerbäck, y no Bielsa, entiende la esencia última y profunda del fútbol, de la misma forma que Locche comprendió la esencia del boxeo al esquivar con sus meneos de cabeza y el baile de sus piernas los golpes del rival, en vez de lanzarse a ciegas al ataque.

Ese prejuicio infundado en favor del fútbol ofensivo se ha hecho notar incluso en el desarrollo de la modalidad de juego de los porteros. La primera gran revolución en el puesto se produjo cuando los porteros dejaron de defender la valla desde la línea misma del gol y se lanzaron a dominar toda el área penal. Luego vinieron otros que comenzaron a extender el juego de defensa de la propia puerta fuera del área penal. En otras palabras, un ulterior desarrollo del arte de la defensa.

La continuación natural de ese desarrollo hubiera sido que los porteros abandonaran aún más los tres palos y se convirtieran en “liberos”, jugando como último defensor atrás de su línea de marcadores. Toda pelota larga y en profundidad lanzada por el equipo rival en un contragolpe iría entonces a terminar en las manos –o mejor dicho, considerando su posición avanzada, en las botas– del portero. Pero en vez de seguir perfeccionando el arte de la defensa, el rol del portero sufrió la contaminación del fútbol ofensivo y llevó a los guardametas a la portería misma del equipo rival. En Argentina, el advenimiento de Chilavert marca en ese sentido la perversión del puesto de portero y el triunfo –categórico pero no definitivo– del prejuicio ofensivo en el fútbol. Con él, los porteros salieron a marcar goles en vez de redoblar el cerrojo en la propia valla, consolidando así una ecuación matemática negativa. Marcar un tanto al precio de encajar uno o más en la propia puerta no suele contribuir a ninguna victoria deportiva. Afortunadamente, la revolución en el juego de portería encarnada en Neuer –un defensor más en la línea defensiva de la selección alemana– ha vuelto a poner las cosas en su cauce correcto.

¿Pero no tiene a pesar de todo el fútbol ofensivo mayor valor–espectáculo? Por cierto, al público le gusta ver goles. Ése es precisamente el tradicional argumento en defensa del fútbol ofensivo. Era sin duda más excitante ver desplomarse a los rivales de Monzón que seguir el juego defensivo de piernas y esquives de cabeza a Nicolino Locche. Pero ese noble arte de la defensa pugilística supo también despertar el fervor y la pasión del público de entonces. Tal vez la afición futbolística del presente carezca de la sensibilidad lúdica requerida para apreciar el valor del juego defensivo. Es probable que un partido que termina 10–10 sea más excitante que un empate a cero. Pero, a fin de cuentas, la mayor parte de los 20 goles marcados serán obviamente fruto de algún error defensivo. ¿Por qué razón se debería adjudicar a un partido en dónde se han cometido tantos errores más valor que a otro en el que los participantes han tenido una actuación impecable y sin yerros?

Conclusiones

La excelencia futbolística requiere obviamente el dominio de ambos estilos de juego, el defensivo tanto como el ofensivo. Pero a juzgar por los argumentos arriba presentados, no hay razón para valorar al estilo ofensivo de juego como superior a un esquema que dé prioridad a la marcación del rival y a la defensa. Ambas interpretaciones del ideal de excelencia en la práctica del fútbol favorecen el despliegue de cualidades y destrezas que, al menos, deberían ser igualmente apreciadas por los aficionados al fútbol. En un sentido –el valor–espectáculo– el estilo ofensivo es superior al esquema defensivo en el fútbol. Pero el aficionado sofisticado no debería equiparar la diversión vivenciada en un partido con la calidad del juego.

Hay diferentes maneras de desplegar excelencia en la práctica del fútbol. El juego defensivo no es inferior a ninguna otra de ellas.

El fútbol no puede ser más feo¹

César R. Torres

Juan Sasturain es un perspicaz observador y comentarista de lo que considera, con razón y honrosamente, un aspecto clave de nuestra cultura: el fútbol. Y además, como dirían en el barrio, es un maestro de la escritura. Las reflexiones futbolísticas de Sasturain, que a menudo constituyen el eje central de la contratapa de los lunes que escribe para este diario, son una delicia.

El mes pasado, en una de esas contratapas, reiteró su hartazgo de la mediocridad, e incuestionable decadencia, del fútbol doméstico. Según Sasturain, “cada vez se juega peor, mal y más feo”, y no se percibe voluntad, esfuerzo o capacidad para encauzar al juego “por el sendero del buen gusto y de la buena leche”. Sasturain es partidario del fútbol ofensivo en el que prima la posesión de la pelota, y la búsqueda ordenada y sistemática de la progresión en el terreno de juego a través del pase y la asociación continua. También reivindica la gambeta como expresión de creatividad y posibilidad de desequilibrio. En su libro *Wing de metegol. De qué hablamos cuando hablamos de fútbol* expone más acabadamente su visión del fútbol, que sintetiza diciendo que éste “se cuenta en goles, pero para hacerlos hay que tener la pelota. Es la idea primera, el concepto fundante”. La sencillez del postulado no le quita valor... piénsese en el impío culto al revoleo de la pelota.

La visión futbolística propuesta por Sasturain se encuadra dentro de lo que en el argot de la filosofía del deporte se conoce como interpretivismo. Esta teoría del deporte, inspirada en la filosofía del derecho de Ronald Dworkin, mantiene que el mismo excede las reglas escritas y su ethos (las convenciones vigentes), alegando la necesidad de apelar a principios y valores que proveen de sentido a la práctica deportiva. Dichos principios y valores no están explicitados en los reglamentos, pero pueden ser pensados como la mejor explicación de su sentido. La “interpretación” de estos principios y valores intenta articular la versión más coherente del deporte. A su vez, esta articulación tiene aristas estéticas y éticas que frecuentemente están interrelacionadas.

De esta manera, no sorprende que Sasturain repudie tanto la “fealdad” (dimensión estética) como la “mezquindad” (dimensión ética) del fútbol doméstico, y promueva un encauzamiento hacia el “buen gusto” (dimensión estética) y la “buena

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 3 de diciembre de 2013.

leche” (dimensión ética), elementos centrales en su interpretación del juego. De la misma manera, argumenta que la preocupación por mantener el resultado en cero contraría “la esencia misma de la competencia”. Esta también forma parte de su interpretación del juego y requiere que los equipos, usando la jerga futbolera, “busquen el arco contrario” activamente. Como dice en el libro mencionado, cree que el “resultadismo” (la obsesión por el resultado favorable independientemente de cómo se logra) tiene efectos devastadores: un juego cauteloso, predecible y cerril en el que sobresale el infausto “vale todo” (trampa, deslealtad, corrupción, etcétera).

Para neutralizar la mediocridad futbolística doméstica, y por ende los efectos del resultadismo, Sasturain propuso en la nota mencionada que los partidos comiencen 1-0 por sorteo y que el primer gol del equipo que perdió el sorteo valga 2. Con este formato, como lo explica él mismo, “no existen la posibilidad del 0-0 ni del 1-1. El primer empate hay que laburarlo: sólo se consigue con el 2-2”. La idea es que los equipos implementen tácticas audaces que pongan a prueba fehacientemente sus habilidades mientras orientan sus esfuerzos a lograr aquello con lo que se cuenta el fútbol: goles. Dicho de otra manera, la propuesta supone que “los va a obligar [a jugadores y técnicos] a ir al frente, con lo que se cumpliría al menos una de las premisas de la noble competencia”. Interpretivismo puro.

Sasturain admite que su propuesta es fruto de la desesperación futbolística y que está apoyada en la arbitrariedad del azar. Pero niega que sea injusta. Y tiene algo de razón si uno se atiene a un modelo formal o procedimental de justicia. Sin embargo, en el deporte existe un criterio independiente o principio distributivo para determinar si la distribución de las ventajas competitivas es justa: el mérito. El mismo está presupuesto en la visión interpretivista del fútbol articulada por Sasturain. El sabe que su “modesta proposición” es improcedente (de hecho, la califica de estúpida), pero su intención primordial es, a mi entender, debatir sobre la mediocridad futbolística, pensar bajo qué condiciones prospera el juego e identificar estrategias para mejorarlo. Por algo cierra con una invitación: “Queda abierta la cuestión y se escuchan sugerencias superadoras”.

En ese espíritu, y compartiendo la interpretación sasturiana del fútbol, se listan abajo una serie de propuestas para que jugadores y técnicos se predispongan a ir al frente. Las mismas no son novedosas ni exhaustivas, pero quizá sirvan para continuar la conversación que plantea Sasturain.

- 1) Otorgar medio punto extra al equipo que gane por dos goles de diferencia.
- 2) Otorgar un punto extra al equipo que gane por tres o más goles de diferencia.
- 3) Otorgar medio punto extra al equipo que gane de visitante.
- 4) Reducir el número de jugadores por equipo a diez.
- 5) Agrandar el arco.
- 6) Implementar expulsiones temporales por infracciones a las reglas del juego sancionables con amonestación.
- 7) Implementar expulsiones temporales por repetidas infracciones menores a las reglas del juego.
- 8) Modificar o eliminar la regla del fuera de juego.
- 9) Implementar el sistema de tiempo neto de juego.
- 10) Permitir que los saques de banda se ejecuten con el pie.

Estas propuestas, como dice el maestro Sasturain, no van a “mejorar [necesariamente] la calidad del juego ni neutralizar la posible corrupción”, pero acaso redunden en algún golcito más por partido. Teniendo en cuenta el estado del fútbol doméstico, no sería poca cosa. Además, junto con otras propuestas posibles y atendibles, nos permiten debatir e imaginar interpretativamente cómo sería un fútbol más coherente e íntegro.

Pelé, jugando, fue la excelencia¹

Claudio M. Tamburrini

El nuevo Balón de Oro de Messi reaviva la eterna polémica: ¿Es Messi ya mejor que Maradona? Al comentar el último galardón de Messi, Alfredo Di Stéfano señaló que los premios obtenidos por un jugador dependen del trabajo y el esfuerzo de todo el equipo. El reconocimiento a un jugador es un reconocimiento a sus compañeros. Di Stéfano marca así el primero de los criterios a emplear para ordenar conceptualmente la discusión sobre quién es el mejor jugador de fútbol de todos los tiempos. Basta nombrar a Xavi e Iniesta para entender que el entorno de Messi es de una jerarquía totalmente diferente al acompañamiento que tuviera Maradona. En relación al entorno, entonces, “ventaja Maradona”, que contó con mucho menos apoyo en sus equipos.

En segundo lugar tenemos el rol de conductor. Maradona fue el alma de su equipo, manejando los hilos del juego y sacando también goles con el brazo despegado del cuerpo en su propia valla. La maestría de Messi se despliega en cambio de tres cuartos de cancha para adelante y a partir del juego creado en combinación con otros jugadores. De nuevo, “ventaja Maradona”.

En tercer lugar, la dimensión de goleador. Maradona destacó también en este aspecto, pero está obviamente lejos del rosarino anotando goles. “Ventaja Messi”, por lo tanto.

Por último, tenemos la capacidad atlética. Es difícil comparar a ambos jugadores en este aspecto. Por una parte, Maradona dilapidó su caudal físico debido a una vida personal agitada y problemática. ¿Cuál hubiera sido la capacidad atlética de Maradona, de haber conducido una vida profesional como la de Messi? Por otra parte, es difícil también elaborar un juicio sobre Messi como atleta. Sometido a un tratamiento con hormonas de crecimiento durante sus primeros años en el equipo catalán, a Messi se le permitió ingerir –por razones médicas– sustancias cuyo uso normalmente conlleva una dura suspensión por doping. El fin terapéutico del tratamiento –llevar a Messi a niveles normales de crecimiento– no debe hacernos olvidar que la cura a la que fue sometido le otorgó una ventaja deportiva sobre sus competidores. En ese sentido, el fenómeno de Messi es en parte un producto farmacéutico.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 20 de enero de 2012.

¿Cuál es entonces el balance final a partir de estos cuatro criterios? Maradona brilló a pesar de un entorno futbolístico pobre y de su adicción. Messi se beneficia de un equipo estelar que lo sostiene y de los efectos potenciadores del rendimiento que otorgan ciertos productos farmacológicos. Maradona fue el gran conductor de su equipo, pero Messi es ya probablemente el mayor goleador de la historia, si no en números al menos en cuanto a la factura de sus goles.

En verdad, Pelé fue el único jugador en manifestar excelencia en todas estas dimensiones. Conductor indiscutido de sus equipos y autor de más de mil goles, poseía además una capacidad atlética única. Es difícil imaginar cuál hubiera sido el pico de rendimiento físico de Pelé con las técnicas modernas de entrenamiento. De haber obtenido Pelé la Copa del Mundo en México 86 y la medalla de plata en Italia 90 conduciendo a las mediocres selecciones argentinas de entonces, ya no habría necesidad de preguntarse quién ha sido el mejor jugador de la historia.

Sobre la vanguardia estética del fútbol¹

César R. Torres

Josep Guardiola decidió poner fin a cuatro extraordinarios años como entrenador del Barcelona. Desde su debut en 2008 hasta su reciente renuncia, el Barcelona ganó trece títulos nacionales e internacionales, desplegó consistentemente un estilo de juego de calidad superior y encumbró a Lionel Messi. Guardiola enfatiza la posesión de la pelota y a través de ello el juego creativo, colectivo y ofensivo. Y ha sido fiel a su estilo de juego, aun en circunstancias adversas. El excelso rendimiento del Barcelona en los últimos cuatro años ha provocado asombro y respeto en la comunidad futbolística global.

A pesar de los recientes reveses en la Champions League y la Liga española, dicho rendimiento sugiere, y hasta quizá requiera, una reflexión sobre las propiedades que constituyen al “buen” fútbol. Esta reflexión estética es importante para los amantes de este deporte, sobre todo teniendo en cuenta las tácticas menesterosas que los rivales le plantean frecuentemente al Barcelona, además del prosaísmo que predomina en el fútbol actual.

Podría argumentarse que el fútbol prosaico también genera la reflexión sobre la dimensión estética del fútbol. La diferencia es que lo hace a través de la vía negativa. Es decir, el fútbol prosaico instruye, dejando al descubierto –como diría el filósofo estadounidense Douglas R. Anderson– aquello que impide la belleza futbolística. De esta manera, los jugadores, así como los partidos, insulsos y mezquinos, señalan el camino hacia la belleza futbolística sólo indirectamente y a través de la carencia. Este camino estético tiene cierto valor, pero además de ser indirecto es incompleto y frustrante. Los amantes del fútbol conocen las limitaciones de la vía negativa. El escritor uruguayo Eduardo Galeano lo ejemplifica cuando confiesa ser un mendigo del buen fútbol.

Por el contrario, el fútbol del Barcelona, aun en la derrota, es instructivo porque activa la discusión sobre las propiedades que constituyen el “buen” juego a través de la explicitación de aquello que conforma y conduce a la belleza futbolística. El rendimiento sorprendente del Barcelona, y especialmente de Messi, pone de manifiesto en forma efectiva la belleza del fútbol, tanto en su aspecto colectivo como individual. Al hacerlo, ofrece un parangón de excelencia futbolística desde el cual debatir las condiciones que ennoblecen el juego y bajo las que prospera. La vía positiva del

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 11 de mayo de 2012.

Barcelona es directa, completa y placentera. Esto también lo conocen los amantes del fútbol. Por algo Galeano admite agradecer cuando ocurre el milagro del buen juego.

He mencionado en varias oportunidades en estas páginas que el fútbol es una práctica social con bienes internos (aquellos que son imposibles de concebir y materializar por fuera de la misma) y estándares de excelencia definitorios. Tanto unos como otros conforman las propiedades estéticas del fútbol porque son intrínsecas al mismo e identificadas como dignas de atención sostenida por la comunidad de practicantes. Los juicios estéticos emergen desde y retornan a estas propiedades. El Barcelona centra positivamente la discusión en los atributos estéticos del fútbol o, para decirlo como hasta ahora, en las propiedades del “buen” juego. No es casual que el delantero del Chelsea Fernando Torres declarase después de que su equipo eliminara al Barcelona de la Champions League con un receloso juego de resguardo que “el fútbol es así, no siempre gana el mejor”.

Asimismo, el Barcelona también invita a asumir una actitud decididamente estética en la apreciación del fútbol y a contrastarla con la “resultadista”, que no duda en sacrificar sus bienes internos y estándares de excelencia en pos del resultado favorable. En este sentido, el Barcelona apunta, como varios equipos ya lo han hecho en la historia del fútbol, que la actitud estética, al menos en el deporte, no tiene que ser desinteresada. El “buen” juego es compatible con la eficacia. Los trece títulos del cuatrienio Guardiola lo avalan.

El sorprendente rendimiento del Barcelona con Guardiola como entrenador, así como sus recientes reveses, nos recuerdan que la belleza futbolística es meramente una posibilidad. Y que vale la pena entregarse a buscar dicha posibilidad y celebrarla cuando se materializa. Por otro lado resalta que el “resultadismo” es sospechoso y a menudo niega la belleza futbolística. Es decir, reduce el campo de lo que es estéticamente posible y deseable en el fútbol. Aquí valen las palabras del novelista francés Stendhal, para quien la belleza era una promesa de felicidad. En el período 2008–2012, el Barcelona cumplió esa promesa con su juego de calidad superior. Los amantes del fútbol esperamos que el Barcelona siga aspirando a cumplir esa promesa de felicidad, de ahora en más con el sucesor de Guardiola.

¿Fue correcto darle el Balón de Oro a Zidane?¹

Claudio M. Tamburrini

¡Al fin se supo qué le dijo Materazzi a Zinedine Zidane en la final de la Copa del Mundo! La afrenta que llevara al capitán de la selección francesa a dejar a su equipo acéfalo y desmoralizado no tuvo ribetes racistas, por ejemplo “¡Inmigrante árabe, vuélvete a tu país!” Tampoco se trató de una inventiva con connotaciones político-religiosas, al estilo de “¡Musulmán terrorista, ya nos vamos a hacer cargo de vos!” Nada de eso. Fue uno de esos insultos referidos a la virtud de castidad de madre, hermanas y demás parientes femeninos del agraviado, al cual los integrantes de la diáspora italiana que ha venido a dar por estas tierras estamos tan acostumbrados a escuchar, sobre todo en una cancha de fútbol.

Por supuesto, la frecuencia con que una conducta reprobable se practique dice muy poco acerca de su justificación. Materazzi actuó incorrectamente. Pero que uno de los mayores futbolistas del momento caiga ingenuamente en tal provocación no deja de ser una decepción. ¿Es merecedor, entonces, Zidane del Balón de Oro?

A juzgar por las opiniones de aficionados y periodistas deportivos, Zidane merece ese título a pesar de su triste salida de escena. Un momento de descontrol, se dice, no debe opacar ni su trayectoria ni su brillante actuación en el campeonato mundial. En mi opinión, sin embargo, la reacción de Zidane denota la ausencia de ciertas virtudes fundamentales en un deportista.

En primer lugar, un deportista de elite debe hacer gala de cualidades físicas y técnicas. Zidane, sin duda, cumple con ese requisito, aún teniendo en cuenta que hace tiempo que tuvo el pico máximo de su rendimiento físico.

Existen, además, otras virtudes o excelencias que un deportista debe poseer, definidas ya en la filosofía ética de Aristóteles. Según el filósofo helénico, el ciudadano virtuoso debía poseer la capacidad de encontrar el justo equilibrio entre dos estados deficientes, uno por falta y el otro por exceso. La virtud de la generosidad era por ejemplo el punto medio entre el vicio de la avaricia y el del despilfarro. A estas cualidades morales, Aristóteles sumaba también las virtudes intelectuales y de carácter.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 18 de julio de 2006.

Entre éstas últimas figuraba, por ejemplo, la templanza, consistente en un estado de armonía, el punto medio entre la ira y la indolencia. Zidane ha demostrado con su reacción carecer de esa excelencia de carácter que nos permite reaccionar ante afrentas y humillantes mostrando tranquilidad de espíritu. Es, además, reincidente. Además de sus numerosas expulsiones por agredir a rivales, el 24 de octubre de 2000 el astro francés fue expulsado por un cabezazo similar al de la final del domingo pasado contra el jugador Jochen Kientz, en el partido por la Champions League que la Juventus perdiera ante los alemanes por 3-1.

Entre las virtudes o excelencias intelectuales, Aristóteles incluía la capacidad de planear y desarrollar una estrategia adecuada para conseguir un fin perseguido, seguida de la habilidad técnica de llevar a cabo ese plan (ayudado, en gran medida, por la virtud moral de la tenacidad, el punto de equilibrio entre la terquedad, que nos lleva a seguir esforzándonos en conseguir cosas cuando ya no hay ninguna perspectiva de éxito, y el desánimo que hace que ni siquiera nos esforcemos). Obviamente, estas virtudes son altamente relevantes para un deportista de elite. Pero Zidane no las posee, por lo menos no totalmente. ¿Cómo entender de otra manera el hecho de que no haya sido capaz de mantener su fin táctico último y darse cuenta de que era simplemente provocado para hacerlo salir de sus casillas y perder el juego?

Un argumento que ha sido esgrimido para no quitarle a Zidane el Balón de Oro es el siguiente: “Los vicios de carácter de un jugador no deben influir en el juicio que los demás hagan sobre su excelencia deportiva. Los jugadores de fútbol y, en general, los atletas no han elegido ser modelos para la juventud. Es injusto por lo tanto imponerles esa carga no deseada ni aceptada por ellos”. El argumento es en verdad de mucho peso. ¿Acaso no se debe reconocer la grandeza deportiva de Maradona, a pesar de sus fracasos y falencias personales?

Ese argumento, sin embargo, no es aplicable a Zidane. En primer lugar, el cabezazo a Materazzi fue cometido dentro de la cancha y tuvo por lo tanto incidencia directa en la actuación de Zidane y en el desarrollo del juego. En segundo lugar, la forma en que agredió al jugador italiano sugiere que, a diferencia de otras falencias de carácter difícilmente controlables por el sujeto que las posee, Zidane podía haber reaccionado de otra manera. Si la afrenta fue tan terrible como Zidane ha querido hacer valer en sus últimas declaraciones, ¿por qué entonces no asestarle directamente un cabezazo en la cara a Materazzi? Generalmente un golpe en el pecho no produce lesiones de importancia en el agredido. Zidane parece haber sido consciente de eso en el momento de agredir al italiano. Aparentemente, no intentó lastimarlo, pero no quiso dejar de hacer notar que no estaba dispuesto a tolerar ese tipo de afrentas. En un sentido, la elección de una forma de agresión más leve habla en favor de Zidane. Pero

en otro sentido lo condena aún más, porque demuestra que, lejos de reaccionar instintivamente a una provocación, estaba en condiciones de controlar sus reacciones.

Zidane fue galardonado en parte como compensación por la triste manera en que se retirara de la práctica profesional del fútbol. Ese criterio extradeportivo no debería, sin embargo, influir en la elección del ganador del Balón de Oro. Corresponde, entonces, quitárselo a Zidane y dárselo a Cannavaro, como reconocimiento a su actuación sobresaliente en la última línea de Italia. ¿O acaso no cuenta también en el fútbol la excelencia táctica en la defensa?

El reino mágico del fútbol¹

César R. Torres

Hace unos pocos días, el destacado escritor uruguayo Eduardo Galeano nos deleitó, una vez más, en las páginas de este periódico con una de sus perspicaces reflexiones futbolísticas. La nota titulada “El reino mágico” reseña lo que Galeano califica como episodios insólitos de la Copa del Mundo recientemente finalizada para confirmar “que el fútbol es un reino mágico, donde todo puede ocurrir”. Según Galeano, ésta fue una Copa del Mundo insólita.

Dada su trayectoria, no sorprende que en su reseña Galeano haga mención a temas relacionados con la Justicia, tanto dentro como fuera del campo de juego. Por ejemplo, desaprueba la costumbre de la FIFA de imponer y no proponer, como en el caso de la controvertida Jabulani. Asimismo, aprueba que la FIFA haya finalmente reconocido la necesidad de revisar el papel de las tecnologías modernas en el arbitraje y encomia, en virtud del triunfo español, “que a veces, en el reino mágico del fútbol, la justicia existe”.

Por el contrario, sí sorprende la caracterización que Galeano hace de la decisiva jugada de su compatriota Luis Suárez en el partido con Ghana. Como se recordará, el delantero detuvo la Jabulani con sus dos manos sobre la línea de meta otorgándole a su equipo una oportunidad para clasificarse a la siguiente fase del torneo, la cual terminó siendo provechosa. Para Galeano “fue la mejor atajada del torneo”. El tono aprobatorio contradice tanto su continua defensa del buen juego como su continua condena a la trampa y otras acciones condenables típicamente racionalizadas con la noción de que el fin justifica los medios.

Suárez no hizo trampa. Aunque el delantero transgredió intencionalmente las reglas futbolísticas para obtener una ventaja que no hubiese obtenido de otro modo, su accionar no fue subrepticio. Al ser manifiesta en lugar de encubierta, la jugada cumplió su propósito con la sanción del penal, aun a costa de la expulsión de Suárez. Sin embargo, que la jugada no se encuadre como un caso de trampa no significa que sea aceptable. Por un lado, Suárez le negó al equipo contrario una ventaja obtenida legítimamente transgrediendo intencionalmente las reglas futbolísticas. Por el otro, desconoció la lógica constitutiva del fútbol en pos del resultado favorable. La habilidad que implementó para detener lo que presumiblemente hubiera sido un gol ghanés es ajena al repertorio lúdico de delanteros habilidosos.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 26 de julio de 2010.

Se podría argumentar que la “atajada” de Suárez no es injusta porque en el fútbol impera un ethos (un sistema informal tácito para interpretar el reglamento) que acepta dichas transgresiones. El mismo Galeano da indicios de la precariedad de este argumento al denominar la jugada de Suárez como “insólita”. Es decir, Suárez se comportó de modo inhabitual. Más allá de la prevalencia de este ethos permisivo, que dada la controversia del caso no parece gozar de mayor extensión en la comunidad futbolística mundial, es válido preguntarse sobre su legitimidad. La mera prevalencia de un ethos no lo convierte en aceptable. ¿Por qué claudicar ante un ethos que desconoce el reglamento? Un ethos aceptable es aquel que promueve las habilidades propias del fútbol y las virtudes que la posibilitan. Quienes defienden la jugada de Suárez como parte de un supuesto ethos dominante deben responder si la misma promueve esas habilidades y virtudes.

Otro argumento posible a favor de la “atajada” de Suárez propone que en la medida en que se acepta la sanción correspondiente a la transgresión al reglamento, la misma es inobjetable. Este argumento considera a las sanciones estipuladas en el reglamento como el “precio a pagar” para favorecerse mediante su transgresión. Esta interpretación del reglamento es problemática ya que desconoce su propósito primario. El reglamento establece la estructura del deporte y las condiciones en que debe desarrollarse. Además, al proscribir ciertas acciones, protege y alienta aquellas que prescribe y que, al constituir al fútbol, le proveen su carácter y dinámica peculiares. Las sanciones estipuladas en el reglamento deben ser entendidas como represalias a acciones prohibidas, contrarias tanto a la estructura del fútbol y sus condiciones de desarrollo como a su peculiaridad. Transformar una acción prohibida en el “precio a pagar” para aumentar las posibilidades competitivas propias implica negar dicha estructura, condiciones y peculiaridad. ¿Para qué aceptar el reglamento si después se lo ignorará?

Finalmente se podría argumentar que la “atajada” de Suárez fue instintiva. Este argumento determinista contradice la atribución de responsabilidad que los futbolistas, y quienes aprecian el fútbol, hacen cotidianamente sobre su accionar en el campo de juego. Si es posible elegir uno u otro movimiento para avanzar, anotar un gol o marcar a un rival, probablemente también sea posible elegir “atajar” o no en la situación de Suárez. El mismo delantero dio indicios de su elección al declarar: “Creo que tenía el cuerpo del lado de adentro y fue por eso que no pude sacarla de cabeza, porque si no, capaz que (el árbitro) nos cobraba el gol”. Volición no parece haber faltado.

La “atajada” de Suárez, o jugadas similares, no debe ser elogiada ni consentida. Hacerlo implica desconocer o contradecir el sentido de justicia y del buen juego que Galeano, como tanto otros, alienta y resalta. En la nota, gozoso del rendimiento del

equipo uruguayo en Sudáfrica, Galeano destaca que éste “jugó dignamente, sin rendirse nunca, y llegó a ser uno de los mejores”. La “atajada” de Suárez fue una excepción en ese distinguido rendimiento. De cualquier manera, una evaluación justa y consistente requiere celebrar los méritos uruguayos y reconocer la inconveniencia de aquélla. Así toma pleno sentido “el derecho a festejar los méritos propios” del que habla Galeano y se contribuye a que el reino mágico del fútbol sea más justo.

River, en un fútbol que se igualó para abajo¹

Claudio M. Tamburrini

River jugará el año próximo en el Nacional B. No consiguió conservar la categoría en los partidos de promoción contra Belgrano de Córdoba. Es sin duda una tragedia institucional para el equipo de Nuñez. Pero el equipo “millonario” puede no ser el único que corra esa suerte. Si no mejora radicalmente, Boca podría muy bien sufrir el mismo destino en los próximos torneos.

Y bastaría también con un par de malas campañas para que el resto de los otrora denominados “grandes” (Racing, Independiente y San Lorenzo) también se vieran amenazados por el descenso.

¿Es la caída de “los cinco grandes” un signo de crisis en el fútbol argentino? En un aspecto lo es. Los fracasos deportivos son resultado de falencias de conducción y administración en los clubes. Pero desde otra perspectiva, la crisis de los “grandes” es una inyección de vitalidad deportiva al equiparar las condiciones de competencia entre los equipos.

Se ha producido una “democratización por default” en el fútbol argentino. Con las arcas vacías –o vaciadas– ningún equipo puede en la actualidad emular compras millonarias como la del uruguayo Roberto Matosas por River en 1964 por 33.000.000 de pesos de los de antes. Y ningún equipo –grande o chico– tiene hoy finanzas sólidas para retener a sus máximas figuras. Mientras los equipos ricos antes adquirían los jugadores de los equipos chicos y ganaban campeonatos, hoy todos son –según la praxis del mercado futbolístico globalizado– filiales de los grandes equipos europeos, mientras el mercado interno es incentivado a producir nuevas figuras.

En realidad no es éste un fenómeno nuevo. Los *Carasucias* Angelillo, Sívori y Maschio, luego de ganar el Sudamericano de 1957, se marcharon a Italia, mientras Di Stéfano en esa época hacía ya historia en el Real Madrid. Existe sin embargo una diferencia entre esa primera diáspora del fútbol argentino y la segunda ola de jugadores emigrados durante los últimos veinte años. Mientras aquéllos adoptaron la ciudadanía de sus nuevos países (Angelillo, Sívori y Maschio jugaron luego para Italia, mientras Di Stéfano integró el plantel de España en el mundial de Chile de 1962), la segunda diáspora ha permanecido fiel a la camiseta argentina y se perfecciona técnica y físicamente en el viejo continente.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 28 de junio de 2011.

Ya sin los *Carasucias* del Sudamericano del 57, el vaciamiento de jugadores de mitad del siglo pasado condujo al fracaso estrepitoso en el Mundial de Suecia. En cambio, hoy nuestros jugadores –principales figuras en los equipos más prestigiosos de Europa– han afianzado a la Argentina como potencia futbolística mundial.

El drama de River es la consecuencia de la democratización para abajo del fútbol argentino, en donde ya no hay “grandes” ni “millonarios”, sino que todos los equipos están nivelados en su mediocridad.

Irónicamente, la pauperización –en todo sentido– de los grandes ha generado campeonatos internos más emocionantes (¡cualquiera puede ganarlos!) y un éxodo continuo de jugadores que fortalece al fútbol nacional.

El fin del monopolio deportivo de los grandes –con el descenso de River como un hito mayor en ese proceso– es un fenómeno positivo para el fútbol argentino.

Para que el fútbol florezca¹

César R. Torres

A casi tres meses de la final de la Copa del Mundo, el incidente entre Zinedine Zidane y Marco Materazzi aún sigue siendo motivo de un animado debate. Fernando Signorini contribuyó el pasado lunes 25 al debate en las páginas de este diario. Al focalizar no sólo en el accionar de Zidane sino también en el de Materazzi, Signorini nos recuerda, apropiadamente, que éste es un dilema de compleja resolución. Teniendo en cuenta esta complejidad, Signorini argumenta que la reacción de Zidane ante las provocaciones de Materazzi fue justificada y correcta porque el francés defendió legítimamente “el supremo valor de su dignidad hasta las últimas consecuencias”. Con tono pedagógico, afirma que la reacción de Zidane constituye un mensaje “invalorable y emocionante”.

Si bien coincido con Signorini en el valor de amparar la dignidad personal, su defensa de la reacción de Zidane como dignificante me parece equivocada. Aplicándole un cabezazo en el pecho a Materazzi, Zidane no realzó ninguna excelencia humana ni ennobleció el fútbol que tanto honró durante su carrera. El ejercicio individual de la violencia con pretensión de justicia parece esclavizarnos más que liberarnos, ya que desconoce nuestra capacidad y esfuerzos para establecer condiciones que nos permitan vivir mejor. O sea, la elección de Zidane no conduce a su plenitud personal, ni a la del fútbol.

La justificación de la reacción de Zidane propuesta por Signorini pareciera aceptar una ética de la violencia mutua encarnada en frases del tipo “ojo por ojo, diente por diente”. Lamentablemente, estas actitudes son frecuentemente admitidas en la práctica cotidiana del fútbol de elite. Un ejemplo común de este ethos es la aceptación de la represalia como compensación de una falta, sancionada o no, considerada excesiva. Otro refiere al prejuicio que la dignidad personal se defiende a las trompadas. Todo parece muy primario, innoble e impropio.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 3 de octubre de 2006.

Sin embargo, mi desacuerdo con la reacción de Zidane y los argumentos de Signorini para defenderla no deben entenderse como una justificación de las provocaciones de Materazzi. Apelando al insulto como táctica y reaccionando intempestivamente, ambos jugadores desconocieron la lógica interna del fútbol y lo bastardearon groseramente. La reflexión sobre las acciones de Zidane y Materazzi pone de manifiesto que la excelencia futbolística sólo puede ser alcanzada respetando las reglas, el rival y sus habilidades.

Quizás el mensaje de este incidente es que un fútbol más sano, lúcido y feliz es aquel en el que sus practicantes cultivan sus bienes internos, así como las virtudes necesarias para su florecimiento.

¿Messi o Maradona? Es mejor, siempre, el líder democrático¹

Claudio M. Tamburrini

Messi es el hombre de los récords. Durante el 2012 convirtió la mayor cantidad de goles en un año calendario (91 goles, superando los 85 que ostentaba Gerd Müller desde 1972) y obtuvo el cuarto Balón de Oro de la FIFA, algo jamás alcanzado por ningún jugador. Messi es ya una megaestrella del fútbol que se destaca por encima de los individuos del colectivo de fútbol del cual forma parte. Pero a pesar de sus éxitos, se siguen poniendo en duda sus cualidades de conductor. A diferencia de Maradona –se afirma– Messi no es capaz de “ponerse el equipo al hombro”.

En líneas generales, se pueden distinguir dos formas de liderazgo.

El líder autoritario impone su voluntad sin consultar la opinión de sus colaboradores, más que para confirmar la propia. Ve el disenso como falta de confiabilidad y como una prueba de deslealtad. El conductor autoritario puede incluso ser generoso, pero exige a cambio total sometimiento. Figura irremplazable, y pese al ímpetu que pueda proporcionar al colectivo a corto plazo, estos líderes acaban finalmente por debilitar al grupo, de dos maneras diferentes.

Primero, al no afianzar los mecanismos que aseguran el buen funcionamiento del grupo, deja al colectivo acéfalo –sin sucesor ni conducción– en el momento de su retiro. En segundo lugar, al centrar toda la actividad del grupo en torno a su persona, impide el crecimiento de sus compañeros de equipo, quienes por confiar ciegamente en el líder renuncian al propio desarrollo, necesario para lograr las metas establecidas.

A riesgo de pecar en simplificaciones, el estilo de conducción de Maradona se asemeja al liderazgo autoritario y arbitrario.

Manejo a voluntad del equipo, aun por encima del director técnico; sumisión del grupo a las exigencias del conductor, so pena de defenestración pública (fenómeno que persiste aun después del fin de su carrera deportiva); acaparamiento de toda la atención pública, reduciendo al grupo al rol de apéndice mediático del líder.

Messi, por su parte, encaja en un modelo alternativo de liderazgo más democrático.

Las iniciativas del conductor presuponen las iniciativas de los demás integrantes del grupo.

El líder democrático es, en función de su genialidad, también irremplazable.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 19 de enero de 2013.

Pero al permitir crecer a sus colaboradores sin que eso signifique una amenaza a su propia posición, prioriza indirectamente los mecanismos –las instituciones, si se pretende aplicar este análisis a la sociedad– que en el momento del retiro del líder permitirán el ágil traspaso a una nueva conducción.

Por esa razón, el conductor democrático mantiene siempre un perfil bajo: más que por las palabras del líder, el grupo se expresa mediáticamente a través de sus logros.

Estas dos culturas del liderazgo pujan a veces en un mismo periodo histórico por el poder en una sociedad determinada. También en el mundo del deporte se ven choques similares. El artillero sueco Zlatan Ibrahimovic suele criticar duramente a sus compañeros cuando éstos no hacen lo que él quiere. Jugando para la Selección sueca, pateó un penal saliendo a la carrera por las espaldas del jugador designado por el técnico para hacerlo, ante la sorpresa de propios y ajenos. La salida de Ibrahimovic del equipo catalán no fue por razones futbolísticas, sino por la incompatibilidad de un conductor democrático como Messi y la personalidad (fútbolísticamente) autoritaria de Ibrahimovic.

Pep Guardiola percibió tempranamente esta situación y cortó de cuajo el conflicto.

A la luz de este análisis, no es de extrañar que Messi no consiguiera desplegar todo su caudal técnico en el Mundial de Sudáfrica, asfixiado por el estilo de conducción de su director técnico.

Curiosamente, las críticas en Argentina se dirigieron mayormente a Messi.

El estilo de conducción maradoniano se condice más con la idiosincracia de los argentinos.

Si Messi consigue transmitir a la selección nacional su estilo de liderazgo en el próximo Mundial, tendremos buenas chances de alzarnos con la copa en el mismísimo Maracaná.

Con un poco de suerte.

Equipo salvaje¹

César R. Torres

Los preparativos de mi viaje a la Argentina me impidieron seguir la final del Mundial de Clubes. Sólo pude mirar en Internet los goles de la victoria barcelonesa y leer uno de los comentarios que acompañaban la noticia en el portal de un diario latinoamericano de gran tirada una vez finalizado el partido. Todo ello mientras terminaba de empacar antes de salir hacia el aeropuerto para embarcarme en el largo viaje desde el noroeste del Estado de Nueva York.

Los goles habían sido de gran calidad y, de acuerdo con el comentario, el rendimiento del Barcelona había sido, una vez más, superlativo. Arribado al país, la charla familiar, más allá de alguna diferencia de opinión respecto de algún jugador en particular, señaló el extraordinario despliegue futbolístico del Barcelona. Por su parte, los diarios argentinos y españoles que leí loaban al equipo de Josep Guardiola. Parecía no exagerar un periodista del madrileño *El País* al afirmar que “el Barça es el último revolucionario y uno de los más extremistas”.

Las lecturas seleccionadas para el viaje y la estadía en Argentina me ofrecieron una perspectiva diferente para comprender la cabal dimensión del juego que el Barcelona ha desplegado consistentemente en los últimos tres años. Hacía un tiempo que quería repasar *Art as Experience*, de John Dewey, y leer *Philosophy Americana. Making Philosophy at Home in American Culture*, de Douglas R. Anderson, dos libros encuadrados en la tradición de la “filosofía americana” (descripción discutible y discutida en tanto se refiere sólo a los Estados Unidos). Comencé por este último y ya durante el transcurso del primer vuelo el análisis de Anderson se mostraba relevante frente a los logros del Barcelona y su última conquista mundial.

En uno de los primeros capítulos de su libro, Anderson analiza el concepto de “acción” en el pensamiento de Henry Bugbee, para quien el wilderness (la tierra virgen o salvaje), literal y metafórico, representa tanto la posibilidad de la actividad filosófica como de una vida significativa. El wilderness invita a la acción, entendida no como la solución de problemas o el hacer mecánico, sino como el terreno para la adquisición y expresión de significado. Aunque potencialmente útil, Bugbee entiende que la acción fundamentalmente empodera y transforma porque demanda total atención y reverencia de lo que se hace. Así, la acción hace que en el wilderness nunca se esté totalmente

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 26 de diciembre de 2011.

perdido ni tampoco totalmente orientado. De alguna manera, la acción hace al wilderness. La acción tiene quizá correlato en lo que Dewey describe como experiencia: la unidad cualitativa que constituye, distingue, da sentido y consume a la acción.

El Barcelona acciona en este profundo sentido. Obviamente no practica un fútbol mecánico o repetitivo. Tampoco se limita a solucionar problemas futbolísticos. Todo lo contrario: el Barcelona le da nuevo sentido al fútbol redefiniendo sus posibilidades. Y en ese proceso de redefinición lo enaltece como pocas veces se ha hecho. Esto fue demostrado en la final con el Santos, en el que sorprendió con una táctica descrita por los especialistas como 3-7-0. Sin delanteros netos, dominó totalmente el encuentro y convirtió cuatro goles. Puede aventurarse, siguiendo lo dicho anteriormente, que uno de los méritos de Guardiola es hacer del campo de juego un wilderness que invita a la acción creativa y espontánea pero unificada y coherente. La gambeta inasible de Lionel Messi conjugada con el ritmo integrador y superador del colectivo barcelonés lo representa. Inclusive en el destello individual, el Barcelona es un todo tanto identificable como encomiable.

Después de la final, Neymar admitió que “el Barça nos ha enseñado lo que es jugar al fútbol. Es una máquina”. Más que una máquina, el Barcelona es un equipo salvaje. El espíritu explorador (no explotador) de este salvajismo, de carácter innegablemente estético, merece el reconocimiento de todos aquellos que ven en el fútbol la posibilidad de una vida significativa en comunidad. Que continúe.

Los porteros¹

Claudio M. Tamburrini

El arquero es por lo general una personalidad diferente en el grupo humano que constituye un equipo de fútbol. Se viste de manera diferente a sus compañeros, juega sobre todo con las manos y, lo que aún es más importante, se mantiene expectante –muchos creen equivocadamente que de manera pasiva– ante las jugadas que protagonizan activamente los jugadores de campo, tanto propios como rivales.

Esa actitud expectante le permite observar el juego de manera distinta. El arquero tiene tiempo de analizar lo que sucede en el campo de juego, es generalmente el personaje analítico y reflexivo en un equipo. Se espera de él que juegue un papel moderador en las manoseos y riñas que a veces se producen (papel que los arqueros –con las excepciones de siempre– por lo general cumplen), que calme y consuele a sus compañeros y que demuestre al mismo tiempo el temple y la firmeza de espíritu necesarios para sobreponerse a los propios fallos, siempre mucho más expuestos a la vista de todos que los fallos de los jugadores de campo. Se suele afirmar que el arquero es la pieza fundamental: no se puede tener un equipo competitivo sin contar con un arquero bueno. Pero además, por todas las razones recién enumeradas que se relacionan con la psicología de los jugadores, cabe también decir que el arquero es la pieza anímica fundamental de un equipo.

Esa naturaleza reflexiva y analítica de la mayoría de los arqueros se observa en ocasiones claramente en ciertas reacciones de los guardametas. En los cuartos de final de Champions League de este año entre el Real Madrid y Tottenham, el arquero de este último equipo –Gomes– cometió un grueso error que le costó a su equipo el partido y la valió la eliminación de la competencia. Inmediatamente después de convertido ese gol, las cámaras enfocaron a Iker Casillas, quien simplemente –por respeto y solidaridad con su colega– no festejó el gol de su equipo. Esa actitud empática refleja justamente un análisis de la situación y una toma de posición por encima del acaloramiento y las presiones propias de un partido de competencia. Mientras sus compañeros festejaban el gol, Casillas percibía otra dimensión más profunda y humana en las alternativas del juego y les daba prioridad por sobre la ventaja lúdica del momento.

¹ Este artículo fue publicado con anterioridad pero los datos de su publicación no han podido ser constatados.

Pero esa actitud reflexiva y analítica no siempre produce resultados positivos. En la semifinal del Mundial de España de 1982, Schumacher golpeó brutalmente al defensor francés Battiston en una de las vicisitudes de juego más infames y recordadas de la historia del fútbol. Posteriormente, al ser entrevistado, no sólo no se disculpó por su conducta, sino que además reivindicó su acción en términos nietzscheanos vulgarizados. Según Schumacher, un partido de fútbol encarna –como muchas otras situaciones de la vida– la lucha por la supremacía en la cual el “superhombre” de la filosofía de Nietzsche (concepción utilizada posteriormente –también de manera vulgarizada– por el nazismo) debe salir triunfante. La patada brutal a Battiston era entonces para Schumacher la prueba de su superioridad sobre el rival y, por ende, estaba justificada dentro del marco analítico–filosófico de la lucha por la sobrevivencia, en la cual se espera que el más fuerte prevalezca y el débil perezca.

Para resumir: los arqueros –además de jugar– piensan. O por lo menos parecen pensar más que los jugadores de campo, tanto durante el partido como fuera del campo de juego.

Esa actitud analítica y reflexiva los debería tornar en candidatos ideales para ser técnicos de fútbol luego de finalizada la actividad futbolística. Curiosamente, son pocos los arqueros que luego continúan como técnicos. ¿Será tal vez esa misma actitud reflexiva la que los lleva a tomar distancia de una realidad competitiva cruda y dura, en la cual se espera festejar la ruina del colega sin ningún tipo de miramientos? ¿Podría Casillas ser un buen técnico, al mismo tiempo que demuestra empatía y solidaridad con el rival? ¿O es la personalidad de Schumacher más apta para conducir un grupo en una “guerra deportiva”?

Otro aspecto interesante para analizar es si esta tipología del arquero masculino también se observa en las guardametas del fútbol femenino. ¿Tienen las arqueras la misma actitud analítica y juegan ellas el mismo rol en sus equipos que sus colegas varones?

Sea cual fuera la respuesta a estas especulaciones, el puesto del arquero se presta a soñar. Por encima de todas las presiones, por encima de la constante convicción de que –a diferencia de las otras posiciones en el equipo– no se puede cometer un solo error en el puesto, el arquero sigue esperando que llegue ese partido en el cual se vuelva figura y salve a su equipo. Se dice a veces que el puesto del arquero es ingrato, porque si a uno le hacen un gol como consecuencia de un fallo grosero, no importa cuántos goles el arquero haya salvado durante el partido: lo que se recordará será el gol encajado (un caso actual es el arquero de River, Carrizo).

Esa descripción es, sin duda, correcta. Pero el arquero se repone a eso y espera –agazapado– que le piten un penal en contra. Nada por perder (nadie critica a un arquero que no ataja un penal) y todo por ganar, si lo ataja. El máximo momento de gloria de un arquero es cuando elige una punta y en medio del vuelo estirando una mano, percibe con el rabo del ojo que la pelota va para ese costado y hará –en una décima de segundo– impacto en su mano. Es en ese preciso momento que el arquero siente que está camino a ser reivindicado, otra vez admirado, ovacionado, no importa cuántos errores haya cometido antes.

El penal es el supremo gesto de piedad del dios Fútbol hacia un jugador condenado al exilio del juego y abandonado en medio del fragor del partido a sus reflexiones solitarias.

Está instalado en el imaginario popular futbolero que se trata de un puesto ingrato. ¿Es así? ¿Por qué?

¿Qué siente un arquero cuando recibe un gol? ¿Qué siente cuando está solo ante alguien que va a patearle un penal? ¿Hay que ser o tener una personalidad particular para ser arquero?

Contra la simulación de faltas¹

César R. Torres

Afortunadamente, hasta el momento la Copa del Mundo ha ofrecido encuentros atractivos, “dignos de verse”, como escribiera Juan Sasturain en estas páginas. Sin embargo, en el medio de ese fútbol auspicioso persiste una acción indigna que lo contradice: la simulación de faltas para obtener un fallo arbitral favorable y, consecuentemente, una ventaja competitiva. El penal otorgado a la zambullida de Fred en el encuentro inaugural entre Brasil y Croacia la ejemplifica claramente. Dado su uso persistente, es indudable que la acción forma parte del ethos futbolístico (el conjunto de convenciones vigentes en la comunidad de practicantes).

Sam Borden, un periodista de The New York Times, trajo el tema a colación recientemente señalando, a partir de la suposición de que los jugadores estadounidenses no simulan faltas, que en el fútbol de ese país se debate si dicha habilidad debería ser adoptada para no quedar en desventaja frente a la prevalencia de su uso. Según Borden, Jürgen Klinsmann, actual entrenador de la selección de los Estados Unidos, ha tomado partido diciendo que le gustaría que su equipo jugase un poco más “sucio”.

Más allá del candor de la suposición sobre la actitud de los jugadores estadounidenses y del debate mismo, el texto de Borden permite reflexionar sobre algunos puntos salientes de la prevalencia de la simulación de faltas. En primer lugar, que un ethos determinado (o algunos de sus elementos) tenga aceptación generalizada en la comunidad de practicantes no implica que sea necesariamente admisible. Es decir, vigencia no debe confundirse con validez. Tiene que haber razones independientes de la aceptación generalizada para que un ethos sea digno de aprobación. Caso contrario, el ethos determina qué es admisible, el cual en virtud de su aceptación generalizada se torna inmune a la crítica, confundiendo así análisis empírico con justificación normativa. Evidentemente, un ethos puede ser injusto, arbitrario o irracional.

En segundo lugar, que la simulación de faltas constituya una habilidad física de difícil ejecución –basta como prueba los toscos intentos de muchos futbolistas–, y que ocasionalmente cumpla su objetivo, no implica que la misma sea propia del fútbol. Este, como todos los deportes, presupone un objetivo que debe ser logrado superando obstáculos artificiales, todo ello establecido por reglas que ponen a prueba

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 24 de junio de 2014.

principalmente un conjunto de habilidades físicas específicas. Las mismas no sólo caracterizan a los diferentes deportes, proveyéndolos de una identidad propia y única, sino que también conforman sus bienes internos y estándares de excelencia.

La identidad del fútbol radica fundamentalmente en el dominio de la pelota con los pies. La simulación de faltas no es una de las habilidades constitutivas (implementadas durante la fase abierta del juego), ni una de las restaurativas (implementadas para restaurar el juego después de una interrupción) características del fútbol. Por el contrario, es una habilidad extralúdica, impropia de la prueba de habilidades físicas especializadas inherente al fútbol. Por ello, en las reglas del juego la simulación de faltas está categorizada como conducta antideportiva.

Es contradictorio aceptar las reglas del deporte para luego evadirlas, intentando lograr una ventaja a través de un medio prohibido en el reglamento tal como es la simulación de faltas. Esta contradicción también menoscaba el problema artificial que establecen las reglas y trivializa los bienes internos y estándares de excelencia definitorios del fútbol. Nótese que aquí el argumento adquiere dimensiones estéticas: dicho menoscabo y trivialización afea el fútbol y minimiza su goce. Por otro lado, cuando cumple su cometido, la simulación de faltas condiciona el desarrollo del partido ilegítimamente y, a menudo, vicia sus resultados.

De acuerdo con estos argumentos, tanto entrenadores como futbolistas, así como toda la comunidad futbolística, deberían reprobar la simulación de faltas y alentar un ethos que ajuste el juego para que florezcan sus bienes internos y prosperen sus estándares de excelencia. De no ser así, resignamos la posibilidad de elegir un fútbol aún mejor. La simulación de faltas es indigna de verse, tanto moral como estéticamente. Qué mejor escenario que esta Copa del Mundo para reprobarla mientras se realiza el juego lucido.

Arbitraje y tecnología

El exceso del triple castigo¹

César R. Torres

El objetivo del grupo de trabajo de la FIFA conocido como “Task Force Football 2014” es “estudiar diferentes propuestas encaminadas a potenciar tanto el atractivo del fútbol como el control de los partidos en las competiciones de elite”. Durante su tercera reunión, llevada a cabo a fines del mes pasado, el grupo de trabajo analizó el denominado “triple castigo”. Este se refiere a la sanción que combina tiro penal, expulsión y suspensión al jugador que comete una infracción dentro de su área penal cuando malogra una oportunidad manifiesta de gol de un rival.

Para el grupo de trabajo, el triple castigo es excesivo. En su opinión, las infracciones de este tipo deberían castigarse con tiro penal y tarjeta amarilla en lugar de tarjeta roja, la cual debería estar reservada para las infracciones más peligrosas. Consecuentemente, el grupo de trabajo propuso a la FIFA enmendar el reglamento futbolístico en este sentido. A su vez, la FIFA presentó la propuesta a la International Football Association Board (IFAB), asociación encargada de estudiar y modificar las reglas del fútbol, para que la tratase en su 126^a reunión anual programada para el 3 de marzo. A pesar de que la FIFA aventuró que la propuesta sería seguramente aprobada en dicha reunión, la IFAB pospuso cualquier decisión al respecto. Esta dilación permite ponderar el asunto con detenimiento.

¿Debería atemperarse el triple castigo en el sentido propuesto por el grupo de trabajo? Considero que sólo parcialmente, al menos cuando la infracción que malogra una oportunidad manifiesta de gol de un rival tiene ese objetivo. La peligrosidad de la infracción en esas situaciones es, en principio, irrelevante. Por ejemplo, detener a un rival por medio de un empujón ya sea leve o arrebatado cumple la misma función. De esta manera, ambas acciones deberían sancionarse con tarjeta roja. Valga aclarar que si la infracción se comete fuera del área penal, la tarjeta roja debería estar acompañada de tiro libre directo.

De todas maneras, el argumento anterior no establece la impropiedad del triple castigo (es conveniente indicar que el grupo de trabajo no expuso, al menos públicamente, las razones por las que lo cree excesivo). Entiendo que es posible sostener que únicamente los dos primeros elementos del triple castigo están justificados. La infracción penalizada detiene el curso normal del juego y despoja al rival de una ventaja competitiva obtenida legítimamente. Y tal despojo se refiere a una

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 12 de marzo de 2012.

ventaja de vital importancia porque presume la posibilidad ostensible de marcar un gol. Es decir, la infracción en cuestión contraría y deshonor tanto la lógica del juego (que requiere resolver el problema artificial creado por las reglas fundamentalmente con los pies) como el mérito futbolístico. El doble castigo restaura el juego, compensa el perjuicio creado por la infracción y recrea, aunque imperfectamente, la ventaja inicial. Esta es una posición con connotaciones retribucionistas: se castiga la infracción en función del daño causado y el beneficio injustamente obtenido.

Si el tiro penal y la expulsión son castigos suficientes, el último elemento del triple castigo es desmedido. La suspensión no retribuye al equipo afectado por la infracción, ya que se cumple en un partido posterior. O sea, lo que aporta el último elemento no repercute sobre el equipo afectado sino sobre un tercer equipo que será beneficiado por la ausencia del jugador suspendido. De cualquier manera, la suspensión podría estar justificada si el infractor además de malograr una oportunidad manifiesta de gol también lesiona al rival que la poseía. En esta situación, la suspensión funciona como retribución del daño añadido al despojo de la ventaja competitiva obtenida legítimamente.

El triple castigo tampoco parece justificable si se toma una postura utilitarista (centrada en las consecuencias). Una posibilidad es mantener que los castigos elevados cumplen una función disuasiva. Así, este tipo de castigos prevendría a otros jugadores de cometer la misma infracción. La efectividad de este argumento es incierta, ya que los castigos elevados difícilmente disuadan a quienes están decididos a cometer la infracción. Por otro lado, en la intensidad de la competencia hay quienes no tendrán la lucidez para reflexionar sobre las consecuencias de sus actos y, por lo tanto, no serán disuadidos.

Otra posibilidad es argumentar que los castigos elevados cumplen una función educativa. En tal caso, estos castigos podrían concebirse como una indicación de que la infracción en cuestión va en contra de la lógica del fútbol y de que las habilidades necesarias para cometerlas no se cuentan entre las que éste pretende evaluar. También indicaría que las sanciones estipuladas en el reglamento no constituyen el precio a pagar para ejercer una opción táctica sino el castigo por una acción prohibida. No obstante, el doble castigo transmite el mismo mensaje educativo.

En resumen, el doble castigo es suficiente para honrar tanto las habilidades que constituyen al fútbol como sus estándares de excelencia. Como dirían los penalistas, el castigo frente a estas infracciones es suficientemente “expresivo” del reproche (culpabilidad). El tercer elemento del triple castigo no es proporcional, ni disuasivo, ni agrega valor educativo. Nada de esto debe entenderse como un guiño o aliento para implementar tácticas extralúdicas. Está claro que las infracciones para malograr una oportunidad manifiesta de gol de un rival son actos prohibidos, serios y enfadosos, que contrarían la lógica del fútbol. Si la IFAB eventualmente acepta la propuesta de la FIFA, haría bien en enfatizarlo.

El incomprensible silencio del castigo¹

César R. Torres

La semana pasada, la Unión Europea de Fútbol (UEFA) sancionó al Real Madrid, a su entrenador José Mourinho y a los jugadores Xabi Alonso, Sergio Ramos, Jerzy Dudek e Iker Casillas por “conducta inapropiada” en el partido jugado con el Ajax el 23 de noviembre por la Champions League. Como se recordará, Mourinho, asistido por Dudek y Casillas, fue acusado de tramar la expulsión de Alonso y Ramos por acumulación de tarjetas amarillas en los últimos minutos del partido. Aparentemente, la intención de Mourinho fue “limpiar” de tarjetas amarillas a dichos jugadores de cara a los octavos de final del torneo. Las sanciones incluyeron multas al club, así como a Mourinho y a los cuatro jugadores. Además, el entrenador fue inhabilitado originalmente para dirigir dos partidos en competiciones europeas. Las multas y la pena se redujeron ayer; Mourinho sólo estará afuera un partido.

Este tipo de sanciones no es novedosa para la UEFA. Hace dos años, la institución multó a los jugadores Cris y Juninho del Olympique Lyon por presuntas amonestaciones deliberadas en un partido con la Fiorentina por la Champions. Al igual que en el caso del Real Madrid, la supuesta intención de los jugadores fue cumplir el ciclo de sanciones en la fase de grupos para llegar limpios de tarjetas amarillas a la fase de eliminación directa.

Tanto en uno como en otro caso, la UEFA no explicó públicamente las razones por las que considera estas estratagemas casos de conducta inapropiada. Este silencio es incomprensible porque no es evidente que las autoamonestaciones sean inapropiadas y condenables.

En primer lugar podría argumentarse que, dadas su extensión y aceptación, las autoamonestaciones forman parte de las convenciones que regulan la práctica futbolística, es decir, de su ethos. Vicente del Bosque, entrenador de la selección española de fútbol, apeló implícitamente a esta idea cuando declaró en defensa de Mourinho que “los jugadores cumplieron con lo que tenían que hacer y sin dar una patada”. Para Del Bosque, la provocación de tarjetas amarillas no es sólo esperable, sino demandada por el ethos futbolístico imperante.

Por otro lado, como advierte Del Bosque, las autoamonestaciones de Alonso y Ramos no pusieron en riesgo la integridad física de los rivales. El comportamiento de

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 7 de diciembre de 2010.

aquéllos buscó el beneficio propio sin suponer perjuicio alguno para éstos. Es más, se podría sostener que las autoamonestaciones implican una desventaja inmediata para los infractores, ya que los carga de tarjetas amarillas o deja al equipo con menos jugadores en el campo de juego.

Finalmente, los defensores de las autoamonestaciones argumentan que éstas no están expresamente prohibidas por las reglas del fútbol y que la penalidad correspondiente es aceptada con agrado. Es obvio que la provocación de tarjetas amarillas no tiene la intención de eludir la sanción, caso contrario la táctica carecería de efectividad. Así, dicho comportamiento es articulado como ingenioso y hasta necesario para incrementar las posibilidades de éxito del equipo propio.

Sin embargo, cuando el fútbol es entendido como una práctica social establecida por un sistema de reglas con bienes internos y estándares de excelencia definitorios, la defensa de las autoamonestaciones se revela como inadecuada. Valga resaltar que los medios utilizados para lograrlas están manifiestamente prohibidos en el reglamento. Los partidarios de las autoamonestaciones subvierten la estructura teleológica del reglamento que proscribe ciertas acciones para favorecer aquellas que prescribe. Es decir, transforman una acción prohibida en una opción táctica simplemente porque están dispuestos a aceptar la sanción correspondiente.

Pretender que las sanciones constituyen el “precio a pagar” por las infracciones al reglamento, contradice tanto la estructura del fútbol como sus bienes internos y estándares de excelencia. Más allá de ventajas e inconveniencias, autoamonestarse niega el ingenio técnico y táctico propio de los futbolistas.

En cuanto al ethos futbolístico, no debe confundirse vigencia con validez. La prevalencia de un ethos no lo convierte en admisible. Tiene que haber razones independientes de la aceptación generalizada para que un comportamiento sea digno de aprobación. Un ethos razonable es aquel que interpreta las reglas de manera tal que los bienes internos y estándares de excelencia definitorios florezcan y sean honrados. Dado el argumento anterior, las autoamonestaciones no parecieran cumplir este requisito.

Por último, se podría afirmar que la provocación de tarjetas amarillas instrumentaliza a los rivales, pues los convierte en meros medios para lograr los fines propios. El interés tácito que los rivales tienen en la excelencia futbolística es desconocido en favor de los intereses particulares de quienes se autoamonestan. Este comportamiento no es conducente a la prueba mutua de habilidades físicas que es la competencia deportiva.

Quizá la UEFA haya considerado que el ardid de Mourinho constituye una conducta inapropiada por algunas de las razones aquí explicadas. Sería apropiado que las explicita y las haga públicas. De no ser así, la sanción puede ser interpretada como infundada o arbitraria. Esto, a su vez, le permite a Mourinho declarar, como lo hizo días atrás, que la UEFA tiene un doble estándar y que la sanción más que un castigo es un premio. Extravagante concepción de uno y otro.

Sobre la infamia en el fútbol¹

César R. Torres

Varios acontecimientos futbolísticos nacionales e internacionales recientes han reavivado la controversia sobre el uso de la tecnología en el arbitraje. Al cierre de la Copa de las Confederaciones, Joseph Blatter, presidente de la FIFA, declaró que “no debería haber tecnología en los campos”. Blatter defendió su resistencia afirmando que los errores arbitrales son “parte de la cara humana que queremos mantener”. Sus dichos estaban relacionados con el error arbitral que negó un gol legítimo al brasileño Kaká en la final de dicho torneo. En contraste, la Confederación Sudamericana de Fútbol ha aprobado el uso del Sistema de Señalización por Aerosol en la próxima Copa Sudamericana y lo está considerando para la Copa América 2011. Su argumento es que el aerosol mejora la calidad del arbitraje. El uso del aerosol, que se disemina velozmente en diversos países sudamericanos, no tiene mayor oposición. Finalmente, el desdichado arbitraje del partido entre Huracán y Vélez que definió el torneo Clausura 2009 motivó tanto llamados como rechazos a la innovación tecnológica en el arbitraje.

La ambigüedad con respecto al uso de la tecnología en el arbitraje es sorprendente en varios niveles conexos. En primer lugar sorprende quienes afirman que la tecnología no debería ocupar papel alguno en el arbitraje. Me pregunto qué entienden por tecnología. Incluso si se la define en forma amplia como el desarrollo de la actividad científica aplicada “al mejoramiento de nuestro medio natural y artificial, a la invención y manufactura de bienes materiales y culturales”, tal como lo hiciera el filósofo Mario Bunge en su libro *La ciencia. Su método y su filosofía*, es innegable que esa afirmación es contradictoria o quizás insostenible. ¿O acaso el silbato, el cronómetro y el aerosol utilizados por el árbitro, o el banderín y la señal electrónica acústica utilizados por el árbitro asistente, no son prototipos de tecnologías aplicadas al arbitraje? Parece acertado suponer que la tecnología no sólo mejora el arbitraje sino que lo hace posible. Queda claro entonces que aquellos que aún se preguntan si la tecnología debiera aplicarse al arbitraje, harían mejor en preguntarse cuáles son las que debieran aplicarse.

Más allá de que simultáneamente se acepten ciertas tecnologías como el silbato y el aerosol y se rechacen otras como la Tecnología de la Línea de Gol, que evita la sanción de goles “fantasmas”, la ambigüedad con respecto al uso de la tecnología en el

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 27 de julio de 2009.

arbitraje también sorprende por la falta de una explicación razonable y coherente que justifique dicha elección. Sugerir, à la Blatter, que la tecnología deshumaniza el arbitraje no da la talla, aunque ejemplifica la ansiedad y los desafíos que generan el desarrollo tecnológico.

Por un lado, la tecnología es un hacer humano en función de objetivos, aspiraciones e intereses humanos. En el caso del arbitraje, los mismos están relacionados con la aplicación de las reglas de juego para llevar a cabo el propósito central de la competencia futbolística: la determinación de la calidad de los contrincantes en un marco de igualdad de condiciones. Por el otro, resalta la ambigüedad de las tecnologías permitidas y prohibidas en el arbitraje. En este sentido, cabe preguntarse en qué se diferencia el aerosol de la Tecnología de la Línea de Gol a la hora de mantener “la cara humana” del fútbol.

Hasta tanto oponentes y propulsores del uso de la tecnología en el arbitraje no articulen una “teoría” exhaustiva del papel que aquélla debe jugar en éste, sus posturas y propuestas serán parciales e insuficientes, y en muchos casos contradictorias o incluso arbitrarias. Por supuesto, también es necesario hacer explícito qué se entiende por tecnología. Dados los acontecimientos mencionados anteriormente, éste parece ser un momento propicio para continuar el debate sobre el uso de la tecnología en el arbitraje. Un fútbol más justo y coherente lo demanda.

Con ese espíritu, y teniendo en cuenta lo que se dijo en este artículo sobre la tecnología y el arbitraje, propongo los siguientes ejes para articular una “teoría” que los combine en forma razonable y coherente. Los mismos sólo representan un posible recorrido a seguir para estructurar el debate. Una tecnología es susceptible de ser incorporada al arbitraje cuando:

- 1) Elimina o reduce notablemente los errores arbitrales.
- 2) Facilita la labor del árbitro.
- 3) Es fiable, eficaz y de fácil implementación.
- 4) Su implementación no interrumpe en forma excesiva el ritmo propio del juego.
- 5) Puede ser implementada imparcial y consistentemente a través de un campeonato.

La premisa que subyace a estas ideas es que la innovación tecnológica es compatible con la justicia y la excelencia futbolísticas. La búsqueda de esa compatibilidad implica un retorno constante a algunas preguntas vitales: ¿qué fútbol pretendemos?, ¿por qué? y ¿para qué? Esa búsqueda, plena de respuestas tentativas e inciertas, como las que ensayamos en el campo de juego, es completamente humana. Me pregunto por qué razón debemos seguir soportando la infamia, por ejemplo, de un gol ilegítimo, o la negación de uno legítimo cuando existe la tecnología apropiada para detectarlos.

Programar amarillas pasa de castaño a oscuro¹

César R. Torres

Durante el partido entre Argentinos y Gimnasia del último fin de semana, Gastón Sessa, arquero del equipo platense, cometió una infracción que fue sancionada por el árbitro del partido con tarjeta amarilla. La misma representaba su quinta tarjeta amarilla consecutiva en diferentes partidos, lo cual está penalizado con un partido de suspensión. Al finalizar el partido, Leonardo Madelón, entrenador de Gimnasia, admitió que la falta fue “programada” de manera que el arquero estuviese disponible en el tramo final del torneo. Dicha admisión implica que la infracción al reglamento por parte de Sessa fue intencional y premeditada. A pesar de ello, Madelón defendió la táctica como válida.

Aquellos que defienden este tipo de tácticas entienden que las sanciones estipuladas en el reglamento constituyen el “precio a pagar” por las infracciones al mismo. Es decir, como en el reglamento figuran las sanciones correspondientes a los diferentes tipos de infracciones, la aceptación de éstas convierte a la transgresión de aquél en una opción táctica permisible. Así, esta lógica justifica no sólo la “programación” de tarjetas amarillas sino también, por ejemplo, la implementación de la falta como recurso para interrumpir jugadas de riesgo para el arco propio y, por lo tanto, privar a los rivales de la ventaja legítimamente lograda.

El problema con esta lógica es la interpretación que hace de la función del reglamento futbolístico. Este, al establecer la estructura del deporte y las condiciones en que debe desarrollarse, prescribe ciertas acciones y proscribire otras. La proscripción de ciertas acciones tiene como objeto proteger y alentar aquellas otras que son prescriptas y que al constituir al fútbol le proveen su carácter y dinámica peculiares. Las sanciones estipuladas en el reglamento deben ser entendidas como represalias a acciones prohibidas, contrarias a la estructura del deporte y sus condiciones de desarrollo. Transformar una acción prohibida en una opción táctica implica negar dicha estructura y condiciones. El corolario de tamaño desacierto es pretender que el reglamento invita a cometer infracciones, cuando hacerlo favorece las posibilidades competitivas propias. Por el contrario, la invitación es a cultivar y honrar las acciones prescriptas en el reglamento y no a interrumpirlas de forma intencional y premeditada.

Los partidarios de la “programación” de tarjetas amarillas y de otras faltas “tácticas” malinterpretan la función del reglamento y, más aún, contradicen la

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 13 de marzo de 2009.

estructura del fútbol, deporte del que supuestamente son cultores, y las condiciones en que florece. Probablemente los entrenadores debiesen “programar” que sus dirigidos reciban menos tarjetas amarillas por conductas cuestionables tales como hacer tiempo, fingir lesiones e infracciones o protestar fallos, entre muchas otras, enfatizando que el reglamento no sólo hace posible la práctica del fútbol sino que invita a cultivarlo. Mientras tanto, la comunidad futbolística toda debiera preguntarse cómo es posible ennoblecer al fútbol decidiendo no jugar por “acumulación” de tarjetas amarillas, interrumpiendo el juego o negando al rival una ventaja legítimamente lograda.

Sessa está “programado” para retornar al fútbol, limpio de tarjetas amarillas, en dos semanas. ¿Serán muchos los que lo extrañen en el arco de su club este fin de semana? Ojalá que en su retorno abunden las acciones que honren su condición de futbolista profesional.

Para los amantes del buen fútbol¹

César R. Torres

La semana pasada, el International Football Association Board (IFAB), asociación encargada de estudiar y modificar las reglas del fútbol, tomó importantes decisiones cuyo objetivo es presumiblemente resguardar la centralidad del fútbol competitivo y a sus protagonistas. Por un lado, el International Board decidió continuar con la experimentación tecnológica para asistir a los árbitros a discernir si un gol ha sido anotado. Por el otro, a instancias de la FIFA, aceptó que las directrices proporcionadas a los árbitros de la última Copa Mundial para castigar más severamente el uso intencional de los codos sean aplicadas uniformemente.

Se podría argumentar que las decisiones del International Board pretenden eliminar lo que algunos críticos perciben como dos fuentes de injusticia en el deporte. La experimentación tecnológica en cuestión se centra en el arco, y procura evitar errores arbitrales y no validar “goles fantasma”. Por el contrario, la penalización más severa de los codazos se relaciona con lo que sucede frente al arco, en el juego abierto, e intenta proteger a los futbolistas del denominado “antifútbol”.

Ambas decisiones parecen razonables y justificadas. De funcionar eficientemente, el uso de tecnología electrónica para asistir a los árbitros en la detección de “goles fantasma” eliminaría situaciones confusas en las que se beneficia a un equipo reconociéndole un logro que no fue tal. Al precisar si un gol fue anotado, también se estaría respetando el grado de excelencia en las habilidades propias del fútbol demostrado en el transcurso del juego.

Por su parte, la penalización más severa de los codazos protege no sólo la integridad física de los jugadores sino también el conjunto de habilidades que el fútbol anhela evaluar y comparar. Dicho de otra manera, la desestimación enfática de los codazos indica que éstos, y presuntamente otras acciones prohibidas y peligrosas utilizadas frecuentemente, no deberían cumplir ningún papel en el fútbol y desalienta su uso. En esta ocasión, el International Board y la FIFA, tan justamente criticados en muchas ocasiones, han enunciado sin ambigüedades que, a pesar de las convenciones prevalecientes, las acciones que interfieren con el florecimiento de las habilidades que definen al fútbol son foráneas e inaceptables.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 6 de marzo de 2007.

Todos los amantes del buen fútbol deberían adoptar con agrado estas decisiones. Su impacto en los campos de juego no es responsabilidad sólo de los árbitros sino de toda la comunidad futbolística. El desafío es cultivar y celebrar las habilidades que constituyen los estándares de excelencia del fútbol, así como honrar solamente los logros legítimamente alcanzados. Un fútbol más justo lo requiere.

Cada error arbitral daña al fútbol¹

Claudio M. Tamburrini

Los errores arbitrales apasionan al hincha de fútbol. Apenas sonado el silbato final, se inicia el debate sobre si fue o no off-side la jugada del gol, si el penal cobrado realmente fue penal o si la pelota cruzó o no la línea de meta. En la actual era tecnológica, la discusión deriva inevitablemente en la necesidad de introducir nuevas técnicas de monitoreo electrónico en los arbitrajes.

Conscientes del problema, los dirigentes de FIFA decidieron sumar en algunas competencias (por ejemplo, la Champions League) dos árbitros de área a la terna arbitral tradicional. La ideología es clara: ¡sí a mayor calidad en los arbitrajes, pero no a la técnica!

Los burócratas de la FIFA parecen desconocer el llamado “imperativo tecnológico”: una vez que una técnica se ha desarrollado, su aplicación es inevitable; más tarde o más temprano será incorporada a la realidad a la que se aplica. Así ha pasado con la nueva tecnología médica, en sus inicios cuestionada y hoy ampliamente aceptada en el sistema de salud, y así pasará también con la nueva tecnología en el mundo del fútbol.

¿Cuál es el fundamento de esa actitud antitecnológica? En principio se distingue una posición romántica sobre la naturaleza del fútbol. Siendo una actividad lúdica humana, los errores de sus participantes también forman parte de ella.

Pero desde el punto de vista de la excelencia deportiva, cada error arbitral viola la esencia del juego. En el fútbol, como en los demás deportes, se aspira a que la victoria favorezca a quien ha desplegado mayor destreza técnica y táctica durante la competencia. Cuando un equipo vence por un penal que no debería haber sido cobrado, o pierde por haberse convalidado un gol en posición adelantada, cabe cuestionar si el vencedor realmente es quien ha desplegado mayor excelencia deportiva.

Además de juego, el fútbol es negocio. Para la racionalidad empresarial, es todavía más incomprensible la reticencia a incorporar elementos tecnológicos precisos para juzgar las distintas instancias del juego. Con tanto dinero en juego, ¿cómo justificar dejar el éxito de la inversión en manos de un grupo arbitral al que no se le permite disponer de instrumentos técnicos necesarios para tomar decisiones más

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 30 de mayo de 2011.

certeras? Vista desde esta perspectiva, la negativa de FIFA a utilizar la tecnología en los arbitrajes es única en el mundo empresarial.

Se argumenta también que el recurso a la nueva técnica destruiría el flujo del juego. Para consultar la filmación, el árbitro debería interrumpir el partido.

El problema es que esas interrupciones ya se producen y son en la práctica más largas que el tiempo requerido para observar una cámara. ¿Acaso no consultan hoy los árbitros con sus jueces de línea cuando surge una situación complicada? Esas deliberaciones entre árbitros de carne y hueso toman mucho más tiempo que apretar un botón para reproducir la última jugada en un display electrónico. Es cierto que no siempre los árbitros consultan con sus jueces de línea. Pero lejos de ser un argumento contra la nueva técnica, esa situación ilustra en realidad la seriedad del problema. En la actualidad, la única forma en que los árbitros pueden tomar decisiones rápidas es no consultando con sus asistentes, teniendo así que decidir sin disponer de la totalidad de los datos pertinentes.

Además, en el hockey sobre hielo –un deporte mucho más dinámico que el fútbol– los árbitros son asistidos técnicamente sin que eso conlleve interrupciones desmedidas del juego.

Tanto el ideal de excelencia deportiva como la racionalidad empresarial apoyan entonces el uso de la tecnología en los arbitrajes de fútbol.

¿Cuáles serían los efectos prácticos de esta nueva reglamentación? En México 86, por ejemplo, el partido entre Argentina e Inglaterra hubiera tenido otro desenlace. La “mano de Dios” habría sido sancionada, su autor hubiera tal vez recibido una tarjeta amarilla. Sin la inspiración que probablemente le diera esa picardía exitosa, el jugador tal vez no se hubiera animado a ensayar la posterior gambeta múltiple que resultara en el mejor gol de la historia del fútbol. Así, ni el gol con la mano que neutralizara la retórica de guerra de los enfrentamientos entre Argentina e Inglaterra (a partir de ese gol ya no se habla de Malvinas cuando las selecciones de esos dos países se enfrentan), ni la mayor obra de arte del fútbol se hubieran producido, gracias al uso de la nueva técnica.

Visto ahora desde esta perspectiva, usted lector... ¿qué piensa?

La FIFA, Jabulani y la tecnología¹

César R. Torres

Las críticas a Jabulani, el balón oficial del Mundial, que prometía “redondez exacta”, un “vuelo estable y certero” y un “agarre óptimo”, ponen de manifiesto, por un lado, la relación contradictoria que la FIFA mantiene con la tecnología y, por otro, el impacto que la introducción de ciertas tecnologías podría tener sobre la estructura del juego.

Compuesta por ocho paneles tridimensionales sellados térmicamente y moldeados esféricamente, Jabulani, según Adidas, su fabricante, cuenta en el exterior con una tecnología denominada “GripnGroove”, que por medio de ranuras integradas mejora sus cualidades aerodinámicas.

A pesar de sus supuestas bondades, Jabulani ha sido recientemente objeto de una inusitada controversia. Argumentando que por su liviandad la pelota se mueve de manera irregular, tornándose, por lo tanto, difícil de controlar, tanto arqueros como jugadores de campo la han descalificado. Entre los detractores se cuentan, entre muchos otros, el chileno Claudio Bravo y el brasileño Luís Fabiano. La descalificación contrasta con el apoyo que Jabulani recibió en su presentación por parte del brasileño Kaká y el alemán Michael Ballack, quienes coincidentemente tienen contratos publicitarios con el fabricante. Ante la controversia, éste último se ha mostrado sorprendido. LA FIFA, por su parte, criticó a los críticos.

Más allá del mérito de los argumentos utilizados por quienes respectivamente infaman o elogian a Jabulani, la controversia invita a reflexionar sobre la ambigüedad de la FIFA en relación a la tecnología. Como queda claramente demostrado con el caso de Jabulani, la FIFA acepta, y hasta promueve, en algunos casos, los avances tecnológicos en el fútbol. Sin embargo, en otros casos, los resiste, como también queda claramente demostrado con su insistente renuencia al uso de la tecnología en el arbitraje. En este sentido, Joseph Blatter, presidente de la FIFA, declaró el año pasado que “No debería haber tecnología en los campos”. La contradicción es evidente. Siguiendo la lógica de Blatter, Jabulani no sería un ejemplo de tecnología en el fútbol, ya que si lo fuese no tendría lugar en los campos de juego. No obstante, la tecnología “debe” estar en los campos de juego... sin pelota el fútbol es inconcebible.

Las contradicciones de la FIFA en relación a la tecnología son de raíz conceptual. ¿Qué entenderá la FIFA por tecnología? Bajo una concepción amplia, como la propuesta

¹ Una versión abreviada de este artículo fue originalmente publicada en *Agencia Ansalatina* (Buenos Aires, Argentina), 8 de junio de 2010.

por Mario Bunge, la tecnología es el desarrollo de la actividad científica aplicada “al mejoramiento de nuestro medio natural y artificial, a la invención y manufactura de bienes materiales y culturales”. Entendida en forma más restringida, como lo hiciera Mary Tiles y Hans Oberdieck, la tecnología abarca los dispositivos materiales diseñados y fabricados para hacer las actividades humanas más fáciles. De uno u otro modo, tanto Jabulani como la Tecnología de Línea de Meta, que evita la sanción de goles “fantasmas” y es tan resistida por la FIFA, son ejemplos de tecnología. La FIFA debería considerar estos argumentos para justificar la introducción o exclusión de una u otra.

Por otro lado, la introducción de ciertas tecnologías por parte de la FIFA tiene marcados efectos sobre la estructura del juego. Esto parece estar en el centro de la controversia sobre la nueva pelota. Por ejemplo, si Jabulani se comporta como dicen los que la critican, la misma parecería beneficiar en forma desproporcionada a los jugadores de campo en detrimento de los arqueros. Esto alteraría el delicado balance entre las posibilidades lúdicas de éstos y aquellos. Quizá por ello el uruguayo Fernando Muslera declaró que “En el Mundial se va a utilizar mucho el remate de afuera del área, porque [Jabulani] lo promueve”. Independientemente de si el vaticinio se materializa, el punto es que las nuevas tecnologías no son inocuas o neutrales, sino que favorecen un determinado conjunto de habilidades y formas de desempeño en el campo de juego.

Cabe preguntar si la FIFA considera los múltiples y complejos efectos que las tecnologías podrían tener sobre la estructura del juego antes de implementarlas. A sabiendas o no, cada vez que la FIFA introduce una nueva tecnología potencialmente lo altera. Sería de esperar que las innovaciones tecnológicas favorecidas por la FIFA respondiesen a una concepción razonada y razonable sobre el tipo de juego que pretende difundir y enfatizar. De no ser así, la introducción tecnológica podría ser incoherente, contradictoria o simplemente improductiva.

La controversia en torno a Jabulani marca la necesidad de que la FIFA articule y explicité qué entiende por tecnología y cuáles y porqué deberían ser incorporadas en el campo de juego. Esto, a su vez, demanda el desarrollo de una “teoría” sobre la excelencia y la justicia futbolística. Para que los cambios no parezcan arbitrarios o simplemente dictados por intereses comerciales, los amantes del fútbol esperamos que la entidad que rige el fútbol mundial exponga congruentemente el sentido de su accionar.

Al fútbol, la tecnología llega en aerosol¹

César R. Torres

Después de un período de prueba en el Campeonato de Primera B Nacional, la Asociación del Fútbol Argentino ha resuelto implementar el Sistema de Señalización por Aerosol en el Clausura de Primera División que comenzará en febrero del año próximo. La medida había sido aconsejada por su Dirección de Formación Arbitral. El aerosol le permite al árbitro realizar marcaciones sobre el terreno de juego en el lugar donde debe colocarse la pelota y la barrera en un tiro libre. Estas se desvanecen entre 45 segundos y dos minutos luego de haber sido realizadas.

Es posible defender la implementación del Sistema... argumentando que al prevenir el adelantamiento de la barrera en los tiros libres y las frecuentes e innecesarias disputas al respecto, se preservan las condiciones de justicia propugnadas en el reglamento y se aumenta el tiempo efectivo de juego. Quienes tradicionalmente se han opuesto a la intromisión “tecnológica” en el arbitraje parecen no objetar al novedoso sistema de señalización: el aerosol probado reputa ser confiable, es fácil de usar y transportar, está en control del árbitro y todo rastro de su uso desaparece rápidamente. Las ventajas son innegables.

Más allá de su conveniencia, la implementación del Sistema... resalta las contradicciones en torno de la incorporación de “tecnología” en el arbitraje. Considérese el caso de la Tecnología de Línea de Meta. Al determinar si la pelota traspasó la línea de meta, este sistema evita la sanción de goles “fantasmas”. A pesar de que elimina una fuente de injusticia en el fútbol y de que las múltiples pruebas fueron exitosas, la International Football Association Board (IFAB), asociación encargada de estudiar y modificar las reglas del fútbol, decidió en marzo de este año poner en suspenso su aprobación. De la misma manera, el IFAB ha rechazado el uso del video como prueba para sancionar la simulación de faltas una vez finalizado el partido.

Dada la reticencia que las autoridades futbolísticas han demostrado hacia la utilización de tecnología que facilite y mejore el arbitraje, la implementación del aerosol constituye una medida sorprendente y sugestiva. Esta plantea la necesidad de indagar cuál es la racionalidad que permite adoptarlo al mismo tiempo que se

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 17 de diciembre de 2008.

suspende la aprobación de la Tecnología de Línea de Meta y se rechaza el video como herramienta para sancionar la simulación de faltas al concluir el partido.

En el fondo, la cuestión es clarificar el rol que la tecnología debería ocupar en el arbitraje. Para ello se requiere clarificar qué se entiende por “tecnología” y cómo se define el buen arbitraje. Estos asuntos están lejos de ser evidentes y de no ser articulados coherentemente, las contradicciones no cesarán. Hasta tanto, las medidas adoptadas serán inconexas e inconsistentes, aunque en algunos casos efectivas.

Aquellos que impugnan la intromisión “tecnológica” en el arbitraje bajo el pretexto que minimiza la capacidad y la autoridad humana harían bien en recordar cómo el silbato potencia la tarea del árbitro. Y ni hablar de las tarjetas amarilla y roja.

Política y sociedad

Cuando la patria es el fútbol¹

Claudio M. Tamburrini

A días de la fiesta máxima del deporte mundial, estoy en el pub irlandés de mi barrio, en el centro de Estocolmo, viendo Suecia-Paraguay por televisión, con la número 11 de la “bruja” Verón en la espalda. Pego un salto en la silla festejando los dos goles del equipo guaraní en el primer tiempo. La clientela del pub, en su mayoría suecos, tolera mis expresiones de alegría ante la debacle de su equipo. Soy cliente regular y eso me otorga ciertos privilegios. Además, el personal me apoya. Me acompañan en el festejo camareros ingleses, irlandeses y hasta un holandés con la blanquiceleste del Bati en la espalda, que yo oportunamente le regalara apenas Holanda fue eliminada de la Copa del Mundo. Política de aliados, simplemente. Se suma también a los festejos una camarera francesa. Con ella, sin embargo, prefiero no establecer alianzas deportivas. A menos que ganemos el “grupo de la muerte” de punta a punta, existe la probabilidad de que enfrentemos a Francia en octavos de final. Los aliados del presente pueden fácilmente convertirse en los enemigos del mañana.

¿Qué lealtades nos mueven a apoyar a un equipo nacional? ¿Qué se esconde tras nuestras reacciones hacia un país y su bandera deportiva? Isaiah Berlin, un filósofo inglés de origen ruso, definía al nacionalismo como el sentimiento por el lugar geográfico donde se habla la lengua de uno y donde rigen los mismos códigos de conducta en que uno ha sido formado. El sentimiento nacional estaría entonces ligado a la posibilidad de entender a los demás, lingüística y culturalmente, y ser entendido por ellos, sin necesidad de esforzarse.

En mi caso, después de casi 24 años en Suecia, conozco mejor los códigos idiomáticos y culturales suecos que los paraguayos. Eso vale aún más para los camareros, mis secuaces de festejo. Sin embargo, gritamos los goles de Paraguay. Algo se le debe haber pasado por alto a Berlin en su análisis.

Además de la identificación con el terruño, el nacionalismo deportivo requiere, al igual que el chauvinismo político agresivo, un rival definido, destinatario de nuestro odio. La gestación del sentimiento nacional exige la figura del enemigo.

¿Cuáles son los criterios para identificar al enemigo? La cercanía geográfica, por ejemplo entre Brasil y Argentina, puede ser causa de profundas rivalidades.

El enemigo deportivo también puede definirse por rivalidad política. Después de la guerra de Malvinas, y hasta que “la mano de Dios” eclipsara la sombra bélica que

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 29 de mayo de 2002.

durante un tiempo tiñó los enfrentamientos entre ambos equipos, Inglaterra y Argentina eran señalados como archirrival debido al enfrentamiento militar por la posesión de las islas. Felizmente, la genialidad –y la picardía– de Maradona volvió a ubicar esa rivalidad en el plano estrictamente deportivo. Un signo más de la grandeza del Diego, quien aún trampeando contribuyó a mejorar el destino de ambos pueblos.

Por último, la rivalidad puede meramente depender de factores deportivos. Si Argentina enfrentara a Alemania en la final de la Copa del Mundo 2002, sería inevitable la referencia a las dos finales anteriores –México 86 e Italia 90– en que los dos países midieron sus fuerzas.

La pelota global

Lejos de debilitarse, la identificación con los connacionales se acentúa en el mundo globalizado. Pero lo que sí se desdibuja es la imagen misma del connacional. El nacionalismo deportivo se origina en un sentimiento de identificación enraizado en las manifestaciones de patriotismo local. Históricamente, antes de la pasión común por una divisa nacional, existió el sentimiento de pertenencia al pueblo o a la comunidad donde uno ha nacido. Es ese mismo patriotismo local que aún hoy hace que los habitantes de Manchester o de la Boca se identifiquen con los triunfos de sus equipos. Pero el motivo del orgullo local puede también ser foráneo. La afición del Real Madrid siente como propia la conquista de su noveno título de campeón de Champions League, gracias al formidable zapatazo de Zidane, francés de origen argelino. Es ése el gran mérito de la globalización y del comercialismo deportivo: las lealtades nacionales y locales no se desdibujan, pero sí pierden fuerza los estigmas étnicos y culturales. Mejor que el equipo del pueblo gane, aunque esté lleno de extranjeros, que tener un equipo étnicamente “puro” que no le gane a nadie. La tolerancia étnica no se genera por obra del elevamiento moral de la afición futbolística, sino por el simple anhelo de victoria. El exitismo deportivo refuerza así la democracia y la fraternización entre los pueblos.

Pero, ¿es el nacionalismo deportivo en verdad moralmente inocente? Históricamente, los intelectuales siempre han criticado la pasión del público por su equipo nacional. La generación del 68 –que, si bien indirectamente, decide los términos del discurso público en la actualidad– definió al deporte como “el opio de los pueblos”, parafraseando a Marx en su caracterización de la religión. El deporte, y en particular el fútbol, es considerado un fenómeno que adormece y distrae a las masas, impidiéndoles así concretar metas sociales más acuciantes.

El ejemplo de la selección francesa demuestra, sin embargo, que el nacionalismo deportivo puede ser utilizado en favor de la democracia. Antes de Francia 98, el líder de la ultraderecha francesa Jean-Marie Le Pen intentó ridiculizar el carácter multirracial del equipo galo. Muchos de sus integrantes –dijo– hablan pésimamente el francés, y algunos “ni siquiera saben el texto de la Marsellesa”. La opinión pública francesa reaccionó unánimemente, repudiando las declaraciones de Le Pen. Pero su rechazo no se fundamentó en los derechos de las minorías, sino simplemente en la necesidad de no perturbar al equipo nacional en su etapa de preparación. “Realpolitik” del fútbol, en otras palabras. La fortuna deportiva quiso que “les bleu” ganaran la copa del mundo, propinando así el golpe más severo al nacionalismo chauvinista agresivo desde la victoria de Jesse Owens sobre las estrellas arias en las Olimpiadas de Berlín en 1936.

Hoy, cuatro años más tarde, la periodicidad caprichosa de la historia quiso que el nuevo certamen futbolístico mundial coincidiera con el sorpresivo avance electoral del partido de Le Pen. Los integrantes de la selección, que antes influyeran positivamente sobre el clima social del país gracias a su victoria deportiva, han pasado ahora a tomar parte activa en el debate político. Desailly y otros integrantes del equipo francés instaron abiertamente a sus connacionales a votar contra el Frente Nacional en la segunda ronda electoral. Así, el pasado colonial de Francia adquiere voz propia en su escuadra nacional, mientras sus figuras transpiran la camiseta codo a codo con los franceses de la madre patria. Es instructivo contrastar el rol de las minorías étnicas en el fútbol francés y el de las de otros países con herencia colonial. ¿Dónde están los hijos de inmigrantes africanos –los “abisinios” en la jerga de la Italia fascista del Duce– en la selección de Italia? ¿Y qué ha sido de los descendientes de árabes, marroquíes y saharianos en la escuadra española? ¿Dónde están los hijos de inmigrantes kurdos y turcos en el equipo de Alemania? Sólo Holanda puede compararse en ese sentido a la selección francesa. Pero las divisiones internas entre los holandeses del país central y los de las colonias de ultramar –para muchos, un factor preponderante en el ocaso del equipo naranja– contrastan marcadamente con la exitosa integración étnica de la Francia multicolor.

El nacionalismo deportivo no es, entonces, moralmente inocente. Pero eso no significa que haya que renunciar a manifestarlo. El deporte, y en particular el fútbol, es un arma demasiado poderosa para dejarla en manos de las fuerzas antidemocráticas.

Pronto, todos seremos blanquicelestes. Pero si la suerte nos fuera adversa, nuestro corazón debería latir por Francia. Por la democracia y por el fútbol.

A la FIFA se le ve la hilacha de la ropa interior¹

César R. Torres

En la 128ª reunión general anual de la International Football Association Board (IB), la institución encargada de estudiar y modificar las reglas del fútbol, a comienzos de marzo en Zurich y que fuera presidida por el mandatario de la FIFA, Joseph Blatter, se decidió enmendar la regla 4 (el equipamiento de los jugadores) del reglamento futbolístico en lo referente a la ropa interior.

Si bien la regla 4 ya establecía que “el equipamiento básico obligatorio no deberá tener mensajes políticos, religiosos o personales” y que los jugadores “no deberán mostrar al público ropa interior con lemas o publicidad”, la enmienda aclara que tanto el equipamiento básico obligatorio como la ropa interior “no deben llevar ningún tipo de lemas, declaraciones ni imágenes”. Jérôme Valcke, el secretario general de la FIFA, manifestó después de la reunión: “De ahora en más no puede haber en la ropa interior lema o imagen alguna, aunque sea de tono amistoso”.

La IFAB indicó que la violación de la enmienda a la regla 4, que entrará en vigencia el 1º de junio, con vistas a la Copa Mundial de este año, no es sancionable con amonestación, aunque quienes la violen pueden ser sancionados por los organizadores de la competencia. Según la IB, el propósito de la enmienda es “contar con un enfoque uniforme que, además, resulta más sencillo de regular”. Para Alex Horne, secretario general de la English Football Association, institución miembro de la IB, “la idea es conseguir un poco de coherencia. La regla más sencilla para la imagen del deporte es comenzar desde la base de que los lemas no serán aceptados”.

La regla 4 está fundamentada en el principio defendido por la FIFA –en conjunto con el resto de la dirigencia del deporte internacional–, que establece una estricta separación tanto entre el deporte y la política como entre el deporte y la religión. Sin embargo, el deporte es una práctica social politizada y frecuentemente las federaciones deportivas internacionales asumen objetivos políticos explícitos. De hecho, parte de la misión que la FIFA se asigna a sí misma incluye “infundir esperanza en los que más la necesitan”. Del mismo modo, la FIFA afirma: “Utilizamos el poder del fútbol como herramienta para el desarrollo social y humano [...] a fin de apoyar a las comunidades locales en áreas tales como el mantenimiento de la paz, la salud, la integración social, la educación, entre otras”.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 26 de marzo de 2014.

Se podría argumentar que es incoherente que la FIFA proponga objetivos políticos y al mismo tiempo prohíba que los jugadores se manifiesten en ese sentido a través de lemas, declaraciones o imágenes tanto en el equipamiento básico obligatorio como en la ropa interior. Dichas manifestaciones deberían estar al menos permitidas cuando expresan y promueven esos objetivos políticos y/o cuando propugnan el uso del deporte, como indica la Carta Olímpica, para “el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana”. Por supuesto, también se podría discutir si los jugadores deberían poder exhibir otro tipo de mensajes políticos o personales, pero esa discusión excede el propósito de esta nota.

Como se ha visto, el argumento de la IB es que una prohibición general uniforme y es más sencilla de regular. Ni la uniformidad ni la comodidad son argumentos suficientemente sólidos. Indudablemente, el contenido específico de los objetivos políticos de la FIFA así como los de la Carta Olímpica son susceptibles de ser interpretados y expresados de diferente manera. Aunque la potencial pluralidad de interpretaciones y expresiones puede dar lugar a controversias e intensos debates, los mismos son preferibles a la prohibición decidida por la IB. De hecho, el desarrollo social y humano que propone la FIFA demanda discusiones abiertas, plurales y amplias.

Por otro lado, también es incoherente que la FIFA prohíba las expresiones religiosas en el equipamiento básico obligatorio como en la ropa interior cuando las tolera –o acepta con agrado– en otras circunstancias. Considérense los siguientes tres ejemplos:

- 1) Pocos días después de que Jorge Bergoglio se convirtiera en el papa Francisco el 13 de marzo del año pasado, el Club Atlético San Lorenzo de Almagro, del cual Bergoglio es simpatizante confeso, fue autorizado a disputar un partido oficial con una camiseta diseñada especialmente para homenajearlo. La camiseta incluía una imagen del Sumo Pontífice y la leyenda “Papa Francisco”.
- 2) Cinco meses después, las selecciones de Argentina e Italia jugaron un partido amistoso en Roma en homenaje al papa Francisco. El día antes del partido ambas selecciones lo visitaron en el Vaticano.
- 3) Lionel Messi, quien le obsequió un olivo al papa Francisco en aquella visita, tiene el hábito de persignarse cada vez que convierte un gol. A pesar de su hábito obviamente religioso, la FIFA no le ha sugerido a Messi que desista de hacerlo.

En resumen, si el objetivo de la FIFA es la coherencia haría bien en permitir expresiones en el equipamiento básico obligatorio como en la ropa interior que estén de acuerdo con los objetivos políticos que se arroga así como los que figuran en la Carta Olímpica. Del mismo modo, la FIFA también haría bien en no permitir ninguna expresión religiosa pública relacionada con el juego. Caso contrario, incurre en la incoherencia que pretende eliminar y sus decisiones pueden ser interpretadas como arbitrarias. Además, seguir insistiendo que el fútbol debería estar estrictamente separado de la política y la religión desconoce la realidad y la historia deportiva así como el propio accionar de la FIFA.

Finalmente, huelga decir que la FIFA no ha argumentado apropiadamente por qué tal separación sería conveniente.

A veces el fútbol gana donde pierde la política¹

Claudio M. Tamburrini

¿Puede el fútbol liberar a una nación de sus tormentos?

La pregunta reaviva la vieja cuestión de si el deporte debe ser utilizado como arma ideológica en las batallas políticas de un pueblo.

La selección nacional de Bosnia y Herzegovina se apresta a debutar en la máxima escena mundial del fútbol el 15 de junio contra Argentina. Atrás quedan las heridas de la guerra civil y el sufrimiento de las inundaciones recientes. Prácticamente no hay familia alguna en el país que no haya perdido alguno de sus miembros, en una u en otra de esas tragedias.

La ciudad de Srebrenica es en la actualidad parte de la República Srpska, una de las dos federaciones en las que se encuentra dividida Bosnia–Herzegovina.

Durante la década de 1990, la operación de “limpieza étnica” de los serbios acabó con la vida y los sueños de decenas de miles de musulmanes bosnios, dejando aproximadamente 250.000 muertos y más de 2.500.000 de refugiados.

Hoy se reconstruye allí la vida cotidiana, por encima de las barreras raciales y políticas. Y se juega a la pelota. El equipo BK Guber, que lidera el campeonato nacional de segunda división, cuenta en sus filas con jugadores de diversos orígenes étnicos. Luego de la interrupción provocada por la guerra, bosnios y serbios se esfuerzan conjuntamente por sacar victorioso a su equipo.

El mismo perfil multiétnico caracteriza a la selección nacional. Edin Dzeko, que juega como delantero en el Manchester United, ha crecido y se ha formado como jugador en el tradicional club Zeljesnicar de Sarajevo, de larga historia de integración por encima de las barreras étnicas. “El rival es difícil”, ha dicho recientemente el entrenador de la selección Safet Susic, alguna vez estrella máxima en el club París St. Germain, “pero sabemos lo que está en juego. Ahora jugamos también por quienes perdieron su vida y sus casas en las inundaciones”.

Los bosnios esperan incluso el apoyo de la población de la República Srpska, ya que Serbia no estará presente en el Mundial. Las victorias en los partidos de preparación contra Costa de Marfil y Méjico justifican ese optimismo.

La pasión por el fútbol elimina las fronteras.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 10 de junio de 2014.

Pero los bosnios se lamentan aún de no poder contar con Zlatan Ibrahimovic, a quienes consideran su máxima estrella, quien hace muchos años optara por jugar para el seleccionado de Suecia.

Esa unión multiétnica y multisectorial ha dado frutos no sólo en la clasificación al Mundial. En 2008, la gente y los jugadores de la liga, incluidas las máximas estrellas del equipo nacional, cuestionaron la dirigencia corrupta e ineficaz de la asociación de fútbol bosnia.

Las irregularidades descubiertas fueron demasiado serias incluso para FIFA, quien obligó a la asociación a realizar una reorganización radical en 2011.

A veces, el fútbol triunfa en dónde la política simula ser ciega.

Pero lo que por sobre todas las cosas caracteriza el fenómeno del fútbol bosnio es su carácter popular.

Lejos de fotografiarse con los políticos y demás dueños del poder, quienes construyen diariamente el futuro futbolístico de Bosnia y Herzegovina se han alzado contra las dirigencias corruptas impulsando cambios a partir de la pasión, el sufrimiento y la alegría de la gente.

Así es cómo debe ser utilizada el arma del deporte en la lucha política de un pueblo.

Desde el llano. Contra el poder. Y por la gente.

Fervor por el Mundial, pero sin olvidar su costo social¹

Claudio M. Tamburrini

En unas pocas semanas se iniciará el Mundial de fútbol en Brasil. Los aficionados de todos los países se preparan para participar –in situ o a través de las transmisiones televisivas– de la mayor fiesta deportiva del mundo.

Los organizadores han hecho explícita su ambición de que este Mundial sea único en la historia del fútbol. En un sentido, se puede decir que ya han conseguido su objetivo: ningún otro evento deportivo ha sido tan cuestionado en sus mismos fundamentos como este Mundial.

Distintas movilizaciones populares en el país anfitrión han puesto en tela de juicio la racionalidad de gastar cifras astronómicas provenientes del erario público para financiar la actividad comercial de la FIFA, una empresa multinacional disfrazada de organización deportiva con balances que no son hechos públicos y reiterados casos de corrupción en su historial. El gasto mundialista –señalan los manifestantes– obliga a postergar necesarias inversiones en las áreas de salud, educación, transporte y demás.

Quienes ven así negados sus elementales derechos ciudadanos se convierten entonces en las principales víctimas del fútbol global.

Como comentario a esas protestas, John Carlin, el autor del bestseller *El factor humano* que fuera luego adaptado al cine en la película “Invictus”, ironizaba en un artículo publicado en *El País* del 24 de junio del 2013: “Pareciera que había que recordarles a los manifestantes el valor intrínseco de celebrar un Mundial” y sentenciaba luego que “ya habrá tiempo para preocuparnos por las inevitables penas que la vida acarrea”. Refiriéndose a Sudáfrica, que perdiera dinero con la organización del Mundial pasado, Carlin juzgaba que el país tuvo “la oportunidad de disfrutar, con orgullo patrio, un evento que todos los que lo vivieron y hasta los aguafiestas que lamentaron el coste económico recordarán siempre con sonrisas”.

Aun dejando de lado el planteo político y moral de los manifestantes, es difícil comprender cómo se puede sentir “orgullo patrio” por ser el foco de la atención mundial al mismo tiempo que las necesidades más urgentes de la población siguen desatendidas.

Pero la fiesta del fútbol no sólo conlleva la postergación de elementales necesidades sociales.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 14 de mayo de 2014.

Un Mundial también tiene un costo directo en vidas humanas. Según un informe publicado por Amnistía Internacional en 2013 (*The Dark Side of Migration: Spotlight on Qatar's Construction Sector Ahead of the World Cup*, Amnesti Internacional, noviembre de 2013), los trabajadores extranjeros contratados para construir los estadios del Mundial de Qatar en 2022 – algo más de medio millón, en su mayoría nepaleses– están sujetos a condiciones laborales similares al trabajo forzado. Se les incauta su documentación de viaje al llegar al país, no se les permite cambiar de empleador y reciben además salarios muy inferiores a la norma vigente. Sobre las condiciones de seguridad laboral, el informe de Amnistía Internacional prevé que, al concluir las obras para el Mundial de Qatar, habrán muerto más de 4000 obreros en accidentes de trabajo.

Durante los últimos años se ha afianzado en la ética empresarial el principio de responsabilidad del productor por la totalidad de la cadena productiva. Las empresas que compran insumos de proveedores nacionales o de otros países deben tomar parte activa en el control y el mejoramiento de las condiciones laborales de quienes producen esos insumos. Una empresa textil europea no puede por ejemplo desentenderse de las condiciones laborales de los trabajadores empleados por el proveedor asiático que le fabrica sus telas. Al otorgar la organización de un certamen mundial de fútbol –su “producto”– a las autoridades deportivas de un país, la FIFA establece condiciones referentes al tipo de infraestructura a construir y los plazos de conclusión de obras. Pero la nomenclatura del fútbol no está interesada en establecer, ni en fiscalizar con posterioridad tampoco, las condiciones materiales en que serán construidas las instalaciones.

En muy pocos días sonará el silbato inicial de la competición deportiva más popular del orbe. Como afirmara Carlin, las necesidades de la gente deberán esperar a ser satisfechas hasta que la pelota deje de rodar y un nuevo soberano mundial haya sido coronado, para júbilo de unos y tristeza de otros. Muchos de nosotros seguiremos el certamen de cerca, obnubilados por la pasión por el fútbol. Tal vez no podamos renunciar a la fiesta. Pero al menos comencemos a exigir a la nomenclatura del fútbol que se haga responsable del costo social y humano que su fiesta acarrea.

Al gritar los goles de nuestros equipos, tengamos presente que, al igual que las pirámides faraónicas del pasado, los monumentos futbolísticos de nuestro presente se construyen con el sufrimiento y la sangre de los trabajadores.

El Mundial no dejó ver cómo es la otra África¹

Claudio M. Tamburrini

El primer campeonato del mundo de fútbol organizado en el continente africano ha llegado a su fin. España consiguió el ansiado título luego de superar a Holanda en una final especial.

La casualidad histórica hizo que entre los finalistas del primer mundial jugado en un país de África estuviera el equipo nacional del antiguo poder colonial. Los boer, que colonizaran Sudáfrica e implantaran en el país el sistema del apartheid, eran en su mayoría descendientes de inmigrantes provenientes de Holanda.

Mucho se ha discutido acerca del proceso de democratización sudafricano. El desarrollo político iniciado luego de la caída del régimen de segregación racial es a menudo presentado como modelo de desarrollo posdictatorial. En particular se elogia la política aplicada para dirimir las violaciones de los derechos humanos que sufriera la población de color sudafricana por parte de la minoría boer. La decisión de amnistiar los crímenes cometidos a cambio de una confesión detallada de los hechos fue en su momento seguida con interés incluso en países que, como Argentina, han priorizado el camino punitivo antes que conocer la verdad total y abarcadora sobre el pasado.

Sin embargo, aun con el apartheid formalmente abolido, perdura en el país sudafricano la desigualdad social y económica, herencia del antiguo régimen. Las crónicas informales de los visitantes a este Mundial describen por ejemplo fuerzas de seguridad racialmente integradas en las cuales los agentes de color no disponen de armas de fuego. Y en el área de servicios se sigue manteniendo la estructura del jefe blanco dirigiendo el trabajo de un número de empleados negros.

En la medida en que estos relatos han estado ausentes de las crónicas periodísticas, este Mundial ha sido una oportunidad perdida para contar la otra África, más allá de la coronación de una nueva nación en la cúspide del fútbol mundial.

El deporte puede ser parte de un proceso de consolidación nacional. La película *Invictus* muestra cómo Mandela, consciente del poder aglutinador del deporte y de la necesidad de lograr una identidad nacional superadora de los conflictos del pasado, trabajó para que toda la población sudafricana, sin distinciones raciales, apoyara la obtención del título mundial de rugby por el equipo nacional de Sudáfrica.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 14 de julio de 2010.

¿Pero qué piensa en realidad la población mayoritaria del nuevo modelo de país? ¿Y cómo sienten las víctimas de violaciones a los derechos humanos las amnistías concedidas a sus verdugos? En parte, la respuesta a estos interrogantes se podría obtener analizando la reacción del pueblo sudafricano ante la gran final. Sería interesante saber la cantidad de hinchas de color que, superando las heridas del pasado, alentaron al equipo boer en su esfuerzo por conquistar su primer título mundial.

Todas las historias que este mundial puede iluminar¹

Claudio M. Tamburrini

La fiesta máxima del deporte está por comenzar.

Por primera vez, el campeonato del mundo de fútbol se juega en el continente africano. En 1977, Pelé pronosticó que antes del fin del siglo XX, un país de África se coronaría campeón del mundo. Pasados diez años de esa fecha límite, los equipos africanos lucharán para cumplir lo dicho por el astro brasileño.

Atrás quedan las participaciones esporádicas en los torneos mundiales, los escándalos de violencia deportiva y las victorias trucas por falta de actitud profesional. ¿Quién no recuerda al Camerún de Roger Milla dejando escapar el triunfo en cuartos de final ante Inglaterra por “jugar a la pelota”, en vez de definir el partido y entrar en la historia? El mundo globalizado del fútbol ha potenciado al continente africano. Dos oros olímpicos (Nigeria en 1996 y Camerún en 2000), futbolistas ídolos de multitudes que se destacan en los principales clubes del fútbol europeo.

Pero detrás de esas hazañas de sudor, pelota y red se esconden narrativas de vida de individuos que, a edad temprana, dejaron sus terruños en pos de un sueño. Entre la diáspora africana destaca Didier Drogba. Nacido en un hogar pobre de Abidjan en Costa de Marfil, Drogba emigró a Francia siendo niño. Allí se formó como futbolista, hasta el momento de su consagración luego de su traspaso al fútbol inglés. Pero Drogba no olvida sus orígenes pese a su éxito.

En momento de jugarse el Mundial de Alemania en 2006, el país de Drogba se encontraba sumido en una guerra civil cruenta. La selección jugó para acabar con la guerra y con el sufrimiento de los ivorianos. Al conseguir la clasificación para Alemania, Drogba, arrodillado y junto a los jugadores étnicamente diversos del equipo nacional, expresó un ruego público por la paz en la televisión de su país.

Al año siguiente, el mismo Drogba fue el promotor de un partido de selección en la ciudad de Bouaké, el cuartel general de los rebeldes opuestos al gobierno.

Cuando el presidente y el líder rebelde cantaron el himno nacional codo a codo, Drogba supo que la guerra civil ya era un recuerdo. Era ahora momento de reconstruir el país.

Desde entonces, se ocupa de ayudar a construir hospitales en la patria que dejara de niño, cuando se marchó al mundo desarrollado en busca de pan, pelota y un futuro. Su país lo ha vuelto a recibir como al hijo pródigo que vuelve al hogar paterno.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 8 de junio de 2010.

Se dice hoy que Drogba será presidente de Costa de Marfil luego de abandonar su carrera futbolística. Tal vez suceda, es difícil saberlo. Pero lo que sí parece improbable es que Drogba caiga en la tentación de apoltronarse en un estudio de televisión preguntando a los jugadores “¿Qué sentiste cuando hiciste el gol?”, la trillada pregunta de los relatores del fútbol.

Samuel Eto’o es otra figura del fútbol mundial cuya historia trasciende el mero análisis futbolístico. Reclutado por el legendario José Pirri para el Real Madrid, llegó a la capital española a los 15 años, después de haber jugado en la 2da. división de Camerún y de debutar, aunque esporádicamente, en la selección mayor de su país. Eto’o tiene instinto de goleador. Pero posee además una sagacidad especial que le hace comprender el mundo de manera diferente a la de los europeos. Apenas llegado a España, sin hablar una palabra de castellano, Eto’o sintió en carne propia el peso del estigma histórico infligido a su continente por quienes ahora requerían sus servicios. En la conferencia de prensa realizada cuando fuera transferido al Barcelona, plasmó su visión del mundo con una frase tan cruda como ignorada por el periodismo deportivo: “Voy a correr como un negro para poder vivir como un blanco”, respondió al preguntársele cuáles eran sus planes en el nuevo club.

Como ya sabemos, fue esa misma ira canalizada la que después lo llevó a romper las redes de España. Pero el retorno a la tierra que uno ha dejado no siempre es feliz. Al negarse Eto’o a participar de los entrenamientos de Camerún en la última Copa Africana, se organizó una marcha de protesta hacia la casa de sus padres.

Eto’o fue acusado de negar sus raíces africanas y preocuparse sólo por ganar dinero en el primer mundo.

Otras figuras del fútbol mundial han tenido que pagar elevados rescates para que familiares secuestrados en sus pueblos de origen fueran liberados.

Son muchos los que quieren ser partícipes del bienestar y el éxito de la diáspora futbolística, sin importar a veces ni la manera ni el precio.

La fiesta está en marcha. Muchas ilusiones se verán truncadas, una sola gran alegría –la del vencedor– coronará el certamen. Se gritarán goles y se contarán anécdotas, servidas por los medios periodísticos especializados.

Por mi parte, estaré atento a algún reportero que, convencido de que el fútbol es mucho más que una pelota, lo saque a Eto’o de la rueda de prensa obligatoria, lo junte con Drogba –que pelea por quedarse en el Mundial– y les pregunte, micrófono en mano, “¿Qué sentís al saber que tus compatriotas todavía viven en la miseria?”. Hasta que eso ocurra, el mundo desconocerá sus historias por festejar sus goles.

Y los futbolistas de África seguirán bregando para que se cumpla la profecía de Pelé. Corriendo como negros. Para alcanzar la gloria.

En el fútbol sobra violencia y corrupción¹

Claudio M. Tamburrini

Dos hechos futbolísticos se han destacado la semana pasada. Uno de ellos es la convocatoria de la comunidad boquense a festejar el Día del Hinchista de Boca en el Obelisco. No hubo festejo. El encuentro degeneró en disturbios violentos, enfrentamientos de un grupo de participantes con la Policía Federal, destrozos y desmanes.

Otra vez los violentos del fútbol se apropiaron de la fiesta popular.

El otro hecho fue la conferencia de prensa del presidente saliente de River, Daniel Passarella, en la que responsabilizó al presidente de la AFA, Julio Grondona, por el descenso de River en 2011. Sorpresivamente, el presidente de Boca salió a defender a Grondona afirmando que “los males y los aciertos son de los dirigentes de los clubes”.

Un juicio totalmente acertado, sobre todo como autocrítica.

A primera vista, estos sucesos son de naturaleza dispar. Tanto Grondona como Angelici siguen sin poder controlar a las barras bravas. En el caso de Boca, no sólo se percibe a la dirigencia como impotente o –aún peor– desinteresada en poner fin al reino violento de las barras, sino que parece también haber renunciado a formar un equipo competitivo sobre la base de criterios propios. El retorno de Riquelme luego del “retiro” es un ejemplo. Riquelme le ha dado muchas alegrías a la afición boquense. Pero también le ha hecho pagar un precio elevado. Un líder negativo genera enfrentamientos en el vestuario y dificulta la gestión del técnico, por más apoyo que tenga en la hinchada. Súmese a eso lesiones frecuentes por la edad y el balance final no puede más que ser negativo.

En este contexto, la conferencia de prensa de Passarella es interesante por lo que no fue dicho. ¿Cuál fue la incidencia de Grondona en el descenso de River? Passarella no ha sido preciso. Sus declaraciones fueron interpretadas en relación a la designación de árbitros en partidos decisivos. Cuesta creer que haya sido el árbitro quien intervino en el gol en contra de Carrizo contra Boca. ¿Y qué teoría conspirativa podría apuntalar la tesis de que Grondona le hizo patear a Pavone el penal sobre el cuerpo del arquero en el partido contra Belgrano? A River le faltó temple para afrontar las circunstancias.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 16 de diciembre de 2013.

La vaguedad de Passarella en sus acusaciones es también lamentable por otras razones. Hubiera sido interesante saber, por ejemplo, de qué manera concreta la Asociación del Fútbol Argentino digita los resultados de los partidos. ¿Cuál es el rol del Colegio de Árbitros y cuáles sus acuerdos con la dirigencia del fútbol?

No hubo posibilidad de plantear esas preguntas en la conferencia de prensa. El evento no estuvo abierto a todos los medios, sino sólo a los considerados afines a River y a su dirigencia.

El elemento común de la dirigencia de los clubes es la ausencia de democracia interna. Al no apoyar su gestión en la masa societaria y la afición genuinas, es imposible excluir a los violentos y corruptos del manejo de los asuntos del fútbol. Los clubes y el fútbol en general quedan así en manos de quienes impongan sus condiciones por la fuerza. La “pelea” de Passarella con Grondona, y la defensa con espíritu corporativo de Angelici, deben ser vistas como reposicionamientos en el proceso de mantención de un poder corrupto más que cómo disenso verdadero sobre el manejo de los asuntos del fútbol.

Dar el paso básico para enfrentar la violencia¹

Claudio M. Tamburrini

Las barras bravas parecen haberse apoderado del fútbol. Se ha tornado peligroso asistir a un estadio. Aun estando al margen de los conflictos entre hinchadas, se corre el riesgo de sufrir agresiones o incluso de perder la vida. Paralelamente se ha instaurado en la comunidad una sensación general de inseguridad generada en los hechos delictivos violentos que a diario sacuden sobre todo a los grandes conglomerados urbanos del país. Mientras la violencia acorrala al ciudadano, apoderándose tanto de su ámbito cotidiano de acción como de los espacios recreativos (canchas de fútbol), el episcopado y algunas fuerzas políticas opositoras advierten sobre el avance incontrolado del narcotráfico en el país. El gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, ha avalado indirectamente esta preocupación al reunirse con el secretario del episcopado para tratar dicha cuestión.

Naturalmente, cabe preguntarse si la sensación general de inseguridad es justificada. Desde algunos medios oficiales se afirma de tanto en tanto que el fenómeno de la inseguridad es más una percepción de la gente que una realidad objetiva, creada por la difusión exagerada que los medios dan a los hechos de violencia. ¿Hay entonces un aumento real de los delitos de violencia? ¿Tiene la advertencia sobre el narcotráfico –un fenómeno poco corriente en la Argentina de los últimos años, dada su amplitud multisectorial y multipartidaria– asidero real?

Lamentablemente no podemos saberlo. En primer lugar se carece de investigaciones y estudios fidedignos sobre las manifestaciones de violencia que preocupan a los ciudadanos. Tomemos por ejemplo la cuestión de la inseguridad en las calles.

Quien pretenda hallar respuesta a ese interrogante en las estadísticas del ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación se verá defraudado. Las cifras estadísticas presentadas en el gráfico “Evolución anual de tasas de hechos delictivos registrados c/100.000 habitantes” cubren solamente hasta el año 2008 [www.jus.gob.ar/media/109054/Argentina2008]. O bien no se han hecho estudios estadísticos oficiales a partir de ese año, o bien no han sido hechos públicos. En ambos casos, es un signo preocupante.

Aún más magro es el conocimiento empírico sobre la violencia en el fútbol o el narcotráfico.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 27 de noviembre de 2013.

También en esas áreas, el elemento que destaca es el oscurantismo estadístico que deja a esas actividades delictivas en un espacio de sombras prácticamente inescrutable.

La falta de datos objetivos sobre los distintos fenómenos de violencia aquí enumerados es la consecuencia natural de la falta de iniciativa de los organismos de gobierno responsables de esas áreas.

Inglaterra es a menudo nombrada como ejemplo en la lucha contra el fenómeno de las barras bravas. Allí se consiguió erradicar la violencia en las tribunas mediante una política nacional impulsada desde los mismos órganos de gobierno y basada en un mapeo detallado de los nexos entre los “hooligans” y la ultraderecha política.

Baste comparar ese plan de acción amplio y radical con el “remedio” contra el mal administrado por la vieja dirigencia de la AFA: negar la entrada a los estadios a los hinchas visitantes. De esa manera, se desplaza el problema a otras áreas donde las barras bravas siguen actuando. Y se deja además sin esclarecer el posible nexo de sus miembros con ciertos grupos del poder político.

Aún sin datos objetivos sobre estos fenómenos de actividad criminal, no es osado especular que ninguna de ellas sería posible de realizar, por lo menos a gran escala, sin la complicidad o la anuencia pasiva de sectores del poder político.

Otra hipótesis razonable es que la violencia en el fútbol, la inseguridad en las calles y el narcotráfico están íntimamente ligados entre sí. Investigar ese vínculo sería la tarea natural de una comisión investigadora nacional que tome cartas en el asunto. El diseño de medidas efectivas para contrarrestar la delincuencia, sea ésta del tipo que sea, presupone el conocimiento real del fenómeno que se pretende neutralizar.

Urge entonces la creación de una comisión investigadora de los delitos de violencia y del narcotráfico, integrada por representantes de los sectores políticos y sociales mayoritarios de todo el país. Sería apropiado que esa iniciativa surgiera del propio gobierno. Sin datos estadísticos fiables y con la sensación generalizada del incremento de la violencia en la gente, queda el campo abierto para las especulaciones infundadas. Un lujo que, a esta altura de los acontecimientos, el gobierno nacional no se puede dar.

¿Las barras bravas serán eternas?¹

Claudio M. Tamburrini

Dos equipos de fútbol bregan por la victoria, haciendo despliegue de creatividad y destreza física y mental. El público, partícipe indirecto del espectáculo, disfruta y aplaude a sus ídolos.

El fútbol es juego, competencia y diversión.

Pero el fútbol es también un ámbito de violencia y criminalidad. Las barras bravas amenazan con privar al deporte de su carácter festivo y lúdico, para convertirlo en un campo de batalla sin participación popular. Se teme particularmente que los actos de violencia alejen a las familias del espectáculo futbolístico.

El problema ni es nuevo ni es exclusivamente vernáculo.

En las décadas del 70 y 80, la liga inglesa fue afectada por un fenómeno similar. Facciones de vándalos (*hooligans*), a menudo vinculados a la ultraderecha política, irrumpieron en las canchas provocando desmanes y muertes. Las autoridades del fútbol inglés enfrentaron con resolución a esos grupos y en pocos años acabaron con la violencia en las canchas. Desde entonces, la experiencia inglesa se nombra como ejemplo a seguir para acabar con las barras bravas.

Pero no todos concuerdan con ese juicio.

Desde entonces, en los estadios ingleses no hay plazas de pie para los espectadores. Los aficionados que no acatan las órdenes de los guardias del estadio son desalojados inmediatamente, y un sistema de cámaras de monitoreo permite vigilar la conducta del público durante el partido.

Las medidas adoptadas para acabar con la violencia en los estadios han cambiado radicalmente la “cultura del tablón” inglesa. La fiesta del fútbol, opinan algunos, ha sido privada del marco de pasión que rodea –y debe rodear– a toda competencia deportiva. En otras palabras, el remedio ha sido más nocivo que la enfermedad a curar.

Hay sin embargo otra cuestión que no ha sido planteada, ni siquiera por los decididos políticos ingleses.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 22 de mayo de 2012.

¿Dónde trazar la línea divisoria entre las barras bravas y los hinchas comunes y corrientes? Se podría decir que la diferencia radica en que los primeros cometen actos delictivos, mientras los aficionados al fútbol no. Sin embargo, muchas de las conductas del hincha constituyen de hecho delitos. Insultar, amenazar, arrojar objetos a jugadores adversarios o a los árbitros, con el consiguiente riesgo de lesiones físicas serias, provocar a la hinchada contraria...

La lista de conductas del hincha común que podrían tipificarse como delictivas es larga.

Y aun prescindiendo del argumento legal, ¿no es éticamente deplorable proferir insultos, generalmente homófobos y sexistas, desde la tribuna frente a hijos, propios y ajenos, menores de edad? Dada la conducta del hincha común, tal vez no haya que lamentar tanto que las barras bravas alejen a las familias de las canchas.

Lo que distingue el modo de proceder de las barras bravas y el del hincha común es más bien una cuestión de grado que una diferencia substancial. Ambos tipos de conducta están enraizadas en la ideología machista y agresiva de algunos deportes de alta competitividad, entre los cuales el fútbol se destaca negativamente. Sin duda, las barras bravas exacerbaban los rasgos negativos del fútbol comercial y constituyen, por lo tanto, una caricatura de la ideología imperante en el deporte-espectáculo. Pero aun las caricaturas son reflejos de la realidad.

Si la violencia es inherente al fútbol, por lo menos en su manifestación presente, ¿qué hacer para contrarrestarla? Se podría creer que la razón del éxito de los dirigentes ingleses al combatir la violencia en el fútbol radica en diferencias de naturaleza entre los pueblos. Mayor nivel cultural, una actitud de civilidad incorporada en la gente, todos esos son factores que se supone permiten construir estadios sin alambrados ni fosas de protección y que no se produzcan invasiones del campo por parte de los hinchas.

Los factores culturales influyen seguramente en la conducta del espectador deportivo. Pero la violencia en el fútbol es por sobre todas las cosas un fenómeno político. Acabar o no con ella dependerá entonces de la voluntad política de quienes rigen los destinos del fútbol y del país.

En Inglaterra, no existían lazos políticos ni comunidad de intereses entre los *hooligans* y la dirigencia. En Argentina, en cambio, los miembros de las barras bravas viajan a certámenes futbolísticos por todo el mundo, pagados por el ente máximo del fútbol y los dirigentes de algunos clubes. Es difícil creer que esos beneficios no sean, de alguna manera, correspondidos. Siendo así, ¿es razonable esperar que la dirigencia actual esté dispuesta a acabar con un fenómeno que forma parte de su misma estructura de poder?

Fútbol vs. Lanata: escasa astucia táctica¹

Claudio M. Tamburrini

La decisión de la televisión oficial de transmitir el partido más importante de la fecha en el mismo horario que el programa de periodismo investigativo “Periodismo para todos” ha desatado una ola de opiniones encontradas. Eso constituye en sí un hecho positivo: en una sociedad es vital que se discutan las condiciones para el ejercicio de las libertades cívicas así como los límites del poder del Estado.

Las críticas se basan principalmente en la convicción de que es impropio utilizar el deporte con fines políticos.

Está todavía fresco en la memoria el intento de la última dictadura militar de capitalizar políticamente el Mundial 78 para afianzar su poder. “Los argentinos somos derechos y humanos”, proclamaba el “establishment” del periodismo deportivo de entonces, liderado por José María Muñoz, tratando de estigmatizar toda crítica al régimen militar como expresión de una campaña anti-argentina.

Ésa es sin embargo una convicción errónea. Lo criticable de la política mundialista del régimen de Videla no fue pretender utilizar el Mundial con fines políticos, sino el carácter aberrante de esos fines.

Así lo entendió el pueblo argentino, que acalló con una silbatina el discurso de Videla en la ceremonia inaugural.

Un ejemplo de utilización progresista del deporte fue el “picadito” organizado por algunos jugadores de la selección nacional de fútbol frente a la carpa de los maestros en Plaza Congreso hace 17 años. El 19 de mayo de 1997, los jugadores Juan Pablo Sorín (entonces de River), Néstor Fabbri y Roberto Pompei (Boca), Juan Fleita (San Lorenzo), Claudio García (Huracán) y Claudio Morresi (en la época técnico de las divisiones inferiores de Huracán) se enfrentaron a un equipo de maestros en un partido a plena calle dirigido por el árbitro Javier Castrilli y transmitido por los periodistas Adrián Paenza y Alejandro Apo.

¿Sería razonable criticar esa iniciativa de los futbolistas esgrimiendo la supuesta inocencia ideológica del deporte?

El deporte en general, y el fútbol en particular, son medios de expresión social y cultural con claro contenido ideológico y, como tal, un arma demasiado poderosa para dejarla en manos de los enemigos del campo popular.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 16 de junio de 2013.

¿Pero cómo hacer entonces para distinguir los usos apropiados de los usos aberrantes del deporte?

En casos evidentes, como lo fuera la dictadura militar, basta referirse a los fines políticos perseguidos para justificar el rechazo. Pero en situaciones de puja política más intrincada, como las que caracterizan el ejercicio de la política en democracia, a menudo no es posible visualizar un fin totalmente justo que se opondría a otro fin político claramente cuestionable. Se requiere entonces utilizar criterios complementarios.

Lo que diferencia la consigna “Los argentinos somos derechos y humanos” del picadito de los jugadores de la Selección con los maestros es que, en el primero de esos casos, se intentó desinformar a la opinión pública y sofocar el debate.

El partido frente a la carpa de los maestros fue, por el contrario, una invitación implícita a discutir la cuestión docente libre y ampliamente en el marco del ejercicio de las libertades democráticas.

En un caso, se pretendió reprimir las opiniones contrarias al régimen desinformando; en el otro, potenciar el intercambio de ideas mediante el libre debate.

¿Dónde situar la programación políticamente condicionada de los partidos de fútbol? Si nos referimos primero a su racionalidad, existen en verdad razones para dudar de la astucia táctica de sus propulsores. Si circularan versiones comprometedoras sobre mi conducta, sería contraproducente de mi parte actuar de una forma que contribuyera a propagar aún más esas versiones.

La medida adoptada por la televisión oficial generará más interesados en saber qué se trata de ocultar con ese cambio y constituye, por ende, un signo de torpeza mediática monumental.

Pero lo más preocupante es que esa medida, lejos de contribuir a fomentar el debate y la discusión generalizada, está pensada –por lo menos en su intención– para acallar las críticas y desviar la atención de la opinión pública hacia temas deportivos en vez de profundizar la reflexión sobre la conducta apropiada de los gobernantes.

Visto desde esta óptica, el cambio de programación decidido por la televisión oficial está más cerca de repetir la silbatina a Videla que de ser equiparada al gesto democrático del picadito frente a la carpa.

Fútbol federal, sin democracia ni debate¹

Claudio M. Tamburrini

La cúspide de la AFA fusionaría en 2012 el campeonato de Primera A y el de la B Nacional en un torneo con 38 equipos, previo ascenso de los primeros dieciséis de la segunda división.

El anuncio ha generado una tormenta de opiniones contrarias.

Aun si los lectores de Clarín no son totalmente representativos del espectro de opiniones a nivel nacional, la compacta resistencia a la reforma (90%, según las encuestas del diario) no puede ser ignorada.

Futbolísticamente se puede argumentar que la fusión sería positiva.

Los clubes de segunda división arrastran déficits económicos que amenazan su sobrevivencia.

Al acceder al fútbol grande, muchos de ellos –de larga tradición en el fútbol nacional– podrían obtener un respiro y salir adelante.

La fusión podría también fomentar la competitividad en los campeonatos.

La “equiparación hacia abajo” del fútbol nacional ha reducido las diferencias entre los otrora llamados equipos grandes y los equipos chicos.

La ampliación a 38 equipos podría hacer aún más imprevisible y emocionante el desenlace del torneo, coronando a Deportivo Merlo o a Almirante Brown como campeón del año. Los torneos serían aún más inmunes a la rigidez de algunos campeonatos europeos, en donde los ganadores están dados de antemano.

La reforma podría también contribuir a reforzar al equipo nacional. Curiosamente, en ninguna de las selecciones de primera línea del fútbol mundial participan jugadores de la segunda división.

Los seleccionadores parecen sufrir de una especie de miopía elitista: sólo consideran a los jugadores de la máxima categoría. Con 38 equipos se amplía la base de reclutamiento del equipo nacional. Quién sabe, tal vez haya un nuevo Messi jugando en algún equipo de la B Nacional, a la espera de ser descubierto y lanzado a las categorías superiores.

La ampliación del torneo máximo podría entonces tener el mismo efecto democratizador que tuviera en su momento la incorporación de los equipos del interior, iniciada parcialmente en 1967 y culminada 1985/86 con la creación del torneo de la B Nacional.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 29 de julio de 2011.

Con tantas ventajas deportivas, ¿cómo explicar entonces el fuerte rechazo aparentemente generado por el cambio anunciado por la AFA? Una cosa es un proyecto de reforma y otra cosa muy distinta es un cambio impuesto como hecho consumado. Además de los entretelones políticos de la fusión, sugeridos por el vocero oficial de la AFA al referirse a la necesidad económica (¿también política?) del Gobierno de mantener el valor de mercado del producto a vender a la televisión (léase: con Ríver en el escenario), la gente parece oponerse a un proyecto impuesto a los propios dirigentes de la AFA que no forman parte de su nomenclatura más cerrada.

Paradójicamente, una reforma en esencia democratizadora del fútbol nacional (más participación y exposición para los equipos económicamente más débiles) sería rechazada por el carácter antidemocrático de su gestación. Tales son los costos de la falta de democracia consensuada y de debate.

La gente no se opone a una estructura de fútbol federalizada, sino que expresa su repudio a una línea de conducción históricamente antidemocrática.

Hashtag, Mundial y brecha generacional en el fútbol¹

Claudio M. Tamburrini

Argentina debutó en el Mundial con un triunfo ante Bosnia–Herzegovina que despertó más dudas que esperanzas. Luego de comenzar el partido con un planteo defensivo (5–3–2), al iniciarse el segundo tiempo se cambió el esquema para jugar 4–3–3. En las conferencias de prensa que siguieron al partido, el entrenador Alejandro Sabella reconoció su “error”, hecho inusual en el ámbito del fútbol.

Aún más interesantes fueron sin embargo las declaraciones del capitán de la Selección, Lionel Messi, y de otros jugadores de peso, como el Kun Agüero, Di María y Pipita Higuaín. A través de sus tuits o en contactos con la prensa, todos enfatizaron lo positivo de haber cambiado de esquema en el entretiempo. Messi reforzó aún más este mensaje diciendo al día siguiente del partido que la Selección no debe volver a jugar según el planteo defensivo inicial. Muchos aficionados y periodistas han interpretado estas declaraciones como hechos positivos que indican la existencia de un diálogo abierto entre el plantel y el cuerpo técnico. El sincero reconocimiento del entrenador afirmando haberse equivocado en el esquema inicial también ha sido reivindicado como un gesto de madurez personal y responsabilidad profesional.

El diálogo que se debe haber producido entre entrenador y jugadores antes del segundo tiempo contra Bosnia no tiene nada de particular.

Los que hemos jugado al fútbol sabemos que ese tipo de discusión es común en los vestuarios. El técnico consulta los temas del equipo, sobre todo con los jugadores más experimentados, y saca sus conclusiones. El fútbol no se diferencia en ese sentido de otros trabajos en donde rige una cierta democracia laboral y las decisiones de los jefes se basan en el diálogo mutuamente enriquecedor con los subordinados.

Lo llamativo de los sucesos originados por el cambio de táctica del equipo argentino se refiere al carácter público de las opiniones de los jugadores. No han faltado las voces críticas de esa actitud. Algunos referentes históricos de nuestro fútbol han salido a cuestionar las declaraciones en los medios de Messi. Esas manifestaciones –afirman esos referentes– no pueden ser interpretadas de otra manera que como un cuestionamiento a Sabella que –independientemente de la intención con que hayan sido vertidas– no puede más que socavar su autoridad. Burruchaga y Ruggeri, dos campeones en México 86, defendieron a Sabella ante lo que consideraron un correctivo público de Messi. El autor del gol del triunfo en la final contra Alemania

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 29 de junio de 2014.

expresó: “Soy de los que piensan que estas cosas mejor se digan puertas adentro”, para concluir: “Nunca vi que Diego le dijera algo así a Bilardo en público. Y si lo hizo en la intimidad, nunca me enteré.” Ruggeri, por su parte, sentenció: “La conferencia de prensa de Messi fue terrible”. Otro histórico de la “generación Bilardo” pero del Mundial de Italia 90, Pedro Troglio, su sumó a las críticas al capitán de la selección y los jugadores que ventilaban sus opiniones ante la prensa al decir que “es una equivocación opinar en público sobre el sistema.” ¿Expresan estas posiciones dos éticas diferentes? Probablemente. Pero lo que sobre todo se percibe es una brecha generacional en el manejo mediático entre los referentes del equipo que disputa la copa mundial en Brasil y los jugadores de épocas anteriores.

Para los jóvenes que han crecido con los medios sociales, la realidad se genera interactuando con la red colectiva de contactos.

Lo que para un individuo de mediana edad o aún mayor es información privada, es para un joven habituado a relacionarse con los demás mediante los medios sociales simplemente un hecho cotidiano que adquiere realidad al ser confirmado por los comentarios de los receptores del mensaje. Estas actitudes generacionales contrapuestas se han visto plasmadas claramente en el incidente protagonizado por Marcelo Bielsa cuando dirigía al Athletic Bilbao. Uno de sus jugadores grabó una charla técnica en su celular y, sin consultarlo con el entrenador, la difundió a través de YouTube. Su intención fue buena, ya que la charla fue considerada brillante y el jugador quiso hacer saber al resto del mundo sobre la excelencia del técnico argentino. Pero su acción generó un conflicto.

Bielsa, desde la perspectiva de su generación, juzgó que cargar la charla en YouTube fue un acto de traición al sagrado secreto del vestuario.

El mismo secreto que defienden Burchugga, Ruggeri y Troglio.

¿Es mejor actuar como lo hiciera Messi? ¿O se debería ajustar la conducta al pacto de silencio que proclaman los referentes de las selecciones de fines del 80? La creación colectiva de la realidad en las redes sociales es un hecho inevitable. Como tal, afianza no solo la democracia laboral (los dirigidos discuten las decisiones con los dirigentes) sino también la democracia mediática global al hacer accesible las políticas a implementar a la totalidad de los actores de las redes sociales. ¿Contribuirá este fenómeno a tomar decisiones mejor fundadas? ¿O se corre el riesgo de que, al recibir el retorno de las diversas redes, la decisión del conductor se vea influida por factores irrelevantes como la popularidad de un cierto sistema de juego?

La eliminación de la España dirigida por Del Bosque, el anunciado retiro de Fabio Capello y, en general, las dificultades de las selecciones nacionales dirigidas por entrenadores sexagenarios –como ejemplo, la eliminación del Uruguay de Tabárez– anuncian un recambio generacional entre los entrenadores. El fútbol de la próxima

década estará en manos de quienes se adapten a la realidad virtual en la que ya estamos inmersos. Un entrenador formado en la era pre-mediática tiene dificultades para comunicar sus conceptos a una generación de jugadores forjada mentalmente en las redes sociales.

Por esa razón, cuando se busque al sucesor de Sabella la AFA debería anunciar: “Se busca entrenador de fútbol, con experiencia pero no mayor de 45 años, familiarizado con el manejo de los medios sociales”. Y antes de finalizar el primer tiempo de un partido complicado, el propio entrenador podría escribir en su Twitter: Hashtag/“Equivocé táctica de juego. Se vienen cambios en el descanso. Vamos Argentina!”

Segunda parte: Otras consideraciones deportivas

Género y deporte

Atletas sin segregación sexual ni límite biológico¹

Claudio M. Tamburrini

El deporte de alto rendimiento ha tenido transformaciones radicales durante el último siglo. Nuevas técnicas de entrenamiento, la irrupción del mercado con el superprofesionalismo y la sponsorización, la creación del deporte-espectáculo impulsado por la televisación global, todos esos fenómenos le harían muy difícil a un deportista de principios de siglo reconocerse en el deporte de hoy. ¡Baste pensar solamente en las diferencias tácticas, técnicas y físicas entre el viejo Alumni y el actual Barça de Messi y el Pep Guardiola! Los románticos del deporte afirman que “atletas eran los de antes”, los que competían por amor a la camiseta. Creen también que la verdadera excelencia deportiva se manifiesta en quienes exigen sus cuerpos sin asistencia tecnológica ninguna. Polémica tan apasionante como infructuosa, ya que el deporte no tiene una esencia fija e inmutable, sino que –como toda actividad social y cultural– evoluciona constantemente. Otra época, otro paradigma del deporte; ni mejor ni peor que el de antaño, simplemente una manera diferente de practicar el juego.

¿Cómo será el deporte dentro de 200 años? En primer lugar, el deporte de alto rendimiento estará reservado sólo a quienes hayan mejorado sus cualidades físicas innatas mediante la tecnología genética. Se acrecentará entonces la brecha entre las aptitudes físicas del deportista profesional y las de los individuos comunes. Una clase de superatletas post-humanos, preparados técnica y genéticamente desde pequeños para el deporte, trascenderá los límites biológicos de la especie. Este escenario, objetarán algunos, jamás será realidad. ¿No existe acaso en el deporte una categorial prohibición de la utilización de la tecnología genética con fines no-terapéuticos? En el siglo XXIII, la mayor parte de la humanidad tendrá acceso a las técnicas genéticas, de la misma forma que hoy los antibióticos –a mediados del siglo XX privilegio de sólo una parte de la población del globo– benefician prácticamente a todos los habitantes del planeta. De persistir los organismos rectores del deporte en proscribir el uso de técnicas de mejoramiento genético, se instauraría paradójicamente un deporte de “élite” constituido por individuos físicamente discapacitados, en comparación con el resto de la población genéticamente mejorada. Se deduce de este argumento que la prohibición de la genética con fines no terapéuticos en el deporte tiene, si no los años, al menos las décadas contadas.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 25 de mayo de 2010.

En segundo lugar, quien quiera identificarse y disfrutar del deporte del futuro tendrá que despojarse de todo prejuicio sexista. No sólo advendrá el fin de la segregación sexual en el deporte, con hombres y mujeres compitiendo entre sí. Las competencias estarán además abiertas a otras categorías sexuales y genéricas hoy no reconocidas por la nomenclatura del deporte. Transexuales (los que han cambiado de sexo biológico) e intersexuales (los que, como Caster Semenya, poseen naturalmente características de ambos sexos) medirán sus fuerzas y aptitudes en pistas y campos de juego, junto a los atletas aún factibles de ser clasificados según la tradicional dicotomía sexual.

Pero las diferencias fisiológicas, y por ende de rendimiento, entre los sexos se diluirán al punto de ya no responder a los estereotipos biológicos y genéricos hoy vigentes. Las mujeres atletas tendrán la misma fuerza muscular y explosividad que los hombres. La testosterona dejará de ser patrimonio del “sexo fuerte”, cumpliéndose así la emulación histórica del físico masculino iniciada por las mujeres deportistas que, a fines de los años sesenta, fueron denostadas por entrenar con pesas para aumentar su masa muscular. Una nueva legión de Amazonas del deporte irrumpirá en los estadios y enfrentará de igual a igual, por primera vez en la historia de la humanidad, a sus pares masculinos. Y a los transexuales: Y a los intersexuales. Inversamente, la elasticidad, el balance y el ritmo dejarán de ser patrimonio exclusivo de las mujeres para convertirse en una posibilidad de elección real de los varones deportistas que, con la ayuda de la ingeniería genética, quieran descollar en las disciplinas deportivas hasta ahora dominadas por mujeres.

¿Le dará el público deportivo la espalda al deporte espectáculo del futuro? A juzgar por el exitismo que muestran los espectadores, no hay razón para suponer que los récords de los nuevos ídolos deportivos no serán celebrados con el mismo fervor y fanatismo. Pero esas marcas excepcionales ya no serán el producto de la lotería genética, sino el resultado de la planificación de un equipo de científicos del deporte abocados a maximizar el rendimiento del atleta. Para algunos, este escenario, en parte ya una realidad, es sombrío. En otro aspecto, la revolución genética democratizará el mundo del deporte. El rasgo más saliente del deporte actual es la admiración fascistoide del más fuerte, del ejemplar más apto en la lucha por la supervivencia. El vencedor es elevado a la categoría de héroe, mientras los derrotados son vilipendiados o, en el mejor de los casos, tratados con indiferencia, sea cual sea el esfuerzo realizado. Al lector que dude de este hecho sociológico bástele sólo preguntarse si daría prioridad a una competencia de deporte paraolímpico, o un campeonato femenino o de veteranos, en vez de asistir a las exhibiciones de superioridad genética de Usain Bolt y Michael Phelps. En el paradigma de la tecnología genética, esa admiración fascistoide por el más fuerte será debilitada. Después de todo, ¿por qué

admirar a alguien que ha sido programado para la victoria por un laboratorio fármaco-genético?

En el deporte del futuro, la especie se superará a sí misma y tomará pleno control de su desarrollo biológico y psíquico por encima de los caprichos de la naturaleza o -para quien prefiera esos términos- de la injusticia inescrutable de la Creación.

Ni un pelo de lenta¹

César R. Torres

Dutee Chand es una de las jóvenes promesas del atletismo indio. Hace dos años se consagró campeona nacional sub-18 de los 100 metros llanos. El año pasado no sólo repitió el logro en la categoría mayores, sino que también se consagró campeona nacional de los 200 metros llanos en la misma categoría. Asimismo, obtuvo la medalla de bronce en el Campeonato Asiático de Atletismo en los 200 metros llanos. Dado su rendimiento ascendente, la Federación India de Atletismo incluyó a Chand en el equipo que competiría en los Juegos del Commonwealth, evento deportivo que reúne a los países que comparten lazos históricos con el Reino Unido, realizados en Glasgow entre el 23 de julio y el 3 de septiembre.

A pesar de sus logros, pocos días antes del inicio de los Juegos, Chand fue desafectada del equipo al ser considerada inepta para participar en competencias femeninas. Los estudios médicos requeridos por las autoridades deportivas indias a las deportistas de su país que competirían en Glasgow determinaron que Chand presentaba hiperandrogenismo, circunstancia que aumenta la producción típica de testosterona. Desde el 2011 y el 2012, respectivamente, la Asociación Internacional de Federaciones de Atletismo (AIFA) y el Comité Olímpico Internacional (COI) establecen que si una deportista posee un nivel de testosterona considerado masculino, ésta debe ser excluida de toda competencia femenina. Para ser readmitida, la deportista debe someterse a un tratamiento quirúrgico o farmacológico para reducir su nivel de testosterona al considerado femenino. La “propuesta terapéutica” es desarrollada por un equipo médico seleccionado por la federación deportiva interviniente. En caso de que la deportista se niegue a aceptarla le estará permanentemente prohibido participar en competencias femeninas.

Con esta regla tanto la AIFA como el COI intentan asegurarse que las competencias femeninas sean justas. La racionalidad que subyace a esta norma es que un alto nivel natural de testosterona provee a las deportistas que lo poseen de una ventaja injusta sobre el resto de las deportistas, lo que justificaría la intervención médica, ya sea quirúrgica o farmacológica, si éstas pretenden continuar con su carrera deportiva. Si bien la promoción de competencias femeninas justas es un objetivo

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 29 de septiembre de 2014.

loable, esta regla es tanto inconducente como improcedente, por razones científicas pero también de justicia.

En primer lugar es importante destacar que parte de la comunidad científica desconfía de la presunción de que la testosterona mejora el rendimiento deportivo. Como argumentan Katrina Karkazis y Rebecca Jordan-Young, una serie de estudios recientes cuestiona la noción de que las diferencias de rendimiento entre los hombres y las mujeres estén relacionadas con el nivel de testosterona. Por ejemplo, un artículo publicado este año por Marie-Louise Healy y un grupo de colaboradores en la revista *Clinical Endocrinology* muestra que el nivel de testosterona no puede predecir qué deportista rendirá en forma superior. Estos investigadores especulan que la masa muscular magra podría explicar mejor las diferencias de rendimiento y concluyen que la determinación de elegibilidad para participar en competencias femeninas en base al nivel de testosterona es insostenible. En pocas palabras, la supuesta ventaja que otorgaría poseer un alto nivel de testosterona podría no ser tal.

Sin embargo, incluso si la testosterona mejorase el rendimiento deportivo, existen otras razones para impugnar el tratamiento que reciben las deportistas como Chand. El mundo deportivo, especialmente en el alto rendimiento, acepta y celebra las ventajas que la “lotería genética” otorga arbitrariamente a algunas personas y que les permiten ser exitosas en el citado mundo. Por ejemplo, en el básquetbol la altura es una característica insoslayable para acceder a las categorías de mayor excelencia. A pesar de la ostensible ventaja que una altura por sobre la media de la población otorga en este deporte, las autoridades deportivas no han sugerido implementar estrategias para reducir la altura de los jugadores y así facilitar que las personas desfavorecidas en este sentido accedan a dichas categorías. Cabe preguntarse cuál es la diferencia entre la altura de un basquetbolista y el nivel de testosterona de una velocista como Chand. ¿Qué convierte a éste y no a aquélla en una ventaja injusta? Hasta tanto las autoridades deportivas no expliquen el tratamiento diferenciado de las desigualdades anatómicas y fisiológicas personales que inciden en el rendimiento deportivo, examinar el nivel de testosterona de las deportistas e intimarlas a que lo reduzcan, si éste es considerado elevado para permitirles continuar compitiendo, es rotundamente arbitrario. Tanto el tratamiento quirúrgico como el farmacológico presentan serios riesgos para la salud de las deportistas.

El examen de testosterona es sólo implementado si hay sospecha o queja de que una deportista no es una mujer. En general, como han observado varias periodistas, académicas y activistas, el fundamento para solicitar el examen es el aspecto “masculino” de las deportistas en cuestión. Esto revela tanto la ansiedad que aún genera la “diferencia” en temas de género como la presión que existe en el ámbito deportivo para adecuarse a la heteronormatividad vigente en la sociedad. Como

resaltan Karkazis y Jordan-Young, las mujeres con rasgos intersexuales tienden a poseer los niveles de testosterona más altos y son éstos los casos que las autoridades deportivas pretenden “corregir” para que se adecuen al binarismo hombre-mujer. Obviamente, esta regla discrimina negativamente a las deportistas que no lucen lo suficientemente “femeninas” y producen un alto nivel de testosterona. ¿Qué tan “femenina” debe ser una deportista para calificar como mujer? Además de la discriminación y los estereotipos reproducidos por este tipo de reglas, se ha demostrado que la “reprobación” de los exámenes de género en el deporte causa daños significativos a las deportistas, cuyas vidas y las de sus familias son trastocadas en formas insospechadas. Por otro lado, es probable que estos exámenes contraríen las legislaciones nacionales e internacionales que protegen la privacidad y la identidad de género.

En un cambio de posición tan radical como inesperado, las autoridades deportivas indias pasaron de desafectar a Chand del equipo de atletismo que competiría en los Juegos del Commonwealth a sostener que el nivel de testosterona de las deportistas no es una medida apropiada para determinar si son elegibles para participar en competencias femeninas. La Autoridad Deportiva de India (ADI), institución que supervisa el deporte en ese país, ha declarado que las deportistas no son culpables de poseer un alto nivel de testosterona. Tampoco son culpables de ser altas o contar con una amplia capacidad pulmonar. Es decir, la ADI pone en tela de juicio la noción de ventaja natural injusta. También sería oportuno poner en tela de juicio las ventajas socioeconómicas injustas que inciden en el rendimiento deportivo. Aparentemente, Chand apelará la sanción. La razón está de su lado: es inadmisibles intimarla a que se someta a un tratamiento médico innecesario para cumplir con una definición arbitraria y discriminatoria de feminidad o que abandone su carrera deportiva.

Las autoridades deportivas promueven el dopaje¹

Claudio M. Tamburrini

En la mayoría de las áreas sociales, los hombres y las mujeres actúan juntos. La integración sexual es un indicador del nivel de democracia alcanzado por una sociedad y señala también el grado en que ha avanzado el trabajo en pos de la equidad genérica. La excepción es el mundo del deporte. Dejando de lado algunas pocas disciplinas deportivas, no se permite a las mujeres y a los hombres medir sus fuerzas entre ellos en las competiciones deportivas. Esta segregación no es sólo un hecho, sino que es también defendida por la mayoría de los actores del mundo deportivo, tanto practicantes, público como funcionarios.

¿Por qué existe la segregación sexual en el deporte de alto rendimiento? Expresado de manera un poco simplificada se podría decir que la razón de esa segregación es la existencia de los andrógenos (hormonas sexuales masculinas), en particular la testosterona. La testosterona incide en el volumen de la masa muscular, la cantidad de glóbulos sanguíneos, el tamaño del tórax y otros factores fisiológicos decisivos para la obtención del éxito en ciertas disciplinas deportivas. Normalmente, los varones tienen niveles de andrógenos mucho más elevados que las mujeres. Esta diferencia fisiológica hace que los hombres sean dominantes en los deportes de fuerza en los cuales la masa muscular, la altura y la velocidad son decisivas, a pesar de que tanto hombres como mujeres utilizan el mismo equipamiento, entrenan según métodos similares y realizan los mismos esfuerzos y sacrificios. Si los varones y las mujeres tuvieran los mismos niveles de hormonas andrógenas, no sería necesario segregar sexualmente en el deporte de élite.

Sin embargo, las divisiones por sexo no son, como es sabido, fáciles de establecer. Aún cuando sea posible remitir ciertos individuos decididamente a la categoría de “hombres” y a otros a la de “mujer”, es difícil determinar la pertenencia sexual de los individuos que no se encuentran en los extremos de esa escala sexual. Las zonas grises son numerosas y la línea que define la pertenencia sexual –aún en los deportistas de élite– es por esa razón difusa.

¿Cómo debe el mundo del deporte tratar a los atletas intersexuales, es decir, a las personas con una pertenencia sexual no definida? La cuestión se actualizó cuando la atleta sudafricana Caster Semenya ganó con total superioridad la carrera de 800 metros en el Campeonato Mundial de Atletismo de Berlín en agosto del 2009. Se sospechó entonces que fuera en realidad hombre y por esa razón se la suspendió de

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Sans Magasin* (Estocolmo, Suecia), julio de 2012.

toda forma de competencia durante algo más de un año, hasta que la Asociación Internacional de Atletismo y el Comité Olímpico Internacional decidieron que era lo suficientemente mujer como para poder competir nuevamente como tal. El caso Semenya llevó a la adopción de una nueva reglamentación que afecta directamente a las mujeres atletas intersexuales. Según la nueva normativa, se le prohíbe a una atleta que obtenga ventajas deportivas a causa de su hiperandrogenismo (niveles demasiado altos de hormonas masculinas) competir, a no ser que se someta a un tratamiento hormonal –una “cura” con la hormona femenina estrógeno– con el fin de reducir el nivel de hormonas masculinas. En caso de que esto no fuera suficiente, la atleta deberá someterse a una intervención quirúrgica que le permita ser aceptada nuevamente en las competiciones. Las atletas intersexuales son entonces víctimas de estas imposiciones, a pesar de que sus niveles de andrógenos son congénitos (es decir, a pesar de que han nacido de esa manera). La nueva reglamentación –que se ha comenzado a aplicar en otras disciplinas deportivas– es justificada por la necesidad de asegurar condiciones competitivas justas entre los atletas. ¿Es esta nueva normativa razonable?

Tres estrategias posibles

Se pueden distinguir tres estrategias diferentes para tratar el fenómeno de las mujeres atletas intersexuales. La primera sería incorporar más divisiones por clases. Los atletas no serían entonces separados por sexo biológico, sino por ejemplo sobre la base de sus niveles de testosterona. Los que caen por encima de un cierto límite competirían como “hombres” (o como se los quiera denominar), independientemente de la estructura cromosómica o los órganos sexuales que pudieran a tener. Y los demás atletas que cayeran por debajo de ese límite competirían como “mujeres”.

Tal política chocaría sin embargo con dificultades prácticas casi insuperables. Primeramente, la testosterona conlleva ciertas ventajas fisiológicas durante la edad del desarrollo físico que persisten aún después de que la testosterona haya desaparecido del organismo. Un atleta podría entonces estimular el crecimiento muscular durante la pubertad pero no obstante eso podría competir como “mujer” en la edad adulta.

En segundo lugar, el efecto de la testosterona varía según la calidad de los receptores de testosterona del individuo. Por ejemplo, los atletas que padecen el denominado “síndrome de insensibilidad andrógena” obtienen pocos o ningún beneficio de la ingestión de testosterona. Este hecho indica que la equiparación hormonal propuesta requeriría también una evaluación de la ductilidad de los receptores de andrógenos de los atletas. En la actualidad, esto es muy difícil de hacer.

Por último se podría objetar que la prohibición de competir como mujeres impuesta a las atletas con altos niveles de testosterona crea una situación peculiar y bastante injusta, a saber, que algunas de esas mujeres serán ubicadas inmediatamente encima del límite establecido para las categorías “hombre” y “mujer”, lo cual implicaría ser degradadas de la noche a la mañana de la categoría de campeonas imbatibles a la de perdedoras consecuentes en la categoría “masculina”.

¿Deberíamos entonces aceptar la solución propuesta por la nomenclatura del deporte, es decir, obligar a las atletas intersexuales a someterse a un tratamiento de estrógenos para poder competir? Esa política es de hecho contraria al actual programa antidopaje. Según las directivas formuladas por la Agencia Mundial Antidopaje (World Anti-Doping Agency), se puede incorporar una sustancia o un método de entrenamiento a la lista de dopaje si al menos dos de las siguientes tres condiciones están cumplidas: 1) la sustancia o el método proporciona una ventaja competitiva, 2) conlleva riesgos para la salud de quien la utiliza y 3) es contrario al espíritu del deporte.

El tratamiento con estrógenos conlleva riesgos medicinales. Está debidamente documentado que puede ocasionar cambios en el humor de las personas, problemas para dormir y un incremento en el riesgo de ser afectado por coágulos sanguíneos. En ciertos estudios se ha llegado a sospechar que las mujeres que utilizan estrógenos corren incluso mayor riesgo de ser afectadas por cáncer de mamas. Por estas razones, el organismo de salud de la Unión Europea hace algunos años ha modificado sus recomendaciones y propaga ahora que se proporcione estrógenos solamente a las mujeres con serias dificultades menopáusicas, en dosis bajas y por poco tiempo. En segundo lugar, esta normativa es también contraria al espíritu del deporte, ya que implica que las deportistas por vía artificial incorporan una sustancia artificial para el cuerpo con el objetivo de modificar sus niveles hormonales naturales. En otras palabras, la “cura” de estrógenos propuesta por las autoridades deportivas internacionales a las atletas intersexuales cumple con dos de los tres requisitos necesarios para incorporar una sustancia o método de entrenamiento a la lista de dopaje.

¿Es el intersexualismo una enfermedad?

Está permitido dar hormonas de crecimiento a un deportista hipodesarrollado, como por ejemplo se hiciera con Lionel Messi durante sus primeros años en el FC Barcelona. Pero es difícil entender la racionalidad terapéutica de someter a Caster Semenya y a otras atletas intersexuales a tratamientos hormonales. ¿O tal vez el Comité Olímpico Internacional piense que una mujer con aspecto masculino es enferma?

Eso es justamente lo que han afirmado algunos representantes de la nomenclatura del deporte en un artículo de debate publicado en Dagens Nyheter el 2 de agosto del 2011. Según Arne Ljungqvist, Angelica Lindén Hirschberg y Martin Ritzén, los valores fisiológicos diferentes de las atletas intersexuales implican que sufren de una enfermedad. La alta producción de hormonas andrógenas de ciertas mujeres vuelve sucesivamente sus cuerpos más masculinos. Entonces, según estos debatedores, se justifica obligar a las atletas intersexuales a someterse a un tratamiento para poder competir. Ese tratamiento, afirman, no ocasiona ningún daño, ya que el tratamiento de estrógenos más común que “en primera instancia” se aplicaría en casos de hiperandrogenismo consistiría en ingerir píldoras anticonceptivas. Naturalmente, uno quisiera saber algo más acerca de cómo serían tratadas las deportistas cuyo hiperandrogenismo no es susceptible de ser tratado simplemente con píldoras anticonceptivas. Recordemos que el Comité Olímpico Internacional no excluye intervenciones quirúrgicas como “solución”.

Pero el problema mayor originado por la nueva normativa es la concepción antidemocrática que la misma expresa. En Suecia, como en la mayoría de los países, los pacientes tienen derecho a rechazar un tratamiento médico que les haya sido propuesto. Con ciertas excepciones –por ejemplo, las disposiciones incluidas en la ley sueca de Protección contra las Infecciones– este derecho es inalienable. ¿Por qué razón no se debería permitir competir a una mujer que ve su hiperandrogenismo como (al menos parcialmente) funcional –le permite por ejemplo ser una deportista excelente– y se niega por lo tanto a someterse a tratamiento? Responder a este cuestionamiento estigmatizando a las atletas intersexuales como enfermas hace pensar en la época en que la homosexualidad era vista como una enfermedad. Las mujeres deportistas intersexuales no son enfermas; son simplemente mujeres diferentes en relación a las concepciones sexuales y genéricas vigentes.

La tercera y última estrategia para tratar el fenómeno de las atletas intersexuales sería no tomar ninguna medida y permitirles simplemente continuar compitiendo con sus compañeras “normales”. La mayoría de las personas aficionadas al deporte sería presentaría una objeción evidente: tal política implica lisa y llanamente dejar de lado el ideal de competición en igualdad de condiciones, las atletas con hiperandrogenismo tienen innegablemente ventajas debido a su mayor cantidad de testosterona. ¿Pero es esta objeción realmente válida?

Las condiciones naturales deben decidir la competición deportiva

La idea del deporte de alta competencia consiste en que el mejor atleta salga victorioso. Los atletas de élite entrenan en líneas generales todos con igual esfuerzo y despliegan similar espíritu de competición y capacidad mental. En realidad, lo que destaca al ganador es el hecho de que es genéticamente superior a sus competidores. La razón por la cual, por ejemplo, el esquiador de fondo finlandés Eero Mäntyranta era imbatible en la década del 60 residía en una mutación genética que posteriormente se encontrara en su familia y que le otorgaba mayor capacidad de oxigenación. Tampoco se puede suponer que Usain Bolt sea el más veloz del mundo debido a que se entrena más que los otros corredores, sino que su supremacía se explica por su constitución física superior. A igualdad de factores externos (entrenamiento, esfuerzo, equipo técnico, etc.), la superioridad de los atletas victoriosos se debe en su mayor parte al hecho de que son, primordialmente, ganadores en la lotería genética.

Este orden de cosas no sólo es aceptado en el deporte de élite, sino que incluso puede ser considerado como la esencia misma del deporte competitivo. Quién por causas naturales (es decir, no de manera artificial) destaca como el mejor es también el más merecedor de la victoria. Y es justamente esta superioridad genética que es admirada y premiada en el deporte de élite.

¡A no ser que se trate de una atleta mujer! Porque en tal caso la identidad sexual de una puede ser cuestionada, una puede ser suspendida de las competiciones y ser obligada a realizar un tratamiento artificial como condición para poder seguir compitiendo. Al igual que Mäntyranta, Bolt y las otras estrellas del deporte, las atletas intersexuales son ganadores en la lotería genética. Pero en vez de ser admiradas por esta superioridad fisiológica, estas atletas son sancionadas por personificar –como portadores de la mejor condición genética– la idea misma del deporte competitivo y de élite.

Todos los atletas genéticamente superiores –no sólo las mujeres intersexuales– gozan de una ventaja competitiva en relación a sus rivales. ¿Debería por ejemplo obligarse a Usain Bolt y al nadador Michael Phelps a someterse a un tratamiento para neutralizar esa ventaja natural? Se hace difícil dejar de lado la sospecha de que el problema con las atletas intersexuales consiste más bien en que el tipo de ventaja que Semenya y otras atletas de similar condición poseen amenaza la estricta segregación sexual imperante en el deporte de élite.

El tratamiento de las atletas intersexuales por parte del Comité Olímpico Internacional es por lo tanto sexista. Sanciona además una suerte de “dopaje al revés”, destinado a disminuir el rendimiento deportivo de esas mujeres. La normativa del deporte está basada en una visión perimida de la pertenencia sexual y genérica. Urge por lo tanto implementar la democratización radical y profunda del mundo del deporte. Un paso en esa dirección sería poner mayores exigencias para poder recibir el apoyo económico que distintos gobiernos, entre ellos los países miembros de la Unión Europea, otorgan a las organizaciones deportivas y a la Agencia Mundial Antidopaje arguyendo que el deporte fomenta la salud de la población, un efecto que –por lo menos en relación al deporte de élite– está muy lejos de ser verdad.

¿No se debería suprimir la entrega del dinero de los contribuyentes a organizaciones cuyas decisiones contradicen elementales valores democráticos?

La Copa América y la Copa Mundial Femenina¹

César R. Torres

Para el universo futbolístico argentino la Copa América es el segundo torneo más importante a nivel de selecciones nacionales, sólo relegada por la Copa Mundial. Por ello no sorprende la atención que genera, máxime cuando Argentina es la sede del torneo. Ya desde hace un tiempo los medios de comunicación masiva advierten sobre la Copa América, sus coberturas especiales y todo tipo de promociones comerciales. Con el torneo comenzado, es de esperar que la atención se incremente. Por una u otra razón, el valor que se le asigna al torneo es tal que un periodista tituló recientemente una nota sobre el mismo “Fútbol con historias: Copa América, nuestro Mundial”. En su exageración, el tono del título denota la subordinación de aquella a éste.

Sin embargo, la preeminencia de la Copa Mundial por sobre la Copa América en el universo futbolístico argentino no es inequívoca, sobre todo si la Copa Mundial en cuestión es la femenina. Este año, la Copa Mundial Femenina se disputa en Alemania desde el 26 de junio al 17 de julio. Hace ya más de una semana que la alemana Birgit Prinz, la brasileña Marta, la estadounidense Abby Wambach y la sueca Caroline Seger, entre otras talentosas jugadoras, deleitan a la porción de la afición futbolística internacional que sigue los partidos. Al menos en Argentina, la prensa no informa acabadamente sobre el torneo y las vicisitudes de los dieciséis equipos participantes.

Se podría argumentar que la falta de interés en la Copa Mundial Femenina se debe a la ausencia del equipo nacional en el torneo. Empero, el argumento pierde fuerza cuando se considera que Argentina participó en las dos ediciones anteriores del torneo sin que dicha participación entusiasmara al universo futbolístico argentino. De la misma manera, la Copa América Femenina, de la cual hasta la fecha se realizaron seis ediciones, tampoco suscitó mayor interés en el ambiente futbolístico nacional. La perspectiva de género permite comprender mejor la situación.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *11WSports* (Buenos Aires, Argentina), 3 de julio de 2011.

Como han indicado varios investigadores (por ejemplo, Eduardo Archetti, María Graciela Rodríguez y Mariana Conde), el fútbol en Argentina es un universo simbólico dominado por narrativas y prácticas construidas por varones. A pesar de la predominancia masculina, el fútbol femenino ha logrado expandirse en Argentina, aunque moderadamente. Esta expansión marca tendencias contrapuestas. Por un lado, es formalmente inclusiva. Por el otro, se le otorga, en el mejor de los casos, un rol subalterno en relación al fútbol masculino o, en el peor, se la ignora. En esta operación, no sólo se reproduce el orden de género dominante sino que también se minimiza o desconoce el valor del fútbol femenino así como los saberes propios de este deporte materializados por las mujeres y sus sensibilidades hacia el mismo.

La prevalencia de la Copa América por sobre la Copa Mundial Femenina sugiere que modificar las narrativas futbolísticas en Argentina es, siendo optimista, tarea difícil. De cualquier manera, en su vigésimo aniversario, la Copa Mundial Femenina también sugiere la emergencia de una manifestación dinámica e influyente en el fútbol mundial. Entre otras cosas, prestarle atención al nivel de fútbol que las mujeres están desplegando en este momento en Alemania, requiere cuestionar el significado y las representaciones de la excelencia en todo el escenario futbolístico. En este sentido, las posibilidades para reimaginar las prácticas pueden ser variadas y provechosas.

Las bioamazonas¹

Claudio M. Tamburrini

En la gran mayoría de las disciplinas deportivas, no se permite a las mujeres competir con los hombres, no importa cuál sea su rendimiento. A diferencia de otras áreas profesionales, en el deporte la segregación sexual es aceptada por el público y aun por los mismos involucrados. El deporte es el último bastión del sexismo más recalcitrante.

Durante los últimos años, sin embargo, ha ganado terreno la idea de que no se justifica separar a los sexos en deportes, por ejemplo gimnasia y tiro, en los cuales las mujeres tienen un rendimiento similar al de los hombres. Perdura sin embargo la opinión de que se debe mantener la segregación sexual en los deportes en donde la masa muscular, la altura y la velocidad otorgan ventajas al sexo masculino. De otra manera, se dice, las mujeres tendrían que competir en inferioridad de condiciones.

Esa situación podría cambiar en el futuro gracias a la tecnología genética. En la actualidad, se conoce un número de genes reguladores de la producción de sustancias determinantes de características fisiológicas de gran relevancia para el rendimiento deportivo, como la producción de glóbulos rojos, necesarios para la oxigenación de la sangre, y la masa muscular. ¿Por qué no entonces permitir a las atletas que así lo deseen aumentar su masa muscular para poder competir de igual a igual con los hombres? Estas bioamazonas podrían disputar a sus rivales masculinos los privilegios que éstos tienen a causa de su predominio biológico congénito.

¿No sería más justo modificar las estructuras discriminadoras del deporte antes de aceptar manipular el cuerpo de las atletas? El feminismo conservador en el deporte propone redistribuir los beneficios del deporte en favor de las mujeres manteniendo las competencias sexualmente segregadas.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Perfil* (Buenos Aires, Argentina), 26 de noviembre de 2006.

El problema con esta posición es que, indirectamente, confirma el prejuicio de que las mujeres para afirmarse profesionalmente necesitan actuar en ámbitos protegidos de la competencia de los hombres. Es mucho más efectiva una política que facilite a las mujeres vencer a los hombres en sus propios reductos deportivos, antes inexpugnables. En la actualidad se fomenta la equiparación profesional de los sexos mediante distintas acciones políticas y sociales. La tecnología genética permitirá en el futuro ahondar ese esfuerzo mediante otros medios. Y, en realidad, las atletas ya vienen tratando de emular el físico de los hombres desde mucho tiempo. ¿Cómo entender si no el entrenamiento con pesas que las deportistas realizan hace décadas para tener más músculos?

Mujer entre hombres¹

César R. Torres

La participación de Annika Sorenstam en un torneo del circuito profesional de golf masculino de Estados Unidos ha generado sentimientos encontrados en el ambiente deportivo. Mas allá de comentarios, eslóganes publicitarios y de su desempeño en el campo del Colonial Country Club de Fort Worth, Texas, la incursión de Sorenstam en territorio definido como “masculino” invita a reflexionar si la diferenciación indistinta de todas las competencias deportivas en masculinas y femeninas es moralmente aceptable. La pregunta a plantearse es si la organización actual del deporte promueve o no la igualdad sexual.

Para aquellos que creen que el sexo de las personas no debería ser más importante que el color de los ojos en la organización de la sociedad, ofrecer versiones masculinas y femeninas de un mismo evento deportivo transgrede el principio de equidad sexual. Si bien este ideal es apropiado para la distribución de libertades civiles y derechos políticos, ignorar el sexo en el deporte tendría efectos devastadores para los logros que las mujeres han alcanzado en este ámbito. Considérese, por ejemplo, la baja representación femenina que las ligas profesionales de fútbol o golf tendrían si estos deportes no diferenciaban por sexo. Esto se debe a que la estructura de la mayoría de los deportes resalta exclusivamente atributos biológicos masculinos, como fuerza o velocidad.

Dada la importancia que el deporte tiene en la sociedad, el logro de la igualdad sexual en esta práctica corporal requiere advertir las diferencias biológicas entre sexos, examinar la estructura de los diversos deportes y organizar las competencias según estas dos variables. Esta no es tarea sencilla y su implementación no debe ser utilizada para justificar una “discriminación negativa” sino para promover oportunidades comparables para hombres y mujeres. Este ideal de igualdad sexual en el deporte favorece una “discriminación positiva” que acepta la distinción entre competencias masculinas y femeninas como así también abre la posibilidad de una “categoría inclusiva” cuando los requisitos específicos del deporte lo permiten. Así, las competencias de tiro con arco podrían integrarse mientras que las de fútbol o golf serían diferenciadas por sexo. Mas aún, este ideal promueve la creación y desarrollo de deportes que resalten las ventajas biológicas femeninas. Esto no impide que una

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Diario Deportivo Olé* (Buenos Aires, Argentina), 27 de mayo de 2003.

deportista como Sorenstam compare su talento con el de los hombres en deportes en los cuales está en supuesta “desventaja”.

Sorenstam simboliza la dedicación a la excelencia deportiva y por ello su esfuerzo debe ser celebrado. Quizás lo más importante de su decisión es que nos obliga a pensar qué hace diferentes a hombres y mujeres, cómo se construyen y valoran esas diferencias, y qué se requiere para lograr la igualdad sexual en el deporte. Sorenstam seguramente seguirá brillando en el circuito profesional femenino. Su experiencia debe recordarnos que la igualdad es compatible con el reconocimiento de las diferencias.

Ni una menos practicando deportes¹

César R. Torres

Aunque en la prensa nacional recibe una cobertura insignificante, desde 1991 la FIFA organiza cuatrienalmente la Copa Mundial Femenina. La séptima edición tiene lugar hasta el 5 de julio en Canadá. Probablemente las noticias sobre las ruindades de la FIFA conjurarán para que la cobertura de la Copa Mundial Femenina en la prensa nacional pase de insignificante a inexistente. Que la Argentina no se haya clasificado al torneo y que éste se superponga parcialmente con la cuadragésima cuarta edición de la Copa América, organizada por la sombría Conmebol y que será entre el 11 de junio y el 4 de julio en Chile, también imposibilitan la difusión y apreciación del fútbol femenino.

La invisibilidad del fútbol femenino en el país invita a reflexionar, entre otras cuestiones, sobre la participación femenina en actividades físicas o deportivas. Es tentador pensar a partir de experiencias exitosas como la de la selección femenina de hockey sobre césped que las mujeres argentinas realizan actividades físicas o deportivas habitualmente y en términos comparables a los varones argentinos. Lamentablemente los estudios disponibles indican lo contrario.

De acuerdo con la Segunda Encuesta Nacional de Factores de Riesgo (2011), la población argentina tiene una prevalencia de inactividad física alta (54,9 por ciento). Empero, dicha tasa es aún mayor en las mujeres (58,5 por ciento) que en los varones (50,8 por ciento). La disparidad en la Ciudad de Buenos Aires es una de las más acentuadas del país. Allí, la prevalencia de inactividad física en los hombres es del 36,2 por ciento, mientras que en las mujeres asciende al 49,3 por ciento.

Los niveles de inactividad física y disparidad de género en la participación en actividades físicas o deportivas son también notorios en la edad escolar. Un estudio publicado el año pasado por el Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina afirma que en los centros urbanos del país el 45,4 por ciento de los/as niños/as entre 5 y 17 años “registra niveles insuficientes de actividad física”. Asimismo, advierte “que las mujeres registran mayor propensión a la insuficiente actividad física que sus pares varones (11,7 puntos porcentuales menos)”. Según el estudio, el 58 por ciento de los/as niños/as entre 5 y 17 años no realiza actividades físicas o deportivas extraescolares. La Evaluación Nacional de la Aptitud Física llevada a cabo recientemente por el Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo corroboró

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 9 de junio de 2015.

estos valores. Por un lado demostró que el 46,7 por ciento de los varones y el 56,2 por ciento de las mujeres entre 13 y 14 años no realiza actividades físicas o deportivas extraescolares y, por el otro, que las “mujeres poseen un valor porcentual más alto de desinterés por la práctica deportiva extraescolar que los varones”.

En resumen, como indican los estudios disponibles, las mujeres argentinas realizan menos actividades físicas o deportivas que los varones argentinos y esta brecha se incrementa de modo notorio a medida que aumenta la edad. El desinterés femenino por la actividad física y el deporte relativo a los varones no responde a razones biológicas sino a una cultura que, dominada por un orden heteropatriarcal, construye y normaliza estas prácticas fundamentalmente como masculinas. Entonces, el desafío es pensar, diseñar e implementar lenguajes y estrategias para modificar la cultura deportiva prevaleciente que desanima, excluye, cosifica y discrimina la actividad deportiva femenina.

Los Juegos Olímpicos de la Juventud, a organizarse en Buenos Aires en el 2018, presentan una ocasión extraordinaria para visibilizar el deporte femenino y ampliar las oportunidades para que las jóvenes argentinas realicen actividades físicas o deportivas y éstas se conviertan en espacios sustentables de empoderamiento individual y social. Un universo deportivo igualitario e inclusivo en el que todas tengan la oportunidad de participar libremente y beneficiarse de dicha participación es posible. Por lo pronto, es necesario instalar el diálogo que promueve la acción. La Copa Mundial Femenina es una excelente oportunidad para hacerlo. ¿Se aprovechará? No estaría mal recordar que para muchísimas vidas sería muy bueno que así fuera.

Valores y deporte

El verdadero valor del deporte¹

César R. Torres

En un escrito publicado una semana atrás en The New York Times, Les Dreyer, un violinista jubilado de la Metropolitan Opera Orchestra, dice haber temido que la música clásica estuviera condenada en los Estados Unidos en el momento en que un alumno de escuela primaria le preguntó si Richard Wagner era un lanzador de los New York Yankees, uno de los dos equipos de béisbol profesional de esa ciudad. Dreyer no atribuye el moribundo estado de la música clásica a la prevalencia del deporte en la sociedad contemporánea. Sin embargo, la anécdota implica una postura que entiende al deporte como una actividad baladí, sobre todo cuando se lo compara con la música u otras expresiones artísticas. ¿Habría pensado lo mismo Dreyer si el alumno le hubiera preguntado si Wagner era miembro del New York City Ballet?

El menosprecio del deporte no es nuevo. Baste una muestra: Jorge Luis Borges consideraba que los deportes eran actividades de insensatos y que los ingleses deberían ser criticados por haber propagado globalmente tantos juegos estúpidos. Presumo que una versión moderada de esta visión aún cuenta con numerosos adherentes, ya que no es infrecuente, por ejemplo, escuchar con marcado desprecio que el fútbol se reduce a once jugadores contra otros once corriendo detrás de una pelota. Dicho menosprecio es injustificado. Aunque una defensa completa excede este espacio, a continuación se presentan tres argumentos en este sentido.

En primer lugar vale la pena recordar, a partir del trabajo del filósofo escocés Alasdair MacIntyre, que el deporte, al igual que el arte, es una práctica social. Vale decir que el mismo es una actividad coherente y compleja de carácter cooperativo con bienes internos (aquellos que sólo se materializan por medio de la práctica en cuestión) y estándares de excelencia. Los dos últimos elementos son especialmente importantes porque al constituir las y definir las proveen a las prácticas sociales con una identidad propia y única. Involucrarse en una práctica social implica reconocer sus bienes internos y estándares de excelencia, comprometerse a cultivarlos y ennobleclos, aceptar ser juzgado en función de los mismos y respetar a la comunidad de practicantes que también permite su existencia, manutención y avance. Podría decirse que en tanto práctica social, el deporte representa un “estilo de vida” signado por la búsqueda de la excelencia atlética y, consecuentemente, por el ejercicio

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 5 de diciembre de 2012.

y la extensión de las capacidades y virtudes necesarias para lograrla. Así, el deporte facilita, tanto como el arte, la noble aspiración del rendimiento excelso.

De lo afirmado anteriormente se desprende un segundo punto importante. El deporte no sólo es compatible sino que requiere y activa la actitud estética. Los bienes internos y estándares de excelencia constitutivos y definitorios de cada deporte conforman sus atributos estéticos porque son intrínsecos a los mismos e identificados como dignos de atención sostenida por la comunidad de practicantes. El placer y los juicios estéticos emergen desde y retornan a estos atributos. Tanto los deportistas como los aficionados, al igual que los periodistas especializados, interpretan al deporte estéticamente. Esto es así porque su accionar y sentimiento están causados y dirigidos hacia los atributos intrínsecos del mismo, considerados dignos de atención sostenida. Por ejemplo, el lamento semanal por la carencia de “buen” fútbol en el torneo de Primera, ése que muchos especialistas defienden en este diario como “el que le gusta a la gente”, manifiesta la actitud estética. Nada de lo expresado sugiere que el deporte sea arte. Se menciona la faceta estética para resaltar que los amantes del arte y del deporte comparten más de lo que suele creerse. En cierta medida, las valoraciones que se ejercen en la tribuna y en el museo son de carácter similar.

Un tercer argumento también está relacionado con la articulación del deporte como práctica social y la preponderancia de sus bienes internos y estándares de excelencia constitutivos y definitorios. El filósofo estadounidense William J. Morgan afirma en un trabajo reciente que la buena vida incluye el compromiso de todo corazón (*wholehearted engagement*) en alguna actividad. Este compromiso, apasionado, consciente, atento y comunitario, orienta y enriquece la existencia humana. Asimismo, Morgan afirma que el deporte es una de las pocas actividades en las que dicho compromiso es tanto visible como valorado. Y es especialmente apto para el compromiso de todo corazón porque al focalizar en los bienes internos y estándares de excelencia su lógica invierte el instrumentalismo vigente en la sociedad. Es decir, para dedicarse de lleno al deporte se debe estar motivado y valorarlo principalmente por lo que es y no por los valores externos, como el dinero o la fama, que su práctica posibilita. Piénsese en la satisfacción de una jugada colectiva bien ejecutada y, más ampliamente, en el valor de una vida dedicada a perfeccionar el fútbol. En este sentido, el deporte es tan capaz de inspirar una vida buena como el arte, con la ventaja de su popularidad y de que su lenguaje de juicio y apreciación está al alcance de muchas más personas.

Claramente, el deporte está lejos de ser una actividad baladí e infértil. Es indudable que su práctica y organización están plagadas de problemas y excesos variados. Lo mismo puede decirse de la música y otras expresiones artísticas. La vida de Wagner, su obra y el uso que le dio el nazismo lo ejemplifican. Pero esto no invalida el potencial del arte ni el del deporte. Otro Wagner, Billy, ejemplifica este potencial: fue un eximio lanzador que en 15 años de carrera “salvó” más de 420 partidos y participó en siete juegos de las estrellas. Entre 2006 y 2009 lanzó para los New York Mets, el otro equipo de béisbol profesional de esa ciudad. Quizás el alumno citado por Dreyer haya pensado en Billy cuando le preguntó si Wagner era lanzador de los New York Yankees. Ciertamente, el béisbol había captado su atención de manera que la música clásica no lo había hecho. Sería oportuno que el alumno y Dreyer pudieran reconocer que tanto el deporte como el arte nos permiten, parafraseando al escritor Juan Sasturain, la aventura de descubrir un sentido. Para ello también hay que despojarse de algunos prejuicios. Caso contrario, el talento y los logros de la pianista Martha Argerich, por poner un ejemplo, seguirán siendo preponderados sin mayor justificación por sobre los del futbolista Lionel Messi.

No hay pasiones inocentes¹

Claudio M. Tamburrini

En Portugal se disputó el campeonato europeo de fútbol, el tercer evento deportivo en importancia después de la Copa del Mundo y los Juegos Olímpicos. Miles de espectadores presenciaron los partidos en los estadios y cientos de millones lo siguieron por televisión. A la gran mayoría de ellos, incluidos los lectores de esta nota, su interés deportivo no les resulta problemático. Sentados en un sillón de la sala, se apasionan por las jugadas de sus ídolos creyendo hallarse en una “zona franca”, éticamente hablando.

Se equivocan. La afición por el deporte es una actividad que dista mucho de ser moralmente inocente. No es cuestión de la violencia que a veces se desata en algún evento deportivo. Más bien, se trata de cuestionar las actitudes y los valores que nosotros, el público, manifestamos. Nuestra afición deportiva es moralmente sospechosa porque expresa y refuerza formas de nacionalismo antidemocrático y valores elitistas y sexistas.

Algunos autores afirman que el deporte moderno, lejos de fomentar sentimientos nacionalistas agresivos, cumple una función democratizadora en el campo internacional. El deporte es una forma especial de la narrativa de un pueblo, a través de la cual éste despliega su idiosincracia social y su carácter moral. La apropiación de este proceso por parte de las nuevas naciones, se afirma, ha permitido a los países emergentes vencer a las antiguas metrópolis coloniales “en su propio juego”, en una práctica de autoafirmación que conlleva reconocimiento internacional y el reforzamiento de la identidad y dignidad nacional.

Pero las victorias deportivas de las naciones emergentes no originan ninguna democratización internacional. En el mundo del deporte, el poder económico se ha concentrado en manos de unas pocas empresas deportivas internacionales, entre ellas el Comité Olímpico Internacional y la FIFA, caracterizadas por los escándalos de corrupción. Este fenómeno ha reforzado sin duda la subordinación de los países periféricos al poder económico internacional.

¹ Este artículo fue publicado en *Fórum 2004, Barcelona, 9 mayo–26 septiembre 2004* (Buenos Aires, Argentina), julio 2004.

Esta realidad económica reduce también el eventual efecto positivo de las victorias deportivas de las naciones emergentes. Si el deporte es una narrativa social que fortalece el sentimiento de dignidad nacional y otorga reconocimiento internacional, entonces el nacionalismo de los países centrales –expresado en el manejo centralizado y antidemocrático de los asuntos del deporte– frustra las justas aspiraciones de las naciones emergentes.

En respuesta a esta crítica, se podría decir que las actuaciones deportivas sobresalientes expresan no sólo superioridad física. Reflejan también sacrificios personales, esfuerzo y coraje para enfrentar desafíos, capacidad de llevar a la práctica una estrategia efectiva y un plan de acción conducente a la victoria. Siempre que sea merecido, un triunfo deportivo ofrece, entonces, evidencia de destrezas y excelencias (tanto de carácter físico como mental y moral) que trascienden la mera fuerza. ¿No podría ser ésa entonces la razón de nuestra fascinación por las estrellas del deporte?

¿Pero cómo explicar entonces nuestro tibio interés por los Paraolímpicos, los campeonatos de veteranos o las competencias femeninas? Muchos de esos deportistas deben superar obstáculos aún mayores para producir una actuación de primer nivel. El argumento de Tännsjö tiene por supuesto falencias. Nuestra falta de interés por las marcas deportivas mediocres, por ejemplo, no significa necesariamente que sintamos desprecio por quiénes no consiguen competir en primera línea.

Tännsjö no percibe tampoco ciertas factores alentadores de la actual realidad deportiva. En los deportes rítmicos (la gimnasia, un deporte ya establecido, con su propio Campeonato del Mundo), las mujeres son reconocidas como excelentes, a veces incluso como superiores a sus colegas masculinos. El patinaje sobre hielo es otro ejemplo. Algunas de las gimnastas y patinadoras sobre hielo han alcanzado casi la categoría de celebridades. Y aún en deportes en que el rendimiento de las mujeres todavía es inferior al de los hombres, las atletas despiertan el interés de los aficionados justamente porque sus actuaciones manifiestan otras habilidades.

Pero, no obstante esas falencias, la crítica de Tännsjö al público deportivo nos sirve como advertencia. Debería tal vez el lector preguntarse: ¿Es posible participar de este espectáculo sin legitimar a la burocracia comercial que rige los destinos del deporte? ¿Despliega un espectro variado, no sexista, de habilidades y destrezas?

Si, como sospecho, la respuesta a esas dos preguntas es negativa, tal vez el lector debería apagar el televisor y ocupar su tiempo en leer un buen libro o disfrutar de su familia.

Los valores del fútbol y la manipulación de resultados¹

César R. Torres

La semana pasada, Europol, la Oficina Europea de Policía, anunció tras una extensa investigación la trama de una compleja red de manipulación de resultados futbolísticos dedicada a las apuestas ilegales. De acuerdo a Europol, entre 2008 y 2011, dicha red, que era controlada desde Asia, habría manipulado los resultados de 680 partidos alrededor del mundo. La mayoría tuvieron lugar en Europa pero las sospechas se extienden a África, a América Central, a América del Sur y a Asia. Lo novedoso no es la sospecha de manipulación de resultados sino su extensión, que involucraría partidos clasificatorios para la Copa del Mundo y de la Liga de Campeones europea, así como los de varios torneos nacionales.

Rob Wainwright, director de Europol, declaró que “El amaño de partidos es una amenaza real al fútbol”. Reconociendo esta amenaza, Gianni Infantino, secretario general de la UEFA, pidió el mes pasado la colaboración de todos los involucrados en el fútbol “para preservar los valores del juego”. A pesar de que generalmente se los asocia al concepto de integridad, es conveniente elaborar sobre los valores amenazados, ya que los mismos son raramente explicitados.

El deporte es una práctica social establecida y regulada por reglas caracterizada por bienes que le son inherentes y modelos de excelencia que lo definen. Estos bienes internos son las habilidades físicas específicas y las tácticas a través de las cuales se establecen los modelos de excelencia o, en la jerga futbolística, el buen juego. Mientras el deporte evalúa la pericia en el ejercicio de los bienes internos, el deporte competitivo compara la pericia de los contrincantes y determina superioridad deportiva. De esta manera, los competidores están obligados a ejercer y a expandir los bienes internos y los modelos de excelencia así como a fomentar un contexto que efectivice el propósito de la competencia, determinar al contrincante más competente.

Para comenzar, la manipulación de resultados subvierte el propósito del deporte competitivo: tanto la comparación fehaciente de la pericia de los contrincantes como la determinación de superioridad deportiva son desestimadas. En este sentido, los partidos manipulados constituyen simulacros de competencia. Aunque se finge competir, en realidad no se compite. En estos casos, los resultados son una farsa. Cuando la manipulación de resultados se da en torneos con formato “todos contra

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *11WSports* (Buenos Aires, Argentina), 11 de febrero de 2013.

todos”, no solamente se afecta al partido en cuestión sino a toda la cadena de partidos. ¿Cuál es la verdadera relación de excelencia entre todos los participantes? Para decirlo de otro modo, la validez de la tabla de posiciones como índice de dicha relación es, por lo menos, cuestionada. El problema es similar en los torneos con formato de “eliminación directa”, ya que quienes avanzan y, eventualmente ganan, no son necesariamente los mejores.

De lo dicho anteriormente, se desprende que la manipulación de resultados niega el ideal meritocrático en el deporte competitivo. En este ámbito, la meritocracia se refiere al establecimiento de los resultados en base al talento, a la pericia y al esfuerzo en el ejercicio de los bienes internos bajo el marco de las reglas vigentes. Es cierto que los resultados de los partidos son a menudo determinados no sólo por el mérito de los contrincantes sino también por elementos fortuitos (por ejemplo, el clima o el azar). Sin embargo, las autoridades deportivas intentan minimizar la incidencia de estos elementos en reconocimiento del ideal meritocrático. El objetivo es que el rendimiento de los contrincantes sea, en la mayor medida posible, el factor que determine los resultados. Por eso es que la manipulación de partidos, que está lejos de ser un elemento fortuito, es injuriosa e injusta.

Por último, cabe decir que la manipulación de partidos socava una condición central en la manutención y florecimiento de las prácticas sociales: la confianza. El potencial instrumental de la confianza en el deporte competitivo es notorio. Por ejemplo, incrementa tanto la posibilidad de que los rivales se respeten mutuamente como de que provean la cooperación necesaria para comparar fehacientemente la pericia en el ejercicio de los bienes internos y determinar superioridad deportiva. Es decir, la confianza fomenta un contexto competitivo conducente al logro de su propósito. Algunos filósofos sostienen que la confianza es el fundamento de la vida social y que su ausencia la socava. Lo mismo puede decirse de la desconfianza en el deporte competitivo. La sospecha de manipulación de resultados pone en jaque la credibilidad de la comunidad futbolística y la del deporte competitivo como práctica social.

La manipulación de resultados subvierte el propósito del deporte competitivo, niega su ideal meritocrático y genera desconfianza en la comunidad futbolística. La dirigencia, así como las asociaciones de jugadores, deberían promover y apoyar las investigaciones en torno a la manipulación de resultados motivadas por apuestas ilegales. Además, dado que es frecuente escuchar sospechas de manipulación de resultados para evitar descensos, lograr campeonatos, clasificar para un torneo transnacional o simplemente perjudicar a un tercero, incluso en Argentina, también deberían promover las investigaciones de las mismas. La viabilidad del fútbol como

práctica social depende, en parte importante, de la transparencia de los resultados de los partidos.

¿Tiene futuro la prohibición del dopaje?¹

Claudio M. Tamburrini

El deporte profesional de élite debe ser distinguido del deporte recreativo. Mientras en éste el objetivo es la distracción y el mejoramiento de la salud, en el deporte de alta competencia el fin es vencer a los rivales, mediante prácticas que muchas veces son contraproducentes para la salud del atleta. El deporte de élite es, por lo tanto, un área de especial interés –en realidad, un campo de prueba– para la cuestión del mejoramiento de la especie humana. Durante los últimos años, la expresión más exacerbada de ese esfuerzo por superar los límites de nuestra capacidad de rendimiento en el deporte de alto rendimiento está representada en el uso del dopaje.

Los organismos internacionales del deporte han decidido, no obstante, proscribir ciertas sustancias y métodos de entrenamiento. ¿Cuáles son los argumentos? En términos generales, tres: 1) el dopaje es nocivo para la salud de los atletas; 2) el dopaje es injusto, porque quien se dopa adquiere una ventaja inicua en relación a sus competidores; y 3) el dopaje viola el espíritu del deporte: ¡el atleta debe ser “limpio”!

¿Pero acaso no existen ramas del deporte, por ejemplo las artes marciales y el boxeo, que intrínsecamente conllevan riesgo de daño para quienes las practican? Además, muchas técnicas de entrenamiento permitidas son riesgosas para la salud de quien las adopta. En todos esos casos, se considera que el consentimiento del atleta adulto y bien informado neutraliza el carácter moralmente problemático consistente en la posibilidad de sufrir un daño. ¿Por qué no podría argumentarse de la misma manera sobre el dopaje?

“Porque al aceptar exponerse al riesgo del dopaje, el atleta está privando a los competidores más prudentes de la victoria. Es por eso que el dopaje es injusto: quien no quiera correr riesgos de salud, pierde ventajas competitivas”, podría argumentar el partidario de la prohibición del dopaje, apoyándose en el segundo argumento.

Sin embargo, en todas las demás profesiones aceptamos –e incluso admiramos– a quien decide correr riesgos en el ejercicio de su profesión. Y a nadie se le ocurriría cuestionar el ascenso de un profesional ambicioso argumentando que “ha conseguido el puesto –la “victoria”– poniendo en riesgo su salud física, psíquica y social” (por ejemplo, al costo de verse escasamente con sus hijos y de sufrir un divorcio). En el

¹ Este artículo fue publicado con anterioridad pero los datos de su publicación no han podido ser constatados.

campo profesional, partimos del presupuesto de que el individuo es quién mejor puede juzgar los costos-beneficios que se desprenden de sus decisiones. Y quién más arriesga, tiene derecho a llevarse la victoria (o el ascenso). ¿Por qué debería ser distinto en el deporte profesional?

Finalmente, ¿de qué “atletas limpios” se habla? Para poder mantenerse en primera línea internacional, los atletas deben en la actualidad ingerir diferentes preparados nutricionales, complejos vitamínicos, creatina (sustancia permitida exhaustivamente utilizada en Italia y Suecia, por ejemplo) y dormir en carpas de oxígeno. ¿Es eso “conciliable con el espíritu del deporte”, como lo entienden los románticos del amateurismo que jamás existió más que en la imaginación popular y en el marketing de los dueños del deporte internacional? Los deportistas de la actualidad no son más “limpios” que los colegas que se dopan. La única diferencia es que éstos últimos violan una normativa vigente. Si se cambiaran las reglas y se permitiera el dopaje, unos y otros cumplirían con el “espíritu” del deporte de elite de igual manera. E infringirían igualmente los objetivos del deporte recreativo.

Mientras en el deporte competitivo reina una estricta ideología que repudia distintos métodos de mejoramiento de la capacidad de rendimiento, métodos similares son aceptados en la sociedad en general. Se consumen medicamentos, por ejemplo Viagra y Prozac, no solo para aliviar una condición patológica, sino también para incrementar el bienestar. Ciertos músicos utilizan beta-bloqueantes para poder actuar de manera relajada y más concentrada. Pero esas sustancias están prohibidas en las competencias de tiro. ¿Debería aplicarse la misma ideología estricta del deporte a la sociedad? ¿O se deberían incorporar nuestras técnicas cotidianas de “mejoramiento del rendimiento” al mundo del deporte? ¿Y qué pasará cuando la nueva tecnología genética irrumpa en el mundo de la medicina general, y luego en la medicina deportiva? Una persona diseñada para ganar en el deporte no podrá ya ser vista como “no limpia”, ya que no habrá tomado ninguna sustancia artificial. Su superioridad deportiva será una consecuencia, no de la “lotería genética” actual que hace que algunos de nosotros seamos más aptos para la práctica del deporte, sino de la elección consciente y premeditada de sus genitores. ¿Sobre qué bases se podrá argumentar que el atleta “diseñado” genéticamente ha hecho trampa?

La técnica médica moderna, junto con el cuestionamiento crítico de ciertas “verdades” éticas tradicionales, nos indica que la era del deporte con dopaje proscrito tiene un pronóstico reservado de supervivencia.

El deporte infantil debe respetar los derechos de la niñez¹

César R. Torres

La victoria china en la competencia olímpica de gimnasia artística femenina por equipos fue tan celebrada como cuestionada. Por un lado, el talentoso equipo chino derrotó a su par estadounidense en un final arrebatador. Por el otro, la victoria china se vio empañada por la sospecha de que tres de las seis gimnastas del equipo no cumplían con la edad mínima de 16 años para participar en la competencia. La Federación Internacional de Gimnasia (FIG) y el Comité Olímpico Internacional (COI) han declarado que los pasaportes presentados por las autoridades deportivas chinas certifican que las gimnastas en cuestión se encuadran en las reglas vigentes.

En el debate sobre la edad de las tres gimnastas chinas ha predominado una actitud formalista que se limita estrictamente a determinar si las reglas vigentes fueron o no contravenidas. Algunos, dudosos de los pasaportes presentados, reclaman certificados de nacimiento y señalan que la información disponible es contradictoria. Otros, confiados en su aptitud perceptiva, apuntan al físico de las gimnastas bajo sospecha: Jiang Yunyuan mide 1,40 metro y pesa 32 kilos. Cualquiera sea la edad de las tres gimnastas chinas, el espectáculo gimnástico cuadrienal en el que cuerpos femeninos cada vez más pueriles son admirados por su capacidad para realizar ejercicios de asombrosa y creciente complejidad invita a plantearse preguntas más generales sobre el deporte de alto rendimiento en la niñez.

A pesar del discurso apodíctico que rodea al deporte infantil de alto rendimiento, éste presenta serios cuestionamientos. La gimnasia artística femenina es un caso paradigmático. El rendimiento deslumbrante de las gimnastas chinas y estadounidenses en la competencia por equipos está basado en intensos sistemas de entrenamiento que comienzan a edades muy tempranas, que no son sólo rigurosos desde un punto de vista técnico sino que exigen obediencia absoluta a la autoridad de los adultos encargados de ellos. En muchos casos, las niñas son parte de programas cuyo objetivo pareciera ser la producción de campeonas y no su desarrollo integral. Dedicarle seis u ocho horas por día al entrenamiento deportivo durante la edad escolar compromete la posibilidad de explorar otras habilidades, deseos e inquietudes. Aunque las tensiones y los riesgos del deporte infantil de alto rendimiento son notorios, frecuentemente se los ignora.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 20 de agosto de 2008.

Algunos creen que las demandas y la organización del deporte infantil de alto rendimiento son a menudo abusivas e inclusive contrarias a los derechos de la niñez. Quizá por ello, la FIG impuso límites de edad para participar en sus competencias. Primero el límite fue de 14 años, después de 15 y desde 1997 de 16. Esta medida paternalista parece razonable en función de los derechos de la niñez, la intensidad del deporte infantil de alto rendimiento contemporáneo y las posibilidades evolutivas de los participantes para afrontarlo y disfrutarlo plenamente. Asimismo, se considera que, a los 16 años, las niñas y los niños poseen la capacidad para comprender el mundo en el que viven, incluido el de la alta competencia deportiva, y así tomar decisiones informadas y autónomas respecto de su vida. Sin embargo, para los críticos del deporte infantil de alto rendimiento los límites de edad son sólo paliativos ya que dejan intacta la estructura competitiva actual. Muchos de ellos favorecen una política más agresiva que restringe, por ejemplo, las horas diarias de entrenamiento y la edad en que las niñas y los niños se inician en el deporte.

Más allá de los méritos y la practicidad de estas propuestas, éstas no explicitan los principios que deberían primar en el deporte infantil de alto rendimiento. Para que el mismo sea aceptable, debería como mínimo respetar los derechos de la niñez y no poner en riesgo la formación integral que permita a las niñas y los niños deportistas convertirse en individuos capaces de hacerse cargo responsablemente de su propia vida. Esto implica que sus necesidades, intereses y aspiraciones no sean sacrificados por la demanda de medallas olímpicas que supuestamente engrandecen a la nación, por el deseo paterno de materializar sueños deportivos frustrados o por motivos puramente económicos. El desafío es forjar un deporte que no sólo no entorpezca la formación integral de los deportistas infantiles sino que la promueva. Esta es una responsabilidad ineludible que les compete a todos los involucrados en la gestión y promoción del deporte de alto rendimiento.

El COI anunció el año pasado que a partir de 2010 organizará los Juegos Olímpicos de la Juventud, tanto de verano como de invierno, dirigido a deportistas entre 14 y 18 años. La primera edición de los juegos estivales será en Singapur e incluirá el mismo programa deportivo de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, pero con menos pruebas. Si bien el objetivo es reunir a jóvenes talentosos deportistas de todo el mundo en competencias de alto nivel y combinarlas con programas educativos, la iniciativa reproduce el modelo competitivo predominante en los Juegos y enfatiza el alto rendimiento a edades aún más tempranas. Así, los Juegos Olímpicos de la Juventud no parecen ser la manera más apropiada de promover un deporte sensible que coadyuve con la formación integral de los deportistas.

¿Puede ser legítimo el dopaje genético en el deporte?¹

Claudio M. Tamburrini

A la zaga de los avances de la medicina, algunos expertos juzgan que el dopaje genético será una realidad en el deporte dentro de aproximadamente cinco años. ¿Ciencia ficción? De ninguna manera. Recientemente, un grupo de científicos australianos anunció el descubrimiento de dos “genes deportivos” que otorgan mayor explosividad y resistencia y facilitan la combustión de oxígeno en los músculos. Y esto es sólo el comienzo.

La tecnología genética plantea cuestiones morales y ético-deportivas completamente nuevas. Se requiere entonces una cierta dosis de pensamiento audaz, a la altura del carácter innovador del nuevo fenómeno. No obstante, la respuesta de WADA (World Antidoping Agency), del Comité Olímpico Internacional (COI) y de las federaciones deportivas internacionales ha sido la de siempre. “Si el dopaje está prohibido, se debe también proscribir el dopaje genético”, argumenta la nomenclatura del deporte.

Pero el dopaje genético es esencialmente distinto del tradicional. Veamos, por ejemplo, los riesgos de salud. Para muchos, el carácter nocivo del dopaje justifica su prohibición en el deporte. Muy probablemente, el dopaje genético será inocuo para la salud. Toda técnica nueva es insegura al inicio. Pero la tecnología genética está permitida, y será utilizada cada vez más en la práctica médica.

Esa es la gran diferencia con el dopaje tradicional. Cuando la tecnología genética se incorpore al deporte, habrá ya sido debidamente probada y no será más nociva que los métodos de entrenamiento aceptados en el deporte de élite.

El dopaje genético, se objeta, es contrario a la equidad competitiva. Si un atleta genéticamente modificado triunfa sobre sus rivales, la competencia ya no es decidida por las cualidades físicas y de carácter de los atletas.

¿Qué más injusto que la situación actual, donde el vencedor se impone por haber resultado agraciado en la “lotería genética” de la naturaleza? Durante la década del 60, el esquiador finlandés Eero Mäntyranta fue puesto bajo sospecha de dopaje sanguíneo debido a que la concentración de glóbulos rojos en su sangre era 20% superior a la de sus competidores. Treinta años después fueron testados 200 miembros de su familia. Se comprobó entonces que cincuenta de ellos, incluido el mismo Mäntyranta, presentaba una mutación genética congénita que causa un

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 16 de septiembre de 2003.

aumento de los glóbulos rojos. ¿Por qué habría sido injusto permitir a los rivales de Mäntyranta igualar la ventaja que la naturaleza le diera utilizando dopaje sanguíneo o la nueva tecnología genética?

La técnica genética puede convertirse en el complemento biológico del trabajo social. Mediante la acción política intentamos equiparar las condiciones económicas y sociales de los individuos. Usando la tecnología genética podemos intentar eliminar la última gran desigualdad, la que se origina en el hecho de que algunas personas nacen más fuertes, más sanas y más inteligentes que otras.

La polémica de los tests

La prohibición de la tecnología genética en el deporte amenaza también la integridad y la seguridad jurídica de las personas. Los controles revelarán la estructura genética de los atletas, quienes así serán obligados a obtener información que tal vez no deseen poseer, por ejemplo sobre su proclividad a ser afectados por ciertas enfermedades. Basta comparar con la abolición de los tests para establecer el sexo de las atletas en los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. El COI argumentó entonces que los tests violaban la integridad de las mujeres.

Se podría objetar que quien participa del juego debe aceptar sus reglas. Si uno no quiere enterarse de su constitución genética, puede abstenerse de competir. Y la diferencia entre los tests para determinar el sexo y los tests genéticos es que los tests genéricos estaban completamente desacreditados, mientras que los tests genéticos aún gozan de la aceptación de deportistas y público. Así argumentan los partidarios de la prohibición del dopaje genético.

Ese diagnóstico sobre la opinión pública es erróneo. Las compañías de seguros exigen introducir tests genéticos obligatorios como condición para poder contratar ciertos seguros, principalmente de vida y de enfermedad. Según un estudio realizado en 16 países de la Unión Europea, la opinión pública rechaza las demandas de las compañías de seguro categóricamente (el 93% de los consultados en Dinamarca y Suecia, el 75% en España, Portugal y Grecia, los demás países se ubican entre estos dos valores). La estructura genética es considerada como parte esencial de la identidad personal, que debe ser protegida de la intrusión de instancias ajenas.

Los tests para detectar el dopaje genético serán sin duda vistos como una amenaza para la integridad individual.

Tal vez las poderosas federaciones internacionales puedan obtener un “consentimiento” forzado de los atletas. ¿Pero qué sucede con los familiares de los deportistas? Los tests develarán la constitución genética de toda la familia. Los dirigentes deportivos parece que ni siquiera han comenzado a reflexionar sobre las serias consecuencias éticas y jurídicas de su afán proscriptivo.

Otro aspecto perturbante de la prohibición se relaciona con el hecho de que las modificaciones genéticas en el futuro se harán no sólo en células somáticas (es decir, en individuos ya existentes), sino también en los gametos o células sexuales del embrión (es decir, en individuos aún en gestación). En este último caso, la modificación genética es heredada por los hijos del sujeto modificado.

Imaginemos una persona que, por decisión de sus padres, ha sido dotada antes de nacer con una característica física que le da ventajas competitivas en un deporte, pero que viola las disposiciones vigentes. ¿Es justo proscribir a esa persona por una decisión no tomada por ella? ¿En qué se diferencia su ventaja genética de la de Mäntyranta? ¿Se debe también excluir a su prole, estigmatizando así a todas las generaciones familiares futuras?

Los dirigentes máximos del deporte internacional no están a la altura de los tiempos y del desarrollo científico. Las múltiples facetas de la técnica genética requieren un debate sin condicionamientos. Para eso, es necesario que la dirigencia deportiva renuncie al privilegio que otorga la formulación del problema a debatir.

¿Están los máximos órganos del deporte dispuestos a ofrecer un debate libre y abierto?

Deporte argentino y olimpismo

Londres 2012: más del culto a una ideología fascistoide¹

Claudio M. Tamburrini

Los XXX Juegos Olímpicos modernos están por comenzar en Londres. Para algunos parecerá éticamente dudoso convocar a los mejores deportistas del mundo en torno a la antorcha olímpica. El ritual de la antorcha, que es transportada por estafetas de atletas desde la ciudad de Olimpia hasta la sede de los Juegos, fue introducido en época moderna por Joseph Goebbels, ministro de propaganda de Hitler, al celebrarse los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936. Ni la victoria aliada ni los juicios de Núremberg fueron suficientes para que los dirigentes del deporte internacional renunciaran a esa simbología.

Por supuesto, la utilización de un símbolo de oscuro origen no descalifica automáticamente a un certamen deportivo. ¿Pero cuál es en realidad el contenido ideológico de los Juegos Olímpicos y del deporte de alta competencia en general? El ideal olímpico se resume en la consigna "*Citius, altius, fortius*" ("Más rápido, más alto, más fuerte").

La estatura elevada, la velocidad y la fortaleza física son cualidades fisiológicas históricamente desarrolladas por el sexo masculino. Por lo tanto, los varones se destacan en disciplinas deportivas –como, por ejemplo, el fútbol, el atletismo, el boxeo y la lucha– en las que prevalece ese tipo de contextura física.

Las cualidades fisiológicas que caracterizan a las mujeres (resistencia, equilibrio y ritmo) se ven en cambio premiadas en otras disciplinas como la gimnasia, el patinaje artístico y el baile de salón (una actividad incorporada hace algunos años al repertorio olímpico sin que aún se hayan organizado competencias), que son mucho menos valoradas –en términos económicos y también mediáticos– en el mercado del deporte.

En línea con este ideal olímpico, el Barón Pierre de Coubertin –fundador de los Juegos Olímpicos modernos– fue durante toda su vida acérrimo opositor a la participación de las mujeres en los Juegos en otro rol que no fuera colocando la corona de la victoria a los atletas varones.

¿Pero no ha sido ya superada esa ideología discriminatoria de los Juegos Olímpicos de principios del siglo XX? Hoy nadie propondría seriamente que no se permitiera a las mujeres participar en las competencias. Sin embargo, persiste la segregación sexual en el deporte, aún en las disciplinas en las que no existen diferencias de rendimiento entre los sexos.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 23 de julio de 2012.

La competencia de tiro al pichón en las olimpiadas de Barcelona en 1992 fue ganada con nuevo récord olímpico por Zhang Shan, una competidora china de 14 años que venció a sus rivales varones en una competencia mixta. Luego de suspenderla durante algunos años, la Unión Internacional de Tiro reintrodujo la competencia de tiro al pichón en Sydney, en 2000, ahora sexualmente segregada, argumentando que eran pocas las mujeres que se calificaban para las competencias finales. ¡Pocas, tal vez, pero mejores! Pero en donde más claramente se percibe el carácter elitista de la ideología que anima al deporte de alta competencia es en la admiración incondicional, muchas veces rayana en la idolatría, que se profesa por el atleta victorioso.

Los espectadores, los medios de comunicación y la sociedad se inclinan todos ante el ejemplar (casi siempre masculino) físicamente más potente que ha conseguido demostrar su superioridad al alzarse con la victoria.

El perdedor es –en el mejor de los casos– ignorado, otras veces vilipendiado por su derrota y convertido en chivo emisario de las frustraciones –deportivas y de otra índole– de toda una comunidad.

Lo que el espectador deportivo en última instancia valora y admira es la superioridad física del vencedor en la puja por prevalecer sobre los demás, en sí un ideal –si no directamente nazista– al menos fascistoide.

Algunos dirán que la gama de cualidades y excelencias admiradas por el público no se reduce a la superioridad en términos meramente físicos.

La destreza, la lucidez táctica (por cierto, una virtud intelectual) y el esfuerzo también son aspectos valorados por los espectadores al momento de profesar su admiración por sus héroes deportivos.

Pero de ser realmente así, un atleta derrotado que ha demostrado ser superior al resto de los competidores en habilidad y táctica debería ser más admirado que un deportista victorioso que no ha puesto de manifiesto ni una ni otra de estas virtudes deportivas.

Y de valorarse realmente el esfuerzo por encima de la potencia física, se debería sentir el mismo interés, o aún mayor, por los Juegos Paralímpicos –reservados para atletas discapacitados– que comienzan inmediatamente después de la finalización de los juegos tradicionales y en la misma ciudad. Los atletas paralímpicos deben esforzarse más que los deportistas físicamente “completos” para realizar los movimientos requeridos en sus disciplinas deportivas.

Sin embargo, es un hecho fácilmente comprobable que la gran mayoría de los aficionados prefiere los espectáculos deportivos en los que compiten atletas sin ningún tipo de discapacidad física.

Si algún lector todavía dudara del carácter fascistoide del deporte de élite, podría hacer la prueba durante las próximas semanas de observar el tiempo y la cobertura dedicados por el público y los medios a los juegos paralímpicos de Londres 2012.

Los desafíos que planteó Londres 2012¹

César R. Torres

Si se tiene en cuenta el proceso de candidatura, organizar los Juegos Olímpicos de Londres 2012 fue un ingente proyecto de casi diez años. El evento convocó a más de 10.500 deportistas de 204 Comités Olímpicos Nacionales (CON). Ochenta y cinco de esos comités lograron alguna medalla y siete vieron a sus deportistas en el podio por primera vez. Después de ganar su vigesimosegunda medalla, el nadador norteamericano Michael Phelps se convirtió en el deportista olímpico más galardonado de la historia. En Londres se batieron 38 records mundiales y 99 records olímpicos. Allende sus logros organizativos y deportivos, los últimos Juegos Olímpicos también pusieron de manifiesto varios temas desafiantes que invitan a la reflexión, sobre todo en función de futuras ediciones del evento. A continuación se mencionan cuatro especialmente importantes.

- 1) El sudafricano Oscar Pistorius se convirtió en el primer deportista doble amputado en participar en los Juegos Olímpicos. Después de bregar legal y deportivamente para acceder al evento, Pistorius, que corre con prótesis de fibra de carbono, logró clasificarse para la semifinal de los 400 metros llanos y formó parte de la posta 4x400 metros de su país. Su participación en los Juegos Olímpicos fue mayormente celebrada como símbolo de la integración de las personas discapacitadas en el mundo del deporte. Sin embargo, algunos ven en Pistorius el prototipo del ciberdeportista, al que asocian con un futuro distópico. Su carrera deportiva nos interpela sobre la función que los actuales y posibles avances tecnológicos deben ocupar en el rendimiento deportivo y, en forma más general, en todo ámbito de la vida humana. Además nos interpela sobre la conveniencia, posibilidad y viabilidad de integrar los Movimientos Olímpico y Paralímpico.

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 31 de diciembre de 2012.

- 2) En Londres la participación femenina ascendió al 44 por ciento del total de los deportistas, lo cual constituye una cifra record. Otro dato sugerente es que las delegaciones de 35 CON incluyeron más mujeres que hombres. Además, con la adición del boxeo femenino, por primera vez las mujeres compitieron en todos los deportes del Programa Olímpico. Por otro lado, la inclusión de mujeres en las delegaciones de los CON de Arabia Saudita, Brunéi Darussalam y Qatar significa que finalmente todos los CON han enviado mujeres a los Juegos Olímpicos. Estos logros son estimables pero no deben ocultar las dificultades que las mujeres aún enfrentan para sumarse a la práctica deportiva. Cabe destacar que en las áreas de entrenamiento y administración deportiva el progreso ha sido exiguo. Valga un ejemplo: menos del 20 por ciento de los miembros del Comité Olímpico Internacional (COI) son mujeres. Las autoridades olímpicas deberían redoblar sus esfuerzos e imaginación para que la igualdad de género sea genuina y duradera en todas las áreas del deporte.

- 3) Luego de unos días de incertidumbre, el COI y la Federación Internacional de Yudo (FIY) permitieron que una yudoca saudí compitiese en Londres vistiendo el hiyab, el tradicional pañuelo islámico que cubre la cabeza a excepción del rostro. La FIY argumentaba que el hiyab era inseguro, mientras que otros proponían que permitirlo viola la regla de la Carta Olímpica que impide las manifestaciones religiosas en los emplazamientos olímpicos. El caso pone de manifiesto las tensiones y los desafíos que el multiculturalismo genera dentro del Movimiento Olímpico. ¿Son los principios del olimpismo tanto robustos como elásticos para incluir la diversidad cultural y religiosa inherente al carácter ecuménico del Movimiento Olímpico? Estimo que sí, pero las autoridades olímpicas deben estar dispuestas a tolerar la diferencia y a esforzarse para elaborar consensos que establezcan una comunidad olímpica en la que todos los CON se reconozcan. Es posible que los valores del olimpismo sean expresados en forma diferenciada de acuerdo con las peculiaridades de cada CON.

- 4) En Londres diferentes estrategias competitivas consideradas reprobables por las autoridades olímpicas fueron objeto de respuestas inconsistentes. Cuatro parejas femeninas de bádminton “perdieron a propósito” para lograr cruces más favorables en la instancia final del torneo. Un corredor argelino abandonó rápidamente la carrera de 800 metros aduciendo una lesión, para estar en óptimas condiciones al día siguiente para la de 1500 metros, en la cual ganó la medalla de oro. Un ciclista inglés chocó deliberadamente para conseguir una nueva partida. Las jugadoras de bádminton fueron descalificadas. El corredor argelino fue inicialmente expulsado de los Juegos Olímpicos pero luego de que su CON protestara fue readmitido. El ciclista aceptó su accionar pero después se desdijo y no le cupo ninguna sanción. Si las autoridades olímpicas consideran que este tipo de estrategias competitivas es abusivo y menoscaba el deporte, deberían fundamentarlo claramente y sancionarlas en forma consistente. Caso contrario, su accionar parece arbitrario.

El nuevo presidente del COI será electo en la asamblea general que se realizará en Buenos Aires en septiembre del año que comienza. Tal como los deportistas encaran sus retos, el elegido habrá de hacer frente a varios desafiantes temas, entre ellos estos cuatro. Un Movimiento Olímpico consistente con sus principios demanda que los mismos sean considerados seria y valientemente.

Los Juegos fueron mal negocio para la sociedad¹

Claudio M. Tamburrini

Los XXX Juegos Olímpicos modernos han llegado a su fin en Londres. Argentina cerró su medallero olímpico con cuatro preseas, de las cuales una sola fue dorada.

En términos estrictamente deportivos, no es mucho. Pero el análisis a realizar debe trascender el mero recuento de medallas.

¿Es defendible participar masivamente en un certamen deportivo cuyo nivel de competencia es prácticamente inalcanzable para la gran mayoría de nuestros atletas? Este cuestionamiento nos lleva en última instancia a reflexionar sobre el rol del Estado en el deporte de alta competencia.

“El deporte es salud”, suele decirse. En consecuencia, algunos defienden la utilización de recursos provenientes del erario público para generar deportistas de alto nivel argumentando que, de esa manera, se promueve la salud de la población. Pero, por el contrario, el deporte de alta competencia es nocivo para la salud de quien lo ejerce.

Las exigencias físicas a las que son expuestos los cuerpos de los atletas de élite causan diversas lesiones, a veces incluso secuelas duraderas, que convierten al deporte de alta competencia en una actividad de riesgo. La creencia generalizada de que el deporte es salud se condice en cambio con el deporte recreativo, cuyo bajo nivel de exigencia física es propicio para el cuerpo del deportista.

Otra argumento en favor de la participación del Estado en la producción de estrellas del deporte destaca en cambio el rol de los atletas de élite como modelos sociales, sobre todo para las generaciones jóvenes. Esta posición podría incluso ser defendida desde una perspectiva de género: es un hecho positivo para toda la sociedad, no sólo para la comunidad deportiva, que las mujeres accedan al estrellato deportivo y gocen de la misma cobertura mediática y remuneraciones que los atletas varones. En otras palabras, la presea de plata de Las Leonas en Londres genera en las niñas la voluntad y el deseo de emular sus triunfos, originando así un mercado deportivo más equitativo desde el punto de vista de género. ¿No debería el Estado apuntalar tal proceso contribuyendo financieramente a que continúen surgiendo nuevos atletas?

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Clarín* (Buenos Aires, Argentina), 16 de agosto de 2012.

Es posible que haya un grano de verdad en esta posición. Pero en primer lugar, como se ha comprobado tantas veces, no todos los deportistas que surgen en el firmamento estelar del deporte terminan siendo modelos positivos para la juventud. Cabe además preguntarse si no se generarían modelos sociales aún más útiles para las nuevas generaciones apoyando otro tipo de actividad que el deporte de alta competencia. ¿No debería el Estado utilizar los recursos invertidos en los deportistas de élite para promover y difundir el trabajo de científicos, médicos, enfermeras, de los trabajadores en general que construyen el país diariamente en el anonimato de sus tareas? Y en relación a la perspectiva de género, si bien es positivo producir más Leonas o gimnastas femeninas, sería aún mejor diversificar los roles genéricos tradicionales en el mundo del deporte.

Los varones siguen todavía dedicándose a los deportes en los que prevalece la fuerza, mientras que las mujeres eligen las disciplinas en donde el equilibrio y el ritmo son decisivos. Una política de género radical y consecuente debería apuntar a producir más varones que se dediquen a deportes tradicionalmente femeninos y más mujeres que elijan, por ejemplo, fútbol, básquet, rugby, boxeo y lucha como especialidad. El argumento de los modelos sociales recomienda invertir los recursos del Estado en modificar los estereotipos genéricos vigentes en el mercado del deporte, en vez de reafirmarlos reproduciendo los perfiles genéricos tradicionales.

Finalmente, se podría argumentar en favor de la participación estatal en el deporte de alta competencia sosteniendo la responsabilidad de las autoridades por la administración de los asuntos de la sociedad. Como es sabido, distintas ideologías políticas adjudican un rol diferente al Estado en materia de participación en la vida económica y empresarial. Tal vez sea razonable afirmar que el Estado debe constituirse en principal responsable en ciertas áreas fundamentales para la vida de los ciudadanos, dejando otras más abiertas a la iniciativa privada. Pero aún si se creyera que la producción de salud, educación, materias primas estratégicas, etc., debe ser responsabilidad del Estado, es mucho más difícil argumentar que las autoridades deban contribuir directamente a producir un nuevo Messi o a impulsar el recambio de la generación dorada del básquet masculino. A pesar de todas sus fallas, el mercado del deporte se ha mostrado eficiente al momento de producir deportistas de élite y espectáculos deportivos que atraigan al público consumidor.

Las autoridades deben ejercer un rol supervisor de esa actividad privada, como en muchas otras áreas de la sociedad. Pero un simple cálculo matemático sugiere que invertir recursos públicos –por ejemplo, el presupuesto anual de entre 120 y 140 millones de pesos asignado en Argentina al ENARD (Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo)– en producir atletas de élite implica restar esos mismos recursos a otras áreas sociales con necesidades más importantes y más urgentes.

La participación argentina en los Juegos Olímpicos de Londres despertó, como en ocasiones anteriores, el interés de la gente. Pero los Juegos fueron, como siempre, un mal negocio para la sociedad.

Un olímpico desprecio por la competencia¹

César R. Torres

Durante la primera semana de los recientemente culminados Juegos Olímpicos, cuatro parejas femeninas de bádminton fueron descalificadas por haber “perdido a propósito” para lograr cruces más favorables en la instancia final del torneo. Según la Federación Mundial de Bádminton (FMB), lo reprobable la conducta de las dos parejas surcoreanas, la indonesia, y la china, última campeona del mundo, residió en “no poner en práctica todo su esfuerzo para ganar el partido” y “comportarse de una manera claramente abusiva en detrimento del deporte”.

La decisión de la FMB fue mayormente celebrada, pero también fue objeto de serias críticas. Sam Borden, periodista del New York Times, ofreció una defensa de las jugadoras, argumentando que el objetivo es conquistar la medalla de oro y no ganar todos los partidos. Borden cree que “perder a propósito” es ocasionalmente una táctica oportuna conducente al logro de dicho objetivo. Aunque Borden admite que la conducta de las jugadoras no fue “bonita” y que el público no debe celebrar el “perder para ganar”, afirma que tampoco debemos ser tan tontos de fingir que esta actitud no forma parte del deporte.

Si bien considero que la defensa de Borden es inadecuada, también considero que la FMB no explicó debidamente las razones por las cuales la conducta de los jugadores es abusiva y menoscaba al deporte. Estas razones no son evidentes, tal como señala el cuestionamiento de Borden. Responderle implica tanto clarificar como robustecer la posición de la FMB.

El deporte es un problema artificial establecido y regulado a través de reglas que pone a prueba principalmente un conjunto de habilidades físicas específicas. Las mismas no sólo caracterizan a los diferentes deportes sino que también conforman sus estándares de excelencia. Mientras el deporte pone a prueba la capacidad para lograr su objetivo por medio de las habilidades físicas específicas requeridas, el deporte competitivo compara la capacidad de los competidores para realizar tal logro y determina superioridad deportiva. Como dice el filósofo Robert L. Simon, esta interpretación del propósito del deporte y de la competencia deportiva no está explicitada en los reglamentos, pero puede ser pensada como la mejor explicación del sentido de los mismos. Dicha explicación sugiere que los competidores fomenten los

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 12 de agosto de 2012.

estándares de excelencia de su deporte y promuevan un contexto competitivo genuino.

En primer lugar, “perder a propósito” subvierte el sentido del deporte competitivo: ni se compara fehacientemente la capacidad de los competidores, ni se determina quién es superior. Es decir, “ir para atrás”, tal como se llama a esta actitud en la tribuna, representa un simulacro de competencia. Al no haber esfuerzo por parte de los competidores por ponerse a prueba mutuamente, los resultados establecidos son inválidos. Subvertirlos también tiene implicancias epistemológicas: renunciamos a conocer fehacientemente nuestro potencial deportivo.

Vale aclarar que, en esta concepción de la competencia deportiva, el resultado no deja de tener importancia. Sin embargo, a diferencia de la postura de Borden, y más precisamente de la de todos los “resultadistas”, que lo ven como el fin último de la competencia, el mismo es importante en función del parámetro de excelencia relativa que establece. En otras palabras, el resultado, con sus imprecisiones, diferencia superioridad deportiva.

En segundo lugar, “perder a propósito” supone una falta de compromiso con los estándares de excelencia del deporte. Esto quedó en evidencia en el partido entre las parejas china y una de las surcoreanas en el torneo olímpico de bádminton. Como reza una crónica publicada en este periódico: “En apariencia, los mejores exponentes que tiene la disciplina se cansaron de tirar saques a la red o fallar en la devolución de tiros simples”. Los errores fueron tan bastos que el árbitro les pidió a las jugadoras, infructuosamente, que tomasen seriamente el partido. A su vez, el público, descontento, las abucheó. No todos los casos de “perder a propósito” son tan groseros, pero todos priorizan metas ulteriores en detrimento de la excelencia deportiva, aspiración que los deportistas supuestamente acogen y que les permite destacarse. “Perder a propósito” es un contrasentido. Así, las tácticas que minan la excelencia deportiva, aunque sean a menudo conducentes al logro de resultados favorables, son inapropiadas. La fidelidad primaria debería ser, como demostró el público del bádminton olímpico, a los estándares de excelencia del deporte.

También cabe mencionar que la vigencia de una conducta no debe confundirse con su validez. Que una conducta prevalezca no significa que deba prevalecer. Los argumentos aquí presentados señalan que, más allá de la extensión y la aceptación de su práctica, el “perder a propósito” no debería formar parte del deporte. Y esto justifica tanto el desaliento de dicha conducta como su sanción cuando es detectada. Detallar la extensión y la aceptación de una conducta es un ejercicio empírico interesante que grafica un estado de situación, pero esto no le confiere peso normativo.

Finalmente, se puede argumentar que “perder a propósito”, aunque sea para lograr cruces más favorables en la instancia final de un torneo, genera un clima de desconfianza general. Piénsese en los escandalosos arreglos de partidos en el tenis internacional o en el fútbol profesional de varios países. Probablemente no todas las formas de “perder a propósito” tengan la misma gravedad. No obstante, son susceptibles de desconfianza porque los resultados, que deberían ser indicadores fiables de la capacidad relativa de los competidores, pasan a reflejar una confabulación para manipularlos. Así, la integridad de los competidores y de la competencia es sospechada.

En resumen, los competidores tienen la responsabilidad de intentar ganar todos los partidos en los que participan, en los Juegos Olímpicos y en todo torneo. De esta manera se honra a la excelencia deportiva, a la comunidad de practicantes y al público. Los competidores que “pierden a propósito” ponen en jaque la legitimidad del deporte.

Deporte para todos¹

Claudio M. Tamburrini

El Estado nacional apoya al deporte de alto rendimiento a través del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (Cenard), que cuenta con un presupuesto anual de alrededor de 40 millones de pesos. Según algunos, esta inversión es insuficiente. En realidad la política deportiva argentina adolece de no invertir recursos suficientes en el deporte social. Para la sociedad es mucho más racional canalizar recursos en el deporte masivo en vez de financiar centros de investigación y entrenamiento para el deporte de alto rendimiento. A diferencia del deporte de élite, el deporte masivo fortalece la cohesión e integración social y fomenta la salud de quienes lo practican. De esa manera se aumenta también la base de reclutamiento de quienes luego se convertirán en grandes talentos. El desarrollo del deporte de alto rendimiento puede ser confiado a los actores privados, por ejemplo las empresas patrocinadoras.

También son de dudosa utilidad social los esfuerzos por establecer en la Argentina un laboratorio antidopaje acreditado por la Asociación Mundial Antidopaje (AMA). El dopaje en el deporte de alto rendimiento no es un problema de salud pública, ya que el número de deportistas de élite es reducido. Si es más efectivo prevenir que sancionar, sería más racional utilizar los fondos públicos para reducir el uso de sustancias nocivas en la población en vez de emplearlos en detectar casos de dopaje en el deporte profesional.

En el deporte argentino también existe la segregación de género y la discriminación sexual. La primera se manifiesta en la persistencia en separar a los chicos y chicas que practican deporte –en realidad ya desde la edad escolar– y no permitirles competir unos contra otros, ni siquiera en las disciplinas deportivas en las que las características físicas del varón no otorgan ventajas deportivas (por ejemplo, el tiro, la arquería, la gimnasia y el patinaje artístico). Además de dificultar la integración social, esta estricta división de sexos impide a las mujeres elevar su nivel de competitividad en muchas disciplinas.

La existencia de discriminación sexual en el deporte se manifiesta sobre todo en la llamativa falta de deportistas profesionales que abiertamente declaren tener una orientación sexual distinta a la normatividad heterosexual imperante. Estos deportistas –tanto hombres como mujeres– sienten la presión del medio en que actúan y juzgan,

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Caras y Caretas* (Buenos Aires, Argentina), mayo de 2008.

acertadamente, que declarar sus preferencias sexuales equivaldría a cometer suicidio deportivo y social. El deporte es el último bastión de la ideología machista.

Lo que habría que hacer, en primer lugar, en vez de apoyar financiera y logísticamente a un número reducido de deportistas de élite, sería facilitar el acceso de sectores económicamente menos favorecidos a deportes históricamente reservados –ya sea por tradición o por su elevado costo– a las clases pudientes, como por ejemplo la equitación y el tenis.

Desde el punto de vista genérico, la dirigencia del deporte argentino no parece ser consciente de la necesidad de diversificar los roles de género en el deporte y en la sociedad. No se trata sólo de apoyar a las mujeres que practican patinaje artístico. Se trata más bien de concebir una política de género que lleve a más mujeres a dedicarse al boxeo, al rugby y al fútbol, y a más hombres a practicar gimnasia, patinaje artístico y otras disciplinas deportivas tradicionalmente dominadas por las mujeres. La ideología machista causa daño social directo mediante la violencia doméstica y los delitos sexuales. El deporte es un arma poderosa para combatir ese flagelo social. No obstante ésto, no existe un plan oficial de equidad genérica en el deporte.

El Estado tiene la obligación indelegable de invertir los recursos fiscales existentes para cambiar los valores y actitudes socialmente negativos que se manifiestan a través del deporte.

Los desafíos del Enard¹

César R. Torres

La ley que creó el Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (Enard) no sólo fue tratada expeditivamente en el Congreso sino que también tuvo un consenso mayoritario inusitado. El proyecto de ley fue presentado a fines de octubre del año pasado. Dos meses más tarde, el Poder Ejecutivo promulgó la ley con un acto en la Casa Rosada. La ley fue publicada en el Boletín Oficial el 22 de diciembre. Dada la importancia que históricamente se le ha asignado al deporte de alto rendimiento como manifestación de una referencialidad nacional, el apoyo de la creación del Ente no es sorprendente.

El Enard tiene como objetivo “gestionar y coordinar apoyos económicos específicos para la implementación y desarrollo de las políticas de alto rendimiento” y “goza de autarquía administrativa y financiera”. Sus socios fundadores son la Secretaría de Deportes de la Nación (SDN) y el Comité Olímpico Argentino (COA). El Ente se debe financiar con “un cargo del uno por ciento (uno por ciento), aplicado sobre el precio del abono que las empresas de telefonía celular facturen a sus clientes, neto de I.V.A.”.

De acuerdo con la ley, el secretario de Deporte y el presidente del COA conformarían una Comisión Organizadora a los diez días de su publicación en el Boletín Oficial que debería poner en funciones al Enard dentro de los 60 días subsiguientes. El Ente se inició formalmente el viernes pasado, con algunos días de retraso respecto de lo establecido en la ley, mediante una asamblea en la SDN.

En función del ímpetu con que se justificó la creación del Ente, el consenso que lo ampara y su reciente constitución, sería pertinente que la sociedad argentina conociese las ideas que orientarán el Plan Estratégico del Enard, su estructura operativa y el criterio a seguir para la elección del personal necesario que la llevará adelante. Este último es un instrumento crítico para implementar eficazmente el Plan Estratégico. Asimismo, los abonados a los servicios de telefonía celular deberían saber cuándo se les comenzará a facturar el cargo establecido por la ley. Después de todo, el dinero de los mismos solventará al Ente.

El proyecto de ley presentado en la Cámara de Diputados argumentaba en sus fundamentos que el Enard “requiere de credibilidad, transparencia y visibilidad hacia el conjunto de la sociedad argentina”. La información pública disponible sobre el Ente

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 17 de marzo de 2010.

contradice ese requerimiento. El Ente no ocupa un lugar distintivo en la página web de la SDN ni en la del COA y al parecer tampoco tiene una propia.

Si el Ente ha de articular e implementar una política de alto rendimiento deportivo creíble, racional, coherente y sustentable es de esperar que su accionar sea no sólo transparente sino que responda adecuadamente a las complejas demandas del deporte de alto rendimiento. En este sentido, también es de esperar que el Ente desarrolle su Plan Estratégico considerando a toda la comunidad deportiva y realice una convocatoria plural para elegir a los profesionales más idóneos que ocuparán las vacantes en su estructura operativa. En breve, el éxito del Ente requiere un liderazgo que genere amplios consensos en la comunidad deportiva, una estructura operativa altamente calificada y una estrategia comunicacional tanto clara como fluida.

Gerardo Werthein, presidente del COA, aventuró el día que se promulgó la ley, que “dentro de unos años vamos a hablar de un antes y un después del Enard”. El desafío es que el Ente sea, como se argumentaba en los fundamentos del proyecto de ley, una institución “con contenidos democráticos y participativos”. Si el mismo encarna esos contenidos y los propaga a toda la comunidad deportiva quizá sea posible revertir las frustraciones deportivas del pasado.

La oportunidad Olímpica de Buenos Aires¹

César R. Torres

El miércoles pasado, dos días antes de que un deportista georgiano muriera tras accidentarse en la pista de luge durante su entrenamiento y de que los Juegos Olímpicos de Invierno de Vancouver se inauguraran, el Comité Olímpico Internacional (COI) designó a Buenos Aires como sede de su asamblea general de 2013. Los miembros del COI prefirieron a Buenos Aires sobre Kuala Lumpur por 58 a 31 votos.

La designación de Buenos Aires para organizar la asamblea general del COI en 2013 satisface un viejo anhelo de las autoridades olímpicas argentinas. En 1949, después de perder la votación que decidió la sede de los Juegos Olímpicos de 1956 por un voto ante Melbourne, la capital argentina fue propuesta para organizar la asamblea general del año siguiente. Como Copenhague ya había sido elegida para la ocasión, Buenos Aires pasó a ser candidata para la asamblea general de 1951. Sin embargo, en Copenhague, el COI favoreció la candidatura de Viena sobre la de Buenos Aires.

La asamblea general del COI, también conocida como “sesión”, es de suma importancia en el movimiento olímpico, ya que constituye su “órgano supremo”. Entre sus prerrogativas figura la elección del presidente y de los miembros del COI así como de la sede de los Juegos Olímpicos. En 2013, por ejemplo, se elegirá al sucesor del actual presidente y la sede de los Juegos Olímpicos de 2020.

Dada su importancia, la asamblea general convoca no sólo a los miembros del COI sino también a periodistas, gobernantes y personalidades de todo el mundo. Dicho poder de convocatoria seduce a los potenciales organizadores, quienes lo invocan frecuentemente para justificar sus candidaturas. Celebrando la designación de Buenos Aires, Gerardo Werthein, presidente del Comité Olímpico Argentino (COA), declaró que la misma “es una enorme oportunidad para el país, una enorme oportunidad para la ciudad” y agregó que “es maravilloso reinsertar a Buenos Aires en el mundo”.

Ante aseveraciones tan ambiguas, cabe preguntarse sobre la especificidad de la oportunidad que aparentemente se le abre a Buenos Aires y al país así como de la supuesta necesidad de reinsertar a Buenos Aires en el mundo. Teniendo en cuenta que durante la presentación de la candidatura de Buenos Aires ante los miembros del COI, Werthein dijo que el COA “está fuertemente comprometido en el desarrollo del deporte, con especial énfasis en la juventud como elemento fundamental en el crecimiento de una mejor sociedad”, es importante cuestionar si la organización de la

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 16 de febrero de 2010.

asamblea del COI en Buenos Aires en 2013 efectivamente ayudará a materializar ese compromiso. ¿Cuáles son los beneficios para el deporte argentino?, ¿en qué mejorarán las condiciones de los jóvenes deportistas?

Según informaciones periodísticas, la candidatura de Buenos Aires presentó un presupuesto de 3,4 millones de dólares. En este sentido es importante debatir si el dinero destinado para la organización en Buenos Aires de la asamblea general del COI en 2013 es la manera más apropiada para cumplir el compromiso del COA de desarrollar el deporte argentino, especialmente entre la juventud. En un país con una infraestructura deportiva y condiciones de entrenamiento inadecuados, en el que menos del 7 por ciento de los niños se involucra en actividades físicas fuera del ámbito escolar y el 50 por ciento está excedido de peso, el debate es especialmente necesario.

Por otro lado, ante el manifiesto aval del gobierno nacional y del de la ciudad a la candidatura de Buenos Aires, también cabe preguntarse si parte del presupuesto presentado incluye dinero de los contribuyentes. Incluso si no fuese así, dada la importancia y visibilidad del evento, sería conveniente que el COA hiciera público el presupuesto e informara detallada y periódicamente el estado de las finanzas y las actividades del comité organizador.

La designación de Buenos Aires como sede de la asamblea general del COI en 2013 presenta una “enorme oportunidad” para discutir cuál es el papel del deporte y del olimpismo en una “mejor sociedad” y no sólo para que el COI tome sus decisiones.

Los Juegos son una oportunidad¹

César R. Torres

A fines del mes pasado, el jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Mauricio Macri, y el presidente del Comité Olímpico Argentino (COA), Gerardo Werthein, anunciaron que Buenos Aires se postulará para organizar los Juegos Olímpicos de la Juventud 2018. Werthein encuadró dicha candidatura como “el principio de un camino para pensar en una candidatura olímpica en seis o diez años después”. En ese sentido, el paso de la llama olímpica por la Ciudad en ruta a Beijing en abril de 2008 y la obtención de la sede de la asamblea general del Comité Olímpico Internacional (COI) de 2013 fueron articulados como preludeo de la candidatura en cuestión.

La postulación de Buenos Aires para organizar los Juegos Olímpicos de la Juventud 2018, así como la eventual candidatura olímpica que podría promover, forma parte de un interés de larga data por ubicar a la Ciudad, y al país, en el centro del Movimiento Olímpico. Ya en 1909, Joaquín V. González declaraba que los Juegos Olímpicos deberían algún día llevarse a cabo en Buenos Aires. Si bien las autoridades olímpicas nacionales consideraron candidatear a la Ciudad para los Juegos Olímpicos de 1936 y 1940, la primera candidatura consumada fue para los Juegos Olímpicos de 1956, a la que le siguieron postulaciones para los de 1968 y 2004.

A diferencia de los Juegos Olímpicos, la versión juvenil, inaugurada el año pasado en Singapur, es de una escala notoriamente menor que la de aquéllos. Considérese, por ejemplo, que en los Juegos Olímpicos de la Juventud se dan cita sólo un tercio de los 10.500 deportistas que participan actualmente en los Juegos Olímpicos. Por otro lado, los primeros pretenden enfatizar el ideario olímpico y su empeño pedagógico. Para lograrlo, el programa cultural y educativo del evento cuenta, al menos formalmente, con la misma importancia que el programa competitivo. Por todo ello, según Jacques Rogge, presidente del COI, los Juegos Olímpicos de la Juventud ofrecen “a los jóvenes de todo el mundo una plataforma que les animara [sic] a practicar deporte, a llevar un estilo de vida sano y a adoptar los valores olímpicos”.

Tanto los objetivos como la escala de los Juegos Olímpicos de la Juventud sugieren que el evento se ajustaría mejor a las posibilidades organizativas de Buenos Aires, y del país, que los Juegos Olímpicos. En el anuncio de la postulación, Werthein declaró que el dossier de la candidatura ya está en preparación. Sería beneficioso que

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 20 de septiembre de 2011.

el desarrollo de la candidatura contemple, y corrija, los serios inconvenientes de la organización de los VIII Juegos Sudamericanos organizados en Buenos Aires en 2006, un evento que contó con menos participantes que los que albergan los Juegos Olímpicos de la Juventud. De la misma manera, el COA haría bien en considerar las críticas locales e internacionales a la candidatura porteña de los Juegos Olímpicos de 2004, entre las que figuraban dudas sobre la capacidad organizativa argentina.

Por otro lado, dada la relevancia y la magnitud de los Juegos Olímpicos de la Juventud, sería también importante que el COA genere un consenso amplio en torno de la candidatura e informe periódicamente a la ciudadanía sobre su planificación y administración. Un aspecto especialmente significativo es el costo proyectado y la financiación del evento, ya que es de esperar que las arcas públicas se vean involucradas en la propuesta. Una candidatura transparente y económicamente sustentable será una candidatura creíble.

Finalmente, el COA debería articular claramente cómo los Juegos Olímpicos de la Juventud beneficiarán a todos los jóvenes argentinos. Haciendo eco de las candidaturas olímpicas porteñas pasadas, Werthein declaró que la de los Juegos Olímpicos de la Juventud 2018 “pondrá a Buenos Aires y a la Argentina en el centro del mundo”. Teniendo en cuenta que en el país menos del 10 por ciento de los niños realiza actividad física fuera del ámbito escolar y casi el 55 por ciento de la población es sedentaria, sería oportuno que la candidatura ponga en el centro a todos los jóvenes argentinos y se transforme en una oportunidad para que tengan acceso a la práctica deportiva sistemática y en condiciones adecuadas.

Después de todo, según la Carta Olímpica, los Comités Olímpicos Nacionales no sólo tienen la prerrogativa de postular a la ciudad candidata para organizar los Juegos Olímpicos en sus países, sino que también deben, entre otras funciones, fomentar el desarrollo del deporte en todos sus niveles.

¿Y qué hay para la juventud?¹

César R. Torres

El Comité Olímpico Internacional (COI) inauguró los Juegos Olímpicos de la Juventud (JOJ) en Singapur en agosto de 2010. El evento cuatrienal, que está destinado a jóvenes de entre 14 y 18 años, enfatiza el ideario olímpico y su empeño pedagógico. Por ello, las autoridades olímpicas se esfuerzan para que el programa cultural y educativo de los JOJ cuente con la misma importancia que el programa competitivo.

En agosto de 2011, Mauricio Macri, jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, y Gerardo Werthein, presidente del Comité Olímpico Argentino (COA), anunciaron que Buenos Aires se postularía para organizar los JOJ 2018. La Ciudad formalizó su postulación junto a Glasgow, Guadalajara, Medellín, Poznan y Rotterdam. El Comité de Candidatura conformado a tal efecto presentó al COI su dossier de candidatura el 15 de octubre del año pasado. El mismo incluía la suscripción por parte de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner de todos los avales exigidos por el COI a nivel de jefe de Estado. Con motivo de la presentación del dossier, Werthein destacó que “el deporte y los valores olímpicos pueden cumplir un papel crucial en mejorar la calidad de vida de nuestra juventud” y Macri que “los jóvenes son el alma de nuestra ciudad”.

Un grupo de trabajo del COI evaluó los dossiers de las diferentes candidaturas y elevó su informe al Comité Ejecutivo de la institución. En febrero de este año, Jacques Rogge, presidente del COI, informó que el Comité Ejecutivo había seleccionado a Buenos Aires, Glasgow y Medellín como finalistas para organizar los JOJ 2018. Satisfecho con la noticia, Francisco Irarrazábal, subsecretario de Deportes de la ciudad de Buenos Aires y funcionario del Comité de Candidatura, expresó: “Hemos desarrollado un plan a medida que [...] se adecua perfectamente a las necesidades de los atletas y todo lo que se requiere para brindar una experiencia deportiva, cultural y educativa muy especial”. En marzo, la mayoría de los bloques de la Legislatura de la ciudad de Buenos Aires declararon su apoyo a la candidatura porteña.

El mes pasado, los representantes de las tres candidaturas finalistas discutieron sus propuestas con la Comisión de Evaluación del COI mediante videoconferencias. Dicha comisión enviará su informe a los miembros del COI, quienes elegirán la sede de los JOJ 2018 en una asamblea extraordinaria que tendrá lugar el 4 de julio. En la videoconferencia, Werthein afirmó que “si tenemos el honor de ser sede [...]

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 14 de mayo de 2013.

podremos desarrollar aún más los valores olímpicos y mejorar las vidas de la juventud, aquí, en Latinoamérica y en el mundo”.

De acuerdo con el grupo de trabajo del COI que evaluó los dossiers de candidatura, Buenos Aires “propone un proyecto razonablemente compacto y hace buen uso de las instalaciones existentes”. Su informe resalta que la candidatura porteña “presenta un riesgo mínimo para el COI”. Sin duda, el Comité de Candidatura articuló una propuesta sólida y creíble que se ajusta a los requisitos del COI y a la capacidad organizativa de la Ciudad. Incluso logró que la candidatura fuese ampliamente respaldada tanto por las diversas fuerzas políticas porteñas como por el gobierno nacional. No está claro si los vecinos de la Ciudad también la respaldan, pero la ausencia de voces antagónicas sugiere que al menos no se oponen. Por el contrario, el ámbito deportivo ha manifestado su apoyo a la candidatura porteña.

A pesar de sus bondades, la candidatura de Buenos Aires para los JOJ 2018 no explicita cómo ni en qué medida el evento beneficiaría a los jóvenes porteños. Dado el carácter de los JOJ, así como las respectivas loas de Macri a la juventud porteña y de Wertheim al deporte como medio para contribuir positivamente a la vida de la juventud, este vacío es notable. Explicar claramente dichos beneficios es importante, ya que no es obvio que la mera organización de los JOJ en la Ciudad pondrá a la juventud porteña en el centro del evento ni que ésta necesariamente mejorará su bienestar. Quizá sea importante recordar que según la última Encuesta Nacional de Factores de Riesgo, la prevalencia de inactividad física entre los jóvenes de la ciudad de Buenos Aires es de 38,7 por ciento.

Se podría argumentar que la organización de los JOJ 2018 en Buenos Aires estimularía a la juventud porteña a practicar deportes regularmente y que esto redundaría en los probados beneficios de dicha práctica. Desafortunadamente, los estudios disponibles indican que no existe evidencia para afirmar que la organización de eventos deportivos internacionales tales como los Juegos Olímpicos incrementa la participación deportiva y/o la realización de actividad física en forma sostenida. Esto no significa que dichos eventos, incluidos los JOJ, sean incapaces de contribuir en la promoción de la práctica deportiva y/o la realización de actividad física sostenida. Lo que esta discusión sugiere es que para que sea provechosa en este sentido, la organización de eventos deportivos internacionales debe ser concertada con políticas más exhaustivas de promoción del “movimiento” que contemplen la expansión genuina de oportunidades para practicarlo, cambios en las currículas escolares, campañas de comunicación masivas, entre otras iniciativas. Esto requiere planificación y coordinación del trabajo de diferentes organismos estatales e instituciones de la sociedad civil, así como de liderazgo y compromiso continuado.

Cualquiera sea el resultado de la elección del 4 de julio, Buenos Aires contará con una excelente oportunidad para articular unos JOJ que no sólo satisfagan al COI, sino que beneficien a toda la juventud porteña. Si Buenos Aires es elegida, los JOJ 2018 podrían convertirse en un festival que funcione como catalizador de una política para la promoción del deporte y la actividad física que invite a los jóvenes porteños a descubrirse y realizarse a través de su práctica. Es decir, parafraseando al filósofo Fernando Savater, para que se inventen y den forma a sí mismos. Los valores del olimpismo serían un marco ideal para tal proyecto, que bien podría extenderse a toda la juventud argentina. En caso de que Buenos Aires no fuese elegida, los funcionarios pertinentes deberían considerar postular nuevamente a la Ciudad para los JOJ con un plan inclusivo que, además de adecuarse a las necesidades de los deportistas visitantes, beneficie explícitamente a toda la juventud porteña. Después de todo, el movimiento olímpico pretende llevar a cabo sus ecuménicos objetivos “educando a la juventud a través de una práctica deportiva conforme con el olimpismo y sus valores”. Para ello, dicha práctica debe estar efectivamente al alcance de toda la juventud. Los JOJ pueden tener un papel central en la expansión de oportunidades para la práctica deportiva juvenil. En el caso de Buenos Aires, esto estaría en consonancia con su Constitución, cuyo artículo 33 expresa que “la Ciudad promueve la práctica del deporte y las actividades físicas, procurando la equiparación de oportunidades”.

Juegos y derechos humanos¹

César R. Torres

En pocos días más comenzará en Buenos Aires la 125^a asamblea general del Comité Olímpico Internacional (COI). La organización del evento es de suma importancia para el olimpismo argentino ya que el país ha aspirado a ocupar un papel destacado en el COI desde poco tiempo después de que Pierre de Coubertin lo fundara en 1894. Ya en 1909 Joaquín V. González anhelaba una Buenos Aires olímpica. Desde entonces, ese anhelo sería compartido por numerosos dirigentes políticos y deportivos, y derivaría en varias postulaciones olímpicas. Nunca estuvo más cerca de cumplirse que en 1949, cuando Buenos Aires perdió por un voto ante Melbourne la elección para organizar los Juegos Olímpicos de 1956. En 1949, Buenos Aires también se postuló infructuosamente para organizar la asamblea general del COI de 1951.

Las aspiraciones olímpicas argentinas tomaron un renovado impulso con la elección de Gerardo Werthein como presidente del Comité Olímpico Argentino (COA) en mayo de 2009. Menos de un año después, el COI designó a Buenos Aires como sede de su 125^a asamblea general. En agosto de 2011, Werthein, quien el mes anterior había sido elegido miembro del COI, anunció junto al jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que ésta se postularía para organizar los Juegos Olímpicos de la Juventud (JOJ) 2018. Dos meses atrás el COI informó que la candidatura de Buenos Aires era la ganadora.

Más allá de alguna declaración controvertida, como la reciente en la que afirmó que la organización de la 125^a asamblea general del COI en Buenos Aires “forma parte del plan de reinserción internacional de la Argentina”, es indudable que Werthein ha dinamizado e impelido internacionalmente al olimpismo nacional. No sería de extrañar que en el futuro, el COI lo eligiese como el primer argentino en formar parte de su comisión ejecutiva.

El futuro presidente del COI deberá lidiar con varios temas frágiles. Quizás uno de los más apremiantes sea el de los derechos humanos. No son nuevas las acusaciones de que, poniéndolo en términos apacibles, el COI no enfatiza adecuadamente que las ciudades sedes de los Juegos Olímpicos y sus países respeten los derechos humanos. (Piénsese, por ejemplo, en los Juegos Olímpicos de 1936 celebrados en Berlín durante el nazismo.) Sin ir más lejos, la organización Human

¹ Este artículo fue originalmente publicado en *Página/12* (Buenos Aires, Argentina), 3 de septiembre de 2013.

Rights Watch ha documentado y denunciado violaciones a los derechos humanos antes, durante y después de los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 y en la fase preparatoria de los Juegos Olímpicos de Invierno a realizarse en Sochi, Rusia, el año próximo. Estas violaciones incluían abuso de trabajadores migrantes, desalojos forzados sin compensación e intimidación a activistas y periodistas, entre otras. Como es sabido, Rusia ha aprobado recientemente leyes homofóbicas, lo cual ha generado una ola de reprobación a nivel internacional. Incluso algunas voces han llamado a un boicot, aunque la propuesta no tiene consenso.

El punto central es que al elegir ciudades en países con regímenes políticos represivos o al no demandar reformas una vez que esas ciudades han comenzado el proceso de preparación para albergar los Juegos Olímpicos, el COI contradice su ideario. La Carta Olímpica especifica que el objetivo del olimpismo es “favorecer el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana”. Por otro lado, rechaza “cualquier forma de discriminación”. Asimismo, establece que el COI debe adoptar “todas las medidas necesarias para garantizar a los Juegos Olímpicos la cobertura más completa por los distintos medios de comunicación y de información”. Lo que se demanda es que el futuro presidente del COI cumpla con el mandato de la Carta Olímpica y lidere los esfuerzos para que los Juegos Olímpicos sean un espacio que respete y promueva los derechos humanos.

En este sentido, los JOJ 2018 que se organizarán en Buenos Aires presentan una excelente oportunidad para que Werthein y el COA lideren un proceso de reforma que resalte la centralidad que los derechos humanos deberían tener en las prácticas del movimiento olímpico. De esta manera, los organizadores de los JOJ 2018 deberían no sólo respetar los derechos humanos, sino también podrían articular, asociar y promover el evento como los Juegos de los derechos humanos. Esto parece íntimamente ligado con la función educativa, social y cultural que la candidatura de Buenos Aires enfatizó durante su campaña. Argentina, con su prestigiosa tradición en defensa de los derechos humanos, la cual es reconocida y elogiada internacionalmente, es un anfitrión ideal para un esfuerzo olímpico juvenil centrado en los mismos.

Los JOJ 2018 también deberían erigirse, como ya hemos dicho, en un evento que funcione como catalizador de una política deportiva que provea a toda la juventud porteña, y por qué no del país entero, de oportunidades para la práctica deportiva sistemática en un ambiente seguro y saludable, y bajo la guía de personal capacitado. Valga recordar que según la Carta Olímpica, “la práctica deportiva es un derecho humano”. Unos JOJ 2018 que giren en torno de los derechos humanos serían ejemplares y continuarían el renovado impulso del olimpismo argentino.

¡Que no nos roben la fiesta!¹

Claudio M. Tamburrini

El 25 de junio se cumplen 30 años del triunfo argentino sobre Holanda en la final de la Copa del Mundo. Al acercarse la fecha, arrecian los cuestionamientos. ¿Se debería haber boicoteado el torneo? ¿Fue correcto apoyar a "nuestro" equipo nacional (¡que también era el de los militares!) y festejar el triunfo en la situación política de entonces?

La propuesta del boicot al Mundial se originó en Europa, sobre todo en algunos sectores de la opinión pública sueca y holandesa. En mi opinión, un boicot se justifica cuando están cumplidas las siguientes condiciones: es masivo (es decir, la gran mayoría de los países participa en él) y es general (es decir, abarca la mayoría de los ámbitos, por ejemplo, el área económica, diplomática, social, cultural, deportiva, etc.). De no cumplirse alguna de estas condiciones, el boicot muy probablemente será un gesto simbólico sin efectos concretos. En la Sudáfrica del apartheid, por ejemplo, esas dos condiciones estaban satisfechas. En la Argentina del 78, ninguna de ellas.

Existe también un tercer factor a considerar: si el boicot puede directa y rápidamente neutralizar una situación de emergencia. Durante el Mundial 78, los ojos del mundo estaban puestos en Argentina. Pero aún cuando la mayoría de los países hubiera decidido no participar en el evento, éso no hubiera influido de manera directa en la política represiva de la dictadura. En ese sentido, quiénes actuaron correctamente fueron los integrantes de la selección holandesa y algunos jugadores suecos, que se entrevistaron con las Madres de Plaza de Mayo. De no cumplirse las tres condiciones arriba enumeradas, la cuestión no debe plantearse simplemente en términos de participar o no, sino más bien en términos de qué hacer, además de participar.

¿Qué juicio hacer sobre los argentinos que fueron parte del Mundial, tanto público como jugadores? Para la intelectualidad política, las celebraciones de triunfos deportivos son ejemplos de "falsa conciencia". En vez de participar activamente en la vida política y social, se dice, las masas se entregana a la diversión y el entretenimiento, perpetuando así la dominación de los grupos en el poder. El nacionalismo deportivo es -junto a la religión- el opio de los pueblos. Esta crítica, sin embargo, tiene un desagradable sabor paternalista. ¿Qué derecho tienen los intelectuales a dictar cómo deben actuar políticamente los marginados y empobrecidos? Esta crítica presupone también relaciones causales y directas entre

¹ Este artículo fue publicado en *Caras y Caretas* (Buenos Aires, Argentina), junio del 2008.

festejos y falta de conciencia política. ¿Acaso la participación en los festejos no puede dar nuevos bríos a la gente para continuar aún con más fuerza la batalla contra el poder?

Ante la falta de una alternativa política, la única actitud efectiva era tratar de apoderarse del evento y debilitar a la dictadura. Así lo hicieron, por ejemplo, las Madres de Plaza de Mayo, que trascendieron internacionalmente en ocasión del Mundial. Los jugadores, por su parte, hicieron lo único que podían hacer dado el grado de desconocimiento de los hechos que compartían con el resto de la población: tratar de ganar la competencia. Sostener que el pueblo argentino o los jugadores de la Selección no deberían haber tomado parte en el Mundial significa desconfiar de la capacidad de la gente para distinguir entre la fiesta deportiva y el aval político a la dictadura. La organización del Mundial no consiguió desviar la atención de la sociedad de la realidad del país. En realidad, tuvo el efecto contrario: la gente volvió a salir a la calle y empezó a perderle el miedo al régimen militar.

Es necesario rescatar el triunfo del equipo nacional en el Mundial 78, empañado por la sombra de la dictadura. Entonces la gente supo cambiar el signo al festejo del régimen. Al reivindicar esa victoria 30 años más tarde, podemos utilizar el fútbol para dialogar con quiénes no vivieron esa época y aún desconocen los hechos. El Mundial 78 debe adquirir un carácter unificador que contribuya a sumar gente al campo popular en defensa de los derechos humanos, en vez de crear divisiones entre los que defienden el triunfo y los que lo cuestionan. Como hicimos en el 78, no dejemos que los responsables del terrorismo de Estado nos roben la fiesta.

Epílogo

Andrés Burgo

Una mañana de sábado de mayo de 2012, horas antes de que yo fuera al estadio para ver un partido que sería determinante para la temporada de mi equipo (River Plate), César R. Torres me dijo una de esas frases con espíritu de abeja, una frase que agujonea: “Qué bueno estar en tu condición, eso es el sentido del deporte, sentirse vivo”. Lo miré desconcertado, como las personas que súbitamente toman conciencia que están perdidas en un lugar desconocido. No recuerdo exactamente qué le respondí, pero fue algo así como –sin ninguna terminología académica– “vos estás loco, no te das una idea lo mal que la estoy pasando”.

Pasaron tres años y no olvidé lo que me dijo Torres, al punto que cada tanto me sorprendo volviendo sobre ese momento. No me debería extrañar. Torres –y el otro autor de este libro, Claudio M. Tamburrini– consiguen algo que pocos hacen en el deporte: dejarte pensando.

Atrás dejábamos un desayuno de futboleros junto a un amigo en común, el periodista Ezequiel Fernández Moores, en el que yo había reconocido tener los nervios de punta. La inminencia del partido actuaba como si a la tarde debiera hacer un aterrizaje de emergencia, y no justamente en un avión que volviera del planeta vacaciones. Es –River Plate– el mismo equipo que tres años después, en 2015, saldría campeón de América, pero que en ese momento atravesaba un contexto de serias turbulencias: llevaba un año jugando en la segunda categoría, una patada en el orgullo del club que presume de ser el más campeón del país. Además había llegado a la última fecha sin el ascenso asegurado, y existía una posibilidad de que al final de la jornada tuviera que pasar a jugar un repechaje para volver a Primera –y en ese caso me habría asegurado de quedar en posición fetal hasta que terminaran esos partidos–, cuando Torres me dijo aquello de –palabra más, palabra menos– “qué bueno estar en tu situación”.

Leer este libro es volver a ese choque entre lo que el deporte es y lo que debería ser. No sería honesto si, a contramano de lo que pregona *Columna deportiva. Artículos sobre deporte, ética y sociedad* –y de lo que yo mismo pienso, pero no siempre–, no reconociera que en ese momento sólo quería que mi equipo ganara. Y que ganara casi como fuera. Ese “casi como fuera” no incluía, por supuesto, ningún tipo de violencia física, pero tampoco me habría ofendido si –por ejemplo– alguien estuviese gestionando algún tipo de negociación que favoreciera a mi equipo, o que al menos garantizara que no lo perjudicara. Para ser más precisos: yo no hubiese hecho ese acto –de “ayudita”–, pero tampoco me habría molestado si alguien lo hacía en nombre de mi equipo. Lo que intento tener de honesto –no como jactancia, sino como debilidad, porque sé que está mal– trato de evitarlo de ingenuo: ser hincha de un equipo de fútbol es –entre otras cosas– dejarse mentir, mirar para otro lado, prestarnos a la simulación de un mundo feliz.

Me estoy metiendo en un problema, así que trato de explicarlo de otro modo: estamos rodeados de periodistas que muy seriamente señalan con el dedo a los dirigentes que fomentan a las barras bravas y exigen “basta de violencia” como si las páginas webs de sus medios, justamente, no fomentaran la violencia al permitir el comentario de los lectores (que en un 95% son una cloaca de resentimiento y un generador de violencia) sólo para sumar “clicks” y mostrarles a sus posibles anunciantes: “Tenemos tal número de visitas por mes”. ¿Eso es juego limpio? No, no lo es, y además es hipócrita. Pero comparando este ejemplo con lo que me ocurría a mí aquella mañana del desayuno previo al partido importante de mi club, de ninguna manera habría pedido que la página web de mi equipo dejara de sumar “clicks” (ese día) “casi como fuera”.

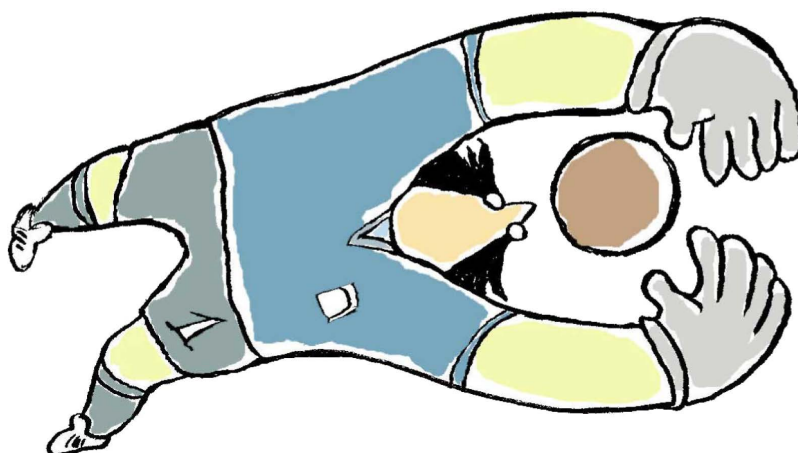
Uno de los nombres más citados en el libro es el del uruguayo Eduardo Galeno, a quien le debo hermosos momentos en mi vida, por ejemplo haber creado puentes para la relación con mi mujer –y qué mejor elogio que ése para un artista–, pero con el que nunca terminé de identificarme con su mirada deportiva. Dicho de otra manera, –acaso estoy tomando carrera para atreverme a no coincidir con una gloria–, sus textos en este tema siempre me parecieron demasiado románticos cuando el fútbol –al menos en la relación con mi equipo– era mucho más que eso: es amor, y es pasión, y es odio, y es contradicción y es, en algunos momentos, supervivencia a un costo que –no querría que fuera así, pero a veces ocurre, y eso es todo– puede rebalsar el reglamento. Esa falta de empatía me suele ocurrir con los escritores o artistas que sólo le adjudican al fútbol un papel circense, de espectáculo, casi de despreocupación, como si ellos no fueran exigentes –obsesivos, paranoicos incluso– con sus textos y no supieran cuándo una coma o un adjetivo está de más.

Está claro, entonces, que me abrazo al momento del libro en el que Torres remarca esa especie de ceguera optativa de Galeano, un mirar para otro lado, cuando el uruguayo no reniega de la mano de su compatriota Luis Suárez en un momento, justamente, de supervivencia, último minuto contra Ghana, por los cuartos de final del Mundial 2010. “La ‘atajada’ de Suárez, o jugadas similares, no debe ser elogiada ni consentida. Hacerlo implica desconocer o contradecir el sentido de justicia y del buen juego que Galeano, como tanto otros, alienta y resalta”, escribió Torres, y para mí fue una reivindicación, una forma de sentirme con el derecho de sentarme al lado del maestro Galeano y decirle: “¿Vio que en las situaciones límite a veces es mejor ser ciego?”.

En ese sentido, hace muchos años que trato de buscar –por ahora en vano– una frase que creo recordar de César Luis Menotti, el técnico que ha formado extraordinarios equipos de fútbol y que profesa una cultura ética muy fuerte en el fútbol, un adalid de la belleza. Lo que creo recordar es que una vez le preguntaron por su equipo, Rosario Central, y Menotti respondió: “Ah, no, con Central es otra cosa: ahí quiero que gane como sea”.

Como una de las tantas bellas definiciones que hay en el libro, el deporte es un “problema artificial”, una problemática inventada. Nadie nos obliga a zambullirnos en esos problemas pero si lo hacemos también es porque, como indica el libro, “el deporte se manifiesta como un destino personal y social para enriquecer la vida”. Otra de las definiciones magníficas que subrayé fue que la interpretación que le damos al deporte no está en los reglamentos, es nuestra. Como verán, lo que hacen Torres y Tamburrini es dejarte pensando. Eso sí: no se les ocurra desayunar con ellos antes de un partido decisivo de su equipo.

Están avisados.



Sobre los autores

César R. Torres es doctor en Filosofía e Historia del Deporte por The Pennsylvania State University. También es posgraduado en Estudios Olímpicos por la International Olympic Academy (Grecia), diplomado superior en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Argentina), profesor de Educación Física por el Instituto Nacional de Educación Física Dr. Enrique Romero Brest y entrenador de Atletismo por el Instituto Nacional de Deportes, los dos últimos situados en Buenos Aires. Desde 2001 desarrolla su tarea docente y de investigación en el Departamento de Kinesiología, Estudios del Deporte y Educación Física en The College at Brockport, State University of New York. Sus áreas de especialización en filosofía del deporte abarcan las teorías del deporte, especialmente el interpretivismo, y sus implicaciones para la ética de la práctica y la gestión deportiva. Su principal interés en la historia del deporte radica en la difusión del Movimiento Olímpico en América Latina y su impacto en el desarrollo de la educación física y el deporte en la región. Torres es autor de numerosos artículos en revistas especializadas, capítulos en libros y artículos periodísticos sobre temas de su especialidad. Además ha publicado varios libros como autor o compilador. Actualmente es el editor asociado del *Journal of the Philosophy of Sport* y es miembro del comité editorial de varias revistas especializadas. Torres fue presidente de la International Association for the Philosophy of Sport (2009–2011) y es el actual presidente de la Asociación Latina de Filosofía del Deporte (2014–2016). En 2013 fue elegido miembro de número de la National Academy of Kinesiology y la State University of New York le otorgó el Chancellor's Award for Excellence in Scholarship and Creative Activities. Torres es asiduo colaborador de la International Olympic Academy.

Selección de publicaciones

Libros

- Robert L. Simon, César R. Torres y Peter F. Hager, *Fair Play. The Ethics of Sport*, 4ta. ed. (Boulder, CO: Westview Press, 2015).
- César R. Torres, comp., *The Bloomsbury Companion to the Philosophy of Sport* (Londres: Bloomsbury, 2014).
- César R. Torres, *Jogos Olímpicos Latino-Americanos Rio de Janeiro 1922* (Manaus: Confederação Brasileira de Atletismo, 2012).
- César R. Torres, *Gol de media cancha. Conversaciones para disfrutar el deporte plenamente* (Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2011).
- César R. Torres, comp., *Niñez, deporte y actividad física: reflexiones filosóficas sobre una relación compleja* (Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2008).
- César R. Torres y Daniel G. Campos, comps., *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos en torno al fútbol* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006).

Artículos en revistas especializadas y capítulos en libros

- César R. Torres, “The Role of Teamwork in Organized Youth Sport”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 42, 1 (2015): 63–69.
- Douglas W. McLaughlin y César R. Torres, “A Veil of Separation: Intersubjectivity, Olympism, and FIFA’s Hijab Saga”, *International Journal of Applied Philosophy*, 28, 2 (2014): 353–372.
- César R. Torres y Peter F. Hager, “Competition, Ethics, and Coaching Youth”, en *The Ethics of Coaching Sports. Moral, Social, and Legal Issues*, comp., Robert L. Simon (Boulder, CO: Westview Press, 2013), 167–184.
- César R. Torres, “Furthering Interpretivism’s Integrity: Bringing Together Ethics and Aesthetics”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 39, 2 (2012): 299–319.

- César R. Torres, “Expatriate Coaching, Olympism, and the Olympic Games”, *Sport, Ethics and Philosophy*, 6, 2 (2012): 289–304.
- Douglas W. McLaughlin y César R. Torres, “A Moral Justification for a More Inclusive Olympic Program”, *Olympika: The International Journal of Olympic Studies*, 20 (2011): 55–78.
- César R. Torres y Jesús Ilundáin–Agurruza, “El equipo justo”, *Revista de Ciências Sociais*, 42, 1 (2011): 27–49.
- César R. Torres y Peter F. Hager, “The Desirability of the Season Long Tournament: A Response to Finn”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 38, 1 (2011): 39–54.
- Jesús Ilundáin–Agurruza y César R. Torres, “Embellishing the Ugly Side of the Beautiful Game”, en *Soccer and Philosophy*, comp., Ted Richards (Chicago y La Salle: Open Court, 2010), 185–196.
- César R. Torres, “What Is Wrong With Playing High?”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 36, 1 (2009): 1–21.
- R. Scott Kretchmar y César R. Torres, “Philosophy of Physical Activity”, en *Introduction to Kinesiology*, 3ra. ed., comp., Shirl J. Hoffman (Champaign, IL: Human Kinetics, 2008), 127–152.
- César R. Torres y Peter F. Hager, “De–emphasizing Competition in Organized Youth Sport: Misdirected Reforms and Mised Children”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 34, 2 (2007): 194–210.
- César R. Torres y Peter F. Hager, “Competitive Sport, Evaluation Systems, and Just Results: The Case of Rugby Union’s Bonus Point System”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 32, 2 (2005): 208–222.
- César R. Torres y Douglas W. McLaughlin, “Indigestion?: An Apology for Ties”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 30, 2 (2003): 144–158.
- César R. Torres, “What Counts As Part of a Game? A Look at Skills”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 27, 1 (2000): 81–92.

Claudio M. Tamburrini es docente e investigador en el Centre for Healthcare Ethics del Departamento de Filosofía de la Universidad de Estocolmo, donde se doctoró en 1992 con una tesis (publicada posteriormente como libro) titulada *Crime and Punishment?* Desde 1996 hasta 2002 trabajó en la Universidad de Gotemburgo. Además de la filosofía penal, se ha interesado en la ética del deporte, realizando un trabajo pionero al introducir este tema, tanto en Suecia como en Argentina, en el ámbito académico y en el periodístico. Tamburrini ha participado en proyectos sobre bioética financiados por la Unión Europea relacionados con el uso de la tecnología genética en el deporte de élite y en la sociedad así como con la privacidad de los donantes de material biológico almacenado en bancos genéticos. Asimismo, ha reflexionado sobre la equidad entre los sexos y la discriminación sexual en el deporte de élite, área en la que destaca su artículo “The Genetic Design of a New Amazon”, ampliamente debatido internacionalmente. En la actualidad, trabaja en un proyecto acerca de la repercusión –desde el punto de vista ético y penal– del paso del tiempo al momento de perseguir y penalizar violaciones a los derechos humanos cometidas décadas atrás. La producción científica de Tamburrini incluye numerosos artículos y libros sobre filosofía penal, ética del deporte y bioética. En 2011, la International Association for the Philosophy of Sport lo honró con el Warren P. Fraleigh Distinguished Scholar Award. Su producción literaria incluye el libro autobiográfico *Pase Libre. La fuga de la Mansión Seré*, llevado al cine con el título “Crónica de una fuga”, película que compitió por la Palma de Oro en el Festival de Cannes de 2006. Tamburrini fue jugador de fútbol profesional en Argentina antes de radicarse en Suecia.

Selección de publicaciones

Libros

- Jacobo Rivero y Claudio M. Tamburrini, *Del juego al estadio. Reflexiones sobre ética y deporte* (Madrid: Clave Intelectual, 2014).
- Claudio M. Tamburrini y Jesper Ryberg, comps., *Recidivist Punishments. The Philosopher's View* (Lanham, MD: Lexington Books, 2012).
- Claudio M. Tamburrini y Torbjörn Tännsjö, comps., *The Ethics of Sports Medicine* (Londres: Routledge, 2009).
- Claudio M. Tamburrini y Torbjörn Tännsjö, comps., *Genetic Technology and Sport. Ethical questions* (Londres: Routledge, 2005).
- Claudio M. Tamburrini, *Pase Libre. La fuga de la Mansión Seré* (Buenos Aires: Ediciones Continente, 2002).
- Claudio M. Tamburrini, *¿La mano de Dios? Una visión distinta del deporte* (Buenos Aires: Ediciones Continente, 2001).
- Torbjörn Tännsjö y Claudio M. Tamburrini, comps., *Values in Sport. Elitism, Nationalism, Gender Equality and the Scientific Manufacture of Winners* (Londres: E & FN Spon, 2000).
- Claudio M. Tamburrini, *The 'Hand of God'? Essays in the Philosophy of Sports* (Gotemburgo: Acta Universitatis Gotheburgensis, 2000).
- Claudio M. Tamburrini, *Crime and Punishment?* (Estocolmo: Almqvist & Wiksell International, 1992).

Artículos en revistas especializadas y capítulos en libros

- Claudio M. Tamburrini, "What's Wrong With J.S. Mill's "Harm-to-others"-Principle?", *Journal of the Philosophy of Sport*, 38, 1 (2011): 1-26.

- Claudio M. Tamburrini, “What’s Wrong With Forensic Uses of Biobanks?”, en *Biobanks and Tissue Research. The Public, the Patient and the Regulation*, comps., Christian Lenk, Judit Sándor y Bert Gordijn (Amsterdam: Springer Netherlands, 2011), 127–140.
- Claudio M. Tamburrini, “Born To Be an Athlete? The Impact of Genetic Technology on Autonomy”, *Sport in Society*, 13, 2 (2010): 212–220.
- Claudio M. Tamburrini, “Trading Truth for Justice?”, *Res Publica*, 16, 2 (2010): 153–167.
- Carlos D’Angelo y Claudio M. Tamburrini, “Addict to Win? A Different Approach to Doping”, *Journal of Medical Ethics*, 36, 11 (2010):700–707.
- Claudio M. Tamburrini, “Gene Technology, Postponing Motherhood and the Doping Ban”, en *Elite sport, Doping and Public Health*, comps., Verner Möller, Mike McNamee y Paul Dimeo (Odense: University Press of Southern Denmark, 2009), 135–144.
- Claudio M. Tamburrini, “¿Nacido para ser deportista? El impacto de la tecnología genética sobre la autonomía personal”, en *Niñez, deporte y actividad física: reflexiones filosóficas sobre una relación compleja*, comp., César R. Torres (Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2008), 61–74.
- Claudio M. Tamburrini, “What’s Wrong with Genetic Inequality? The Impact of Genetic Technology on Elite Sports and Society”, *Sport, Ethics and Philosophy*, 1, 2 (2007): 229–238.
- Claudio M. Tamburrini, “Are Doping Sanctions Justified? A moral Relativistic View”, *Sport in Society*, 9, 2 (2006): 199–211.
- Claudio M. Tamburrini y Torbjörn Tännsjö, “Las bioamazonas del fútbol”, en *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos en torno al fútbol*, comps., César R. Torres y Daniel G. Campos (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006), 187–210.
- Claudio M. Tamburrini, “The Genetic Design of a New Amazon”, en *Genetic Technology and Sport. Ethical questions*, comps., Claudio M. Tamburrini y Torbjörn Tännsjö (Londres: Routledge, 2005), 181–198.

- Claudio M. Tamburrini, “After Doping, What? The Morality of the Genetic Engineering of Athletes”, en *Sport Technology: History, Philosophy and Policy*, comps., Andy Miah y Simon Eassom (Amsterdam: Elsevier, 2002), 253–268.
- Claudio M. Tamburrini, “Sport and Nationalism”, en *Issues and Values in Sport and Leisure Cultures*, comps., Graham McFee y Marc Keech (Aachen: Meyer and Meyer, 2001), 25–53.
- Claudio M. Tamburrini, “What’s Wrong with Doping?”, en *Values in Sport. Elitism, Nationalism, Gender Equality and the Scientific Manufacture of Winners*, comps., Torbjörn Tännsjö y Claudio M. Tamburrini (Londres: E & FN Spon, 2000), 200–216.
- Claudio M. Tamburrini, “Sport, Nazism and the Market”, *Journal of the Philosophy of Sport*, 25, 1 (1998): 25–47.

Lo fascinante que tienen los textos de César R. Torres y Claudio M. Tamburrini es que deciden entrar al escenario global del deporte profesionalizado por la puerta de atrás. Nos permiten descubrir que no todo está tan a la vista aunque consumamos horas de televisión y debatamos intensamente por redes sociales.

Los autores toman al deporte como niños que reciben un juguete de regalo y en lugar de utilizarlo como fue inventado, lo dan vuelta, analizan sus piezas y descubren otras funcionalidades e intenciones. Inclusive escriben sobre temas que la prensa especializada, si es que eso todavía existe, ya no distingue. Como filósofos tienen una obligación que ya viene desde el título de esta obra. Esa misión es desentrañar cual es el mensaje ético que tienen las diferentes acciones que surgen desde el deporte. Que lejos de establecer un límite, en ocasiones, se traducen en un paradigma de libertad de difícil manejo. Puesto que todo lo que nos parece mal, en realidad, puede que sea lo correcto.

Marcelo Gantman
periodista, vorterix.com y Cancha Llena

Cuántas veces hemos oído: “hay que ganar como sea”. Precisamente del inagotable “como” habla este interesantísimo libro que indaga sobre el territorio emocional que es el fútbol. El que va al teatro no actúa igual que el que va a un partido, aunque sea el mismo tipo. El que va al teatro piensa, el hincha siente. Como la pasión es exagerada por naturaleza, el fútbol tiene coartada para sus excesos. Pero hay más. La obsesión por ganar dinero y partidos barre con valores de referencia convirtiendo a la ética y la belleza en cuestiones secundarias, propias de gente ingenua. La fuerza real y simbólica del fútbol exige otra mirada. Aquí la encontrarán. Pensar el fútbol para limpiar el fútbol, de eso tratan los imperdibles artículos de César R. Torres y Claudio M. Tamburrini, que abren un campo infinito para la reflexión.

Jorge Valdano
ex futbolista, entrenador de fútbol y escritor

Los excelentes artículos de este libro indagan e interpelan en forma crítica e inteligente al complejo universo deportivo. Allí reside una de sus grandes virtudes ya que ubica material y simbólicamente a dicho universo como una muy buena “excusa” para analizar, describir y comprender problemas institucionales, culturales, sociales, políticos, económicos, éticos, estéticos y sexuales que exceden y, al mismo tiempo, atraviesan a las propias prácticas deportivas. Analizar los sentidos y significados que se ponen en circulación –y en tensión– y las resistencias, cuestionamientos, fugas y quiebres de parte de los actores imbricados en la trama deportiva muchas veces “dice más” sobre una sociedad que si analizáramos a la “propia” cultura, la política, la economía, las instituciones, los medios de comunicación, la educación o el mundo del trabajo. Este libro se enmarca en dicha dirección y, al mismo tiempo, se “desmarca” de aquellas visiones esencialistas, naturalistas, ahistóricas e ingenuas sobre el complejo y paradójico universo deportivo.

Pablo Scharagrodsky
docente, Universidad Nacional de La Plata y Universidad Nacional de Quilmes